

PÍO BAROJA

LA FAMILIA DE
ERROTACH

Lectulandia

La familia de Errotacho es la primera de las novelas que constituyen la trilogía titulada «La selva oscura», fechada en Madrid el último día de diciembre de 1931; es decir, el primer año de la República.

Intuía Baroja al comenzar la trilogía que la vida política española había entrado en un período difícilísimo en el que miles de hombres se moverían como si vivieran en una selva sin luz. Veía, como algo inexorable, la participación en la vida pública de masas tumultuosas, el disturbio y la transformación de la vida española, para bien o para mal, rebasando programas y figuras del día. Comenzará la acción en un molino de Bera, que se puede identificar en los planos del término. No cabe identificar en cambio a Fermín Acha.

La familia de Errotacho es también un compuesto de realidades observadas. Un personaje está tomado de aquí, otros de allá. Todos de cerca de la vecindad de la casa de Baroja, de «Itzea». Pero, de repente, el relato cobra más amplitud, los comentarios tienen el vuelo del pensamiento del autor. De una acción de contrabandistas, en el libro segundo pasa a una acción histórica conocida. La triste entrada de los sindicalistas en Bera, el año 1924, en otoño. Baroja estaba a la sazón en Madrid, pero pronto en el pueblo y en Pamplona, hablando con unos y con otros, reunió una cantidad de información de primera mano sobre aquel hecho oscuro y concluido sangrientamente.

Lectulandia

Pío Baroja

La familia de Errotacho

La selva oscura - 1

ePub r1.0

Titivillus 26.04.15

Título original: *La familia de Errotacho*

Pío Baroja, 1932

Imagen de cubierta: *El frente*, de Aurelio Arteta (1879-1940)

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Hay libros a los cuales el escritor pretende esterilizar de elementos de actualidad, desprender de ellos el olor y el sabor del tiempo, quizá con la esperanza, esperanza ilusoria y quimérica, de darles un carácter perenne; en cambio, en otros, no solo no huye del color y del sabor de la época, sino, por el contrario, lo acentúa deliberadamente, impregnándolos lo más posible de la esencia del tiempo.

De estos es *La familia de Errotacho* y los otros de la serie «La selva oscura».

Tal clase de libros no son estrictamente obras históricas. La obra histórica se basa casi siempre en datos tomados de libros o documentos, en figuras trascendentales y representativas.

Esta clase de libros, como el mío, no se ocupa de grandes personalidades, grandes la mayoría de las veces por la casualidad y por el azar; no se refiere a directores de movimientos políticos y sociales, sino a individuos subalternos, del montón, moldeados por el ambiente, y muchas veces sacrificados por las circunstancias.

«La selva oscura» es una serie de obras de este tipo, en las cuales la novela anda entremezclada con la crónica y la crónica con la novela.

Esta afición a la crónica quizá dependa de una gran curiosidad por los hechos y una cierta indiferencia por las palabras.

El autor no ha creído nunca gran cosa en lo que se llama estilo. El estilo o es una modalidad psicológica individual, y en ese caso se tiene o no se tiene por naturaleza, o es una perfección idiomática, y entonces, más que una característica personal, es el índice del estado de una lengua en una época de su historia. En esta segunda acepción el estilo no es más que una depuración de lugares comunes.

Nuestro título general, «La selva oscura», no es muy nuevo; lo han usado otros muchos escritores; pero ¿hay algo general verdaderamente nuevo?

«La selva oscura» será selva por lo intrincada, y oscura, por no proponerse el autor buscar una claridad conseguida a fuerza de poda y de supresión. Dejamos los contornos claros a los escritores latinos y mediterráneos. Para ellos la nitidez, la sequedad y el cielo azul. A nosotros nos gusta más la niebla.

La extensión de la materia, el querer dar una impresión de conjunto de las conmociones españolas de estos últimos años, nos han hecho dividir la primera obra de la serie en tres volúmenes, titulados *La familia de Errotacho*, *El cabo de las tormentas* y *Los visionarios*.

En el pensamiento la obra era una e indivisible como la República francesa; pero en la realidad ha resultado triple.

En esta obra, los disturbios y la posible transformación de la vida española están vistos al través de gentes humildes, salidas de un caserío vasco.

LIBRO PRIMERO

GASTÓN, EL CONTRABANDISTA

FERMÍN ACHA, madrileño adoptivo y originario de Vera de Bidasoa, nos proporcionó la mayoría de los detalles para escribir estas narraciones.

Fermín Acha, empleado en un ministerio, era autor de algunas sabias *Memorias arqueológicas* de relativa importancia. Fermín nació hace ya cerca de sesenta años en Vera, en la antigua casa llamada Olazar.

La casa, de un pariente lejano suyo, apellidado Sanjuanena, pertenecía antiguamente a la familia fundadora del pueblo, llamada Alzate.

En Olazar vivía el hermano mayor de Fermín, Leandro, dedicado a la agricultura y un poco también a la genealogía y al blasón.

La vida de Fermín Acha en Madrid era vida de cortesano. Se levantaba tarde, iba a la oficina al mediodía y trabajaba en ella hasta las dos. A las dos solía comer en el Círculo. Después de comer, tenía su tertulia hasta las seis; a las seis marchaba al cine; a las diez iba a cenar; después de cenar jugaba al póquer hasta la una o las dos, y luego se retiraba a casa.

Varias veces le dije:

—Puesto que conoce usted con detalle los sucesos que nos interesan a usted y a mí, debía usted escribirlos.

Fermín se negaba a ello siempre con gran energía y tesón.

—Tengo una vagancia incurable —aseguraba.

—No lo creo. Ha escrito usted modernamente varias Memorias sobre arqueología.

—Si se tratara de unas consideraciones sobre el arte románico en los Pirineos, lo haría con gusto; pero no soy capaz de narrar un acontecimiento moderno. No sé por qué no me seduce. Me faltan medios de expresión.

A pesar de mi insistencia, se negó terminantemente.

—Todos los detalles que usted quiera y que yo sepa sobre mis vecinos de Errotacho, ya que se va usted a ocupar de ellos, se los daré con mucho gusto; pero escribir, de ningún modo.

Errotacho es un molino próximo a la casa de Vera, donde viven los Acha. Fermín y yo, individualistas y localistas, sacábamos gran parte de la historia contemporánea de la vida de los vecinos de Errotacho.

UNA NOCHE DE VERANO, del segundo año de la guerra europea, un joven bajaba por la carretera de Francia al barrio de Alzate, de Vera de Bidasoa.

Era la noche fresca. El camino se alumbraba por la claridad de las estrellas. El cielo aparecía recortado entre las paredes del barranco. Los árboles se mostraban llenos de hojas; en los ribazos se entreveían los matorrales espesos y tupidos.

El muchacho bajaba de prisa. Llevaba blusa negra, pantalón de soldado, botas altas y palo en la mano.

A su derecha se levantaba el cantil del monte próximo, lleno de árboles y de carrascas. A mano izquierda, a lo lejos, se veían alternativamente, al vago resplandor de las estrellas, la mole blanquecina del monte Larun y la silueta de Peñaplata y de Mendaur.

Cerca, al borde mismo de la carretera, se hundía el barranco, poblado de grandes árboles de troncos gruesos y ramas robustas.

El muchacho silbaba suavemente, mientras marchaba con paso ligero y cadencioso.

Al llegar a un abrevadero, se detuvo y bebió agua del caño. Poco después se separó del camino y tomó por un atajo. Este atajo se precipitaba por la izquierda, como cinta blanca, y descendía y evitaba varias vueltas de la carretera. Siguiéndolo, se acertaba más de un kilómetro de distancia.

La carretera serpenteaba, trazando curvas. Mirándola hacia abajo, podía suponerse que se entrecruzaban tres o cuatro caminos.

Recorrió el mozo el atajo y entró de nuevo en la carretera. Pronto advirtió, entre los árboles del borde, un banco.

—Ya estoy cerca del pueblo —se dijo.

Vio poco después las luces del barrio de Alzate y las casas negruzcas, destacadas con vaguedad bajo la silueta de un monte oscuro como monstruo dormido en medio de la noche.

Se acercó despacio. En Olazar, la casa grande del barrio, de paredes cubiertas de hiedra, brillaban dos luces y se oía rumor de música, de piano o de altavoz de radio.

El muchacho se desvió de la carretera, tomó la vieja calzada, cruzó el arroyo por encima de un puente y se acercó a Errotacho (El Molinito).

Era esta una casa antigua, asentada en una revuelta del camino, con su huertecilla en declive, cruzada por pequeño canal.

La casa mostraba cuatro ventanas irregulares y dos puertas, la grande en el lado estrecho, con cruz pintada de blanco, y la pequeña, a la cual se llegaba por una escalerilla de piedra. Sobre la pared crecía un jazmín enredadera, lleno de flores

blancas.

Debajo de la planta de la casa se abría hacia el arroyo un arco abovedado, lleno de agua; en otra época el desaguadero del molino. Este se aprovechaba como estanque para los patos, desde que no los dejaban andar libremente por el río.

Errotacho espiaba con sus ventanas, a la carretera de Francia, como un contrabandista.

El mozo andarín llamó en la ventana del molino con los dedos. Poco después se entreabrió la persiana y una voz de mujer preguntó en vascuence:

—¿Quién es?

—¿Está Gastón? —dijo el mozo.

—No; no ha venido aún. Estará en Arotzenea.

Arotzenea, posada del barrio de Illecueteta, era punto de reunión de campesinos, contrabandistas y carabineros

El muchacho llegado de Francia, en vez de volver a la carretera, subió por la huerta del molino a un maizal, en donde los maíces altos le pasaban la cabeza y, cruzando campos, salió al barrio de Illecueteta.

El muchacho llegó a Arotzenea y entró.

Arotzenea era una casa vieja y negra, con gran balcón corrido en el piso principal, donde colgaban mazorcas de maíz, y en el bajo, una taberna, al mismo tiempo cacharrería y tienda de comestibles. En la parte de atrás de la casa había un cuarto grande, punto de cita de trasnochadores, carabineros y contrabandistas.

El joven llegado de Francia entró en el cuarto grande.

Algunos mozos se hallaban reunidos alrededor de la mesa; fumando y bebiendo, otros jugaban al mus.

Varios cantaban una canción, un tanto híbrida, vasco-castellana, en la que se narraban los amores de la hija de una marquesa prendada de un marinero:

Markesaren alaba

Interesatua

Marineruaekin

Enamoratua.

(La hija de la marquesa, interesada y enamorada del marinero.)

—Eh, Longaitz, ¿qué pasa? —preguntó uno de los jugadores al ver entrar al muchacho venido de Francia.

—A ti te vengo buscando, Gastón —dijo el mozo.

—¿Pues qué hay?

—Hay que a mi hermano, a Joshe Miguel, le han llevado preso a Bayona los gendarmes y vengo a hablarte.

Gastón, el de Errotacho, dejó las cartas, abarquilladas y sucias, encima de la mesa; se levantó y se acercó al recién venido.

—¿Aquí se puede hablar? —preguntó Longaitz.

—Mejor en el campo.

Salieron los dos y fueron andando hasta una vieja fundición arruinada, llamada Ola Aundia, y se sentaron en un prado próximo.

De cerca venía el murmullo confuso del arroyo de las Lamias, y a veces el canto aflautado de algún sapo. Se sentaron en el suelo.

—Bueno, ¿qué pasa? —preguntó Gastón.

—Una nueva canallada de Darrigol, el cabo de gendarmes de Urruña —dijo Longaitz.

—A ver, cuenta.

—Joshe Miguel, mi hermano, ha venido del frente hace quince días, con licencia; estaba en casa de nuestra tía Ignacia; Joshe Miguel va a ver a su novia, a la Dolorecho, y esta se encuentra con Felicitas, la hija de Darrigol, tu novia. Darrigol se entera de que la Dolorecho ha recibido cartas tuyas para entregárselas a Felicitas, y entonces, con el pretexto de que Joshe Miguel te acompañó a ti a entrar en España, le denuncia y le han prendido y llevado a la cárcel de Bayona como desertor.

—Pero esto es falso.

—Sí, es falso; pero no importa. A muchos les están metiendo en la cárcel como desertores. A patriotas que vienen desde América y de España a servir y a ir a la guerra, los gendarmes les prenden como desertores.

—¿Qué canallas! Y ¿por qué?

—Para aparecer como que hacen un servicio importante.

—¿Y Joshe Miguel está en la cárcel?

—Ha estado en la cárcel; ahora está en el cuartel.

—¿Y le acusan de desertor?

—Sí.

—¿Pero no tenía licencia?

—¡Claro que tenía! Le acusan también de haber favorecido deserciones, entre ellas la tuya.

Darrigol es el que ha dado muchos datos al comisario sobre tu escapada.

—¡Como si no supiera ese cochino gendarme que yo, como español, no tenía obligación de servir en Francia!

—El hace como si no lo supiera.

—¿Y tendrá para mucho tiempo Joshe Miguel?

—Para mucho. En el pueblo, unos dicen que le enviarán al frente, otros que quizá lo quieran mandar a Nueva Caledonia.

—¿Y está muy vigilado en el cuartel?

—No; eso, no. Se le puede hablar y escribir, y parece que hay muchos que se encuentran en la misma situación que él.

—¿Tú dónde estás?

—Yo estoy en el frente; tengo licencia. He venido en el tren hasta San Juan de Luz.

—¿Has estado en tu casa?

—No, no he visto a nadie ni he hablado con nadie. Me detuve solo en un almacén, donde compré esta blusa y me la puse encima del uniforme. Únicamente sabe que he venido un primo mío, Erratchu.

Gastón y Longaitz hablaron largo rato. Gastón sentía profundo odio por el padre de su novia, el cabo de gendarmes Darrigol. El gendarme le había perseguido con insistencia. Longaitz estaba furioso. Tenía el sentimiento de ver a su hermano mayor ciego por los gases asfixiantes, y sentía rabia al comprobar el despotismo y la arbitrariedad de los gendarmes franceses. Estos trataban con dureza y desdén a los soldados del frente.

EL MOLINO DE ERROTACHO se encontraba a la salida del barrio de Alzate, próximo a la carretera de Francia, a orillas del arroyo llamado de Elzaurdy y también Shantellerreca. La gente del pueblo no conocía el molino por el nombre de Errotacho; mas, al parecer, en otro tiempo se llamó así. Entre los vascos, a quienes se considera tradicionalistas de raza, se pierden pronto los recuerdos, las leyendas y los nombres antiguos.

Cerca del arroyo pasaba el camino viejo de Francia. Este camino entre los aldeanos se llama la Calzada de Napoleón. Se cree que por él trajo sus cañones el emperador de los franceses en tiempo de la guerra de la Independencia lo cual es perfectamente falso. La calzada es romana, según algunos entendidos, y tiene partes del trayecto con las losas antiguas muy bien conservadas.

Al lado de Errotacho pasaba el camino por encima de dos puentes, seguía hacia el pueblo y tenía una acera de piedras, bordeando la huerta y la casa de Olazar.

Errotacho constaba de parte dedicada a la molienda, ya no empleada, y de habitación pequeña y poco cómoda.

Antes de la guerra, y como el molino trabajaba poco o nada, solía vivir allí alguna gente mísera, forastera, mala pagadora del pequeño alquiler mensual y a quien el amo casi siempre se veía en la necesidad de despedir.

La última familia cobijada en Errotacho fue una como la carcoma para el propietario y para los vecinos: el padre, holgazán y aficionado al mosto; la madre, chillona y de dudosas costumbres. Las hijas llevaban a los carabineros a casa y los chiquillos pequeños se dedicaban a desvalijar las huertas próximas. Esta familia respetable andaba siempre a la greña, tirándose a cada paso los trastos a la cabeza. Al día siguiente de una trifulca aparecía alguno o alguna con la cara arañada o el ojo morado.

Constantemente los chicos reñían, se oían gritos y lloros desesperados y había reclamaciones de algún vecino que encontraba a los raterillos de la casa robándole calabazas o tomates.

El verano con frecuencia en un bosquecillo próximo a Errotacho acampaba alguna familia gitana con un burro, y el marido construía cestas y luego la mujer las iba vendiendo por las casas, andando de acá para allá con su balanceo característico de las caderas.

Durante la guerra y por la afluencia de desertores franceses, las casas del barrio se fueron ocupando y no quedó vacía ninguna de las viviendas.

Al final del primer año de la guerra, una familia numerosa apareció habitando el molino. Se supuso en la vecindad si sería familia francesa; pronto se averiguó que no

eran franceses, sino españoles.

Esta familia ocupante de Errotacho en tiempo de la guerra estuvo avecindada desde largo tiempo en Ascain, en Francia. Se les supuso contrabandistas, suposición que no les diferenciaba de los demás gran cosa, porque en el barrio muchas gentes lo eran.

La casa, muy pequeña para una familia numerosa, no tenía comodidades, pero se hallaba independiente y muy bien colocada para individuos dedicados al contrabando.

La familia la constituían una viuda con varios hijos e hijas. La viuda, la Juana-Mari, se mostró muy activa y laboriosa. Iba de asistenta a Olazar, de recadista a Francia, llevaba flores en la primavera y en el verano a venderlas en el mercado de San Juan de Luz y trabajaba de peón en las huertas.

Todos los recursos le parecían buenos para sacar unos cuartos y poder alimentar a la numerosa familia. En época en que no había flores de jardín, cogía brezos, retama, helechos o una especie de saxífraga del monte, llamada en el país *mendischulufraya*, y todo ello lo vendía muy bien.

Otras veces iba a buscar hongos con sus chicos pequeños y los vendía a la dueña de la fonda, o los llevaba, si tenía muchos, al mercado de Irún, y sacaba con la venta el precio para el tren y diez o doce pesetas más.

La Juana-Mari trajinaba sin descanso. Dormía tres o cuatro horas, arreglaba la casa, vestía a los pequeños, hacía la comida, cogía leña en el monte, barría, cuidaba del cerdo, daba de comer a los patos y a las gallinas, lavaba, trabajaba en la huerta, se acostaba a las once y para las cuatro estaba levantada.

La Juana-Mari era tradicionalista, seguía en su casa las costumbres antiguas; hacía muchas veces tortas de maíz para el desayuno de los chicos, y después de hervir la leche, solía echar en el cazo una piedra de río redonda, calentada al fuego. Esto daba a la leche un gusto un poco a quemado, muy agradable.

El hijo mayor de la Juana-Mari, Marcos, después de servir de soldado en Marruecos, se casó en Sevilla y estaba de aperador en un cortijo de Andalucía, y enviaba algún dinero a su madre.

El segundo, Gastón, contaba al principiar la gran guerra veinte años. Después de él venían Martina, con diecinueve, Manish, de diecisiete; Joshe, de quince, y otros menores: Juanito, Margarita y Serapia.

Al principio la Juana-Mari se retrasaba en las cuentas y dejaba a deber en las tiendas de comestibles algunas cantidades. La Robustiana, de Zabalegui, dueña de un pequeño bazar, al mismo tiempo tienda de ultramarinos y carnicería, decía muy convencida:

—Los de Errotacho se entranpan. ¡Claro! Quieren comer bien. A ellos no les corresponde comidas finas, como jamón, filetes y huevos, ni beber vino de marca. ¡No! A lo más, están en la categoría de comer bacalao con patatas, sopa de ajo y cosas así.

La Robustiana clasificaba la comida de las personas como el párroco los

entierros. Este tenía entierros de primerísima, de primera, segunda y tercera. A los de Errotacho, según la Robustiana, les correspondía alimentos de tercera.

La familia no encontraba sitio para revolverse en aquel molino pequeño, y vivían todos hacinados; pero la Juana-Mari arregló el interior como pudo y aprovechó la parte donde se molía y encima de la muela puso una cama para una de las chicas pequeñas. También extendió sus dominios a la orilla del arroyo para secar la ropa.

Al poco tiempo la familia de la Juana-Mari se encontraba a gusto en Errotacho, separada de los vecinos, aislada y al mismo tiempo cerca del pueblo.

A la chiquillería de la casa se la veía muchas veces jugando a la orilla del río y dentro del agua, con los pies descalzos.

Don Leandro, el amo de Olazar, llamaba a las chicas de Errotacho las ninfas de Shantellerreca.

Los hijos mayores del molino pronto se fueron colocando. Gastón entró en una cuadrilla de contrabandistas y comenzó a ganar bastante dinero.

La Martina se puso a servir en Hendaya. Poco después Manish entró de obrero en la fábrica de Vera y la familia comenzó a vivir con desahogo. Otra de las chicas marchó a servir con la familia de un médico de Pamplona, y la casa del molino fue capaz para sus habitantes.

La Robustiana, de Zabalegui, reconoció que los de Errotacho pagaban puntualmente y admitió de buen grado su derecho a comer jamón, filetes y huevos y a beber vinos de marca; es decir, a disfrutar de comidas de primera y hasta de primerísima.

IGNACIO LARRECHE, hijo de una familia de labradores acomodados de la villa de Donamaría, fue en su juventud carlista. La villa de Donamaría tenía tradición carlista. En ella había nacido el general Sagastibelza, muerto en la batalla de Oriamendi en lucha contra los liberales y los ingleses de casaca roja.

Sagastibelza tuvo fama en el país durante mucho tiempo y, si no sus hazañas, su nombre un poco transformado debió de servir a Víctor Hugo para la canción popular en su tiempo, «Gastibelza o el hombre de la carabina».

Ignacio Larreche, nacido en 1853, a los veinte años llegó a sargento en el 5.º de Navarra, y al terminar la guerra civil huyó a Francia y se estableció en Ascain, donde trabajó de carpintero.

Ignacio no pensaba casarse cuando conoció a la Juana-Mari, muchacha de Ciburu, cocinera en casa de un ingeniero español, veraneante del pueblo. Ignacio se casó con ella.

La Juana-Mari hablaba el castellano, el francés y el vasco. Sabía también un poco de inglés: había servido con una familia escocesa en San Juan de Luz. Al casarse con un español se consideró definitivamente española.

El matrimonio tuvo varios hijos. A Ignacio Larreche se le consideraba en Ascain como a un paisano, hombre honrado y cumplidor de sus compromisos. Cualquier vecino hubiera abonado su conducta. Para el pueblo era Larretch el carpintero.

No se le notaba a Larreche su españolismo antes de la gran guerra, y si se le notaba, no se le concedía importancia. Ignacio creía que ser español constituía una superioridad y defendía su idea con apasionamiento. Esta exaltación españolista producía, cuando tenía una copa de más, y a sus amigos les pasaba lo mismo, largas discusiones, terminadas en bromas y en algunas copas suplementarias.

Los hijos de Larreche no hablaban bien el castellano. Sin embargo, heredaron las ideas patrióticas del padre.

Cuando el mayor llegó a la edad de ser soldado, decidió ir a España, entró en el servicio y lo llevaron a Marruecos.

Todos los vecinos y amigos de Ignacio Larreche consideraron aquella decisión como una estupidez y casi como un insulto a Francia. Ignacio no prestó atención.

Marcos estuvo en Marruecos; dos años después fue a Sevilla. En Sevilla conoció a una muchacha de Echalar, doncella de una casa idea. Habló con ella, luego volvió a Ascain, fue un día a San Sebastián y se encontró de nuevo con la muchacha. Esta le presentó a sus señores. Marcos se casó con la paisana y fue a vivir de aperador o de administrador a un cortijo andaluz.

Ignacio Larreche celebró mucho el caso. A sus amigos de Ascain se les antojaba

absurda la decisión de Marcos. ¡Poder vivir en Francia e ir a un país zarrapastroso y ruinoso como España! Les parecía algo insensato.

—Estos no saben lo que pasa en España ni lo que es España —decía Larreche refiriéndose a los franceses.

—¿Tú crees que no? —le preguntaba alguno.

—No tienen ni idea. En España hay campos más fértiles que aquí. ¡Hay que ver Andalucía! Aquello es tierra y sol. Aquí no se enteran. Es como eso que cuentan aquí de las victorias de los moros contra los españoles. Es mentira, todo mentira.

Larreche tenía en el pueblo otro defensor acérrimo de los españoles, un tal Darriet, hombre que en Buenos Aires tuvo un almacén de música. Darriet hablaba con desdén de los franceses, los llamaba «franchutes» y «gabachos». El señor Darriet, tipo de francés muy clásico, era rubio, sonrosado, de ojos claros, de bigote entrecano. Nadie le hubiera tomado por español.

—Yo no me llamo Darriet, ni tampoco Harriet, sino Arrieta —decía—; lo que pasa es que me han estropeado el apellido.

Darriet hablaba un castellano espurio, aprendido en la Argentina, con mucho acento francés. A pesar de esto le gustaba hablarlo delante de la gente del pueblo, y cuando se encontraba con alguno del otro lado de la frontera, decía convencido:

—Esos tontos no saben español.

Aquel extraño patriota, mientras vivió en Ascaín, no se le ocurrió jamás cruzar los siete u ocho kilómetros para ir a España; pero ello no le impedía el ser españolista furibundo.

Darriet convidaba con frecuencia a Larreche y a sus hijos, les obsequiaba con vinos de Alicante o de Jerez. Era aficionado al alcohol.

Cuando estaba animado cantaba con entusiasmo una canción, «El contrabandista», música de Iradier. A él sin duda le parecía el colmo del españolismo. La canción decía así:

*Lorsque flambent les cigares
que petillent le Xeres
J'aime a chanter aux guitares
les yeux noirs de Dolores.*

Cantaba también la habanera de la ópera *Carmen*, «*l'amour est enfant de Bohème*». Aseguraba que era de un músico español, Iradier, autor también de otra habanera famosa: *La paloma*.

Gastón, el hijo segundo de Larreche, era muchacho torpe, violento, malhumorado y sombrío. Poco aficionado al trabajo regular, andaba a salto de mata.

Se le veía siempre en sitios raros. Ascaín tiene muchos recovecos. *Zoco moco Azcaingo*, dicen en vascuence; rincones intrincados de Ascaín.

Gastón era alto, fuerte, de hombros anchos, cara cuadrada, juanetuda, el pelo rubio de color de fuego, el bigote corto y dorado, la expresión adusta. Vestía casi

siempre pantalón ancho, botas con polaina, blusa negra y faja roja y estrecha.

Gastón no trataba a nadie amablemente y menos a las personas mayores. Únicamente a su madre dedicaba algunas atenciones.

A pesar de su tosquedad y de su frecuente malhumor, tenía cariño por sus hermanos pequeños, sobre todo por Margot. Se la ponía en los hombros, con las piernas a los dos lados del cuello; la chica le agarraba por los mechones de la pelambarrera y así andaban y corrían por los caminos.

Gastón no quería someterse a la vida regular del trabajo. Unas veces estaba en el taller de su padre, otras hacía contrabando.

En el rigor del invierno, iba de caza como ojeador con cazadores ricos de los contornos.

Cuando se organizaba la caza, venían escopetas de varios pueblos, traían podencos, mastines y alanos. Se reunían, se formaban las jaurías; las atraillaba algún montero y marchaban a la busca del jabalí.

Alguno de aquellos señores solía aparecer a caballo con levita de gamuza, polainas, gorra y una trompa de caza para dar órdenes.

Con frecuencia iban a la montería damas elegantes, entre ellas la señorita de Haraneder, dueña de la casa Azcubea, de Ascain, construida por el obispo Sossiondo en el siglo XVI.

Se dirigían a la parte de la Navarra española, hacia Maya y Articutza, y a la parte francesa, hacia Baigorri, los Alduides y al bosque de Saint-Pée.

Seguían las huellas de los jabalíes por las marcas que dejaban en la corteza de los árboles al afilarse los colmillos.

Algunos viejos monteros pensaban no se debía cazar en ciertos días de gran fiesta religiosa; se estaba expuesto, según ellos, a encontrarse en medio del bosque la sombra de un cazador grande y negro, *Eiztari Beltza*. Esta sombra podía ser el mismo diablo o un Basa-Jaun, rodeado de perros aulladores.

Personas más bien enteradas, tenían al cazador negro, con sus perros aulladores, no por un diablo, sino por el cura Mateo Chistu. Mateo Chistu fue en vida gran cazador. Una vez decía misa por la madrugada cuando oyó a sus perros ladrar furiosamente.

Había caza mayor en las proximidades, y dejando la casulla y la estola, fue a la rectoral, tomó la escopeta y salió corriendo tras un jabalí gigantesco. Dios le castigó por su irreverencia a correr eternamente por los montes de día y de noche, precedido de sus perros aulladores, sobre todo las noches de tempestad.

Se contaba también la historia emocionante del joven cazador inexperto rodeado de sus perros dogos, llevado con engaños a un soberbio palacio de lo más intrincado del bosque. El joven cazador atravesaba trece salones magníficos y al llegar al último un personaje misterioso y fastuoso le encerraba con trece llaves, y le decía;

—Mi hermano ha sido asesinado en el bosque. Tú sabes quién lo ha matado. Hasta que no lo digas no saldrás de aquí.

El joven cazador quedaba espantado al verse solo y preso. De pronto oía a lo lejos que sus perros ladraban. Él silbaba y los llamaba. Los perros se iban acercando, rompían las trece puertas del palacio y salvaban al cazador.

Uno de los inviernos, antes de la guerra, hicieron los cazadores de Ascaín gran batida; cogieron diez jabalíes, entre ellos uno monstruoso, viejo y lleno de canas, de doscientos kilos de peso, con unos colmillos de seis pulgadas, al cual no se le pudo meter el diente, pues su carne era dura como un tronco de árbol. Aquel viejo y solitario habitante del bosque, de veinte o treinta años de edad, quizá esperaba morir de vejez en la cama seca de hierbas, pero no tuvo suerte.

Gastón en Ascaín se enredó con una muchacha de no muy buena fama.

Había varias familias vagabundas, venidas no se sabía de dónde. Las chicas de esta familia rodaban por los contornos con obreros extranjeros y contrabandistas.

Debían ser medio bohemias, de las llamadas por los campesinos franceses *marcelotes*.

Una de estas muchachas, Leona, la amiga de Gastón, alta, morena, con ojos negros ardientes, andaba con los mozos; su temperamento era de fuego, pero activa y laboriosa; trabajaba en el campo, lavaba la ropa y cortaba el helecho como un hombre.

La familia de la Leona había llegado a Saint-Pée, donde vivió una temporada en las ruinas del castillo de los Brujos. El castillo, de principios del siglo xv, célebre en la hechicería vasca, se conservó intacto hasta un poco antes de la guerra, y por entonces empezaron a hundírsele los tejados y a servir de albergue a los vagabundos y gitanos.

Al comenzar la guerra europea, la situación de Larreche padre en la aldea comenzó a ser difícil. El carpintero no ocultaba su germanofilia; por el contrario, la exhibía en todo momento, sin la menor discreción.

Su entusiasmo teutónico procedía de la lectura de periódicos carlistas de Madrid y de Pamplona. Sus ideas se las comunicó a su mujer y a sus hijos. Estos no podían fácilmente contrastarlas y las aceptaban sin reparo.

Poco antes de la guerra, Gastón fue enviado a trabajar a un caserío de Urruña. Larreche y su mujer tenían interés en separar a su hijo de la Leona.

Al principio, Gastón amistó con los mozos del pueblo, de su edad; luego, cuando comenzó la guerra, empezó a reñir por la batallona cuestión internacional. Se discutía continuamente si los unos o los otros tenían razón, como si se tratara de dos personas amigas y de un pleito claro y fácil de juzgar.

Gastón conoció y se hizo novio de la hija del cabo de gendarmes, Darrigol.

Darrigol, gascón, casado con una vasca de Bidart, tenía dos hijos, varón y hembra.

El hijo, Esteban, era muy amigo de Gastón; la hija Felicitas, de dos o tres años menos, empezó con él relaciones amorosas.

Gastón, al conocer a Felicitas, se entusiasmó pronto con la muchacha.

Ella era muy bonita, muy amable; más bien pequeña; los rasgos, finos; los ojos, grises azules, llenos de franqueza y de lealtad. A su lado, Gastón parecía un poco gigante.

Felicitas estaba muy enamorada de él. Gastón en el baile era su *cavalier*; no aceptaba otro. Al poco tiempo de conocerle, le llamaba con cierto orgullo: *mon blond*.

Felicitas, muy perfilada, sabía vascuence; pero hablaba con más frecuencia en francés. Era romántica, leía novelas con gran entusiasmo y tenía un cuaderno en el que copiaba todos los versos bonitos encontrados por ella en los libros y en las revistas. Felicitas era quizá más gascona que vasca. El gascón, a pesar de su fama de loco, es más sensato, más discreto y más práctico que el vasco. El vasco lleva su fuego interior reconcentrado y oscuro.

Gastón tuvo que limarse y civilizarse para alternar con su novia, con sus conocidos y amigas.

Una de estas, muchachita muy morena, muy bonita y expresiva, con aire de gitana, hija de un español, era la prometida del hermano de Felicitas. Esta chica se mostraba aficionada a adornarse a la manera meridional; se ponía algún pañuelo rojo, algún vestido de colores fuertes y llamaba la atención.

Gastón con Felicitas, y el hermano de esta con su novia, solían pasear juntos.

Felicitas le instó a Gastón a que comprara una bicicleta, y los dos, con otros jóvenes del pueblo, iban con frecuencia a San Juan de Luz, a Biarritz y a Irún.

A la vuelta, Felicitas cantaba:

*Caroline, Caroline,
les petits souliers vernis
le dimanche la robe blanche
et le grand chapean fleuri.*

Urruña es pueblo un tanto levítico, como separado del mar. Su gente tiene fama de presuntuosa. *Onore nahi urruñako* (los de Urruña, deseosos de honores), se dice en el país.

Aquellas excursiones de las muchachas urruñesas produjeron la protesta de algunas personas religiosas, y un cura viejo habló desde el púlpito de las señoritas del pueblo aficionadas a montar en bicicleta.

Según el cura viejo, no era esto pulcro ni decente, y dijo en su sermón:

—Ved a la Virgen: al huir de Egipto montó _t en un burro. No se le ocurrió subir a una bicicleta como a las señoritas de este pueblo. Es verdad que esa máquina no se había inventado todavía.

Algunas Aceces, Felicitas y su novio iban a la ermita de Nuestra Señora de Socorro. Esta ermita se levanta en el alto próximo a Urruña; en medio de raso verde por los hierbales, limitado por cerca de piedra. Una escala con cuatro losas empotradas en la pared sirve para subir a la tapia cuando está cerrada la puerta de la

verja.

Alrededor de la ermita se yerguen algunos álamos y pinos, y a la entrada, a los lados, se alzan dos viejos y negruzcos cipreses. La capilla antigua, gótica, está muy restaurada y apenas se nota su goticismo. Sobre ella, en la pequeña espadaña, hay tres imágenes pintadas con purpurina de plata. En el raso de la ermita, cubierto de hierba, algunas tumbas discoidales, borrosas y rotas, parecen muertos en el campo de batalla.

Todos los años hay peregrinación en esta ermita de la gente de Urruña y de sus contornos.

La vista desde la ermita era hermosa. Hacia los montes se veía la muralla pirenaica del país vascofrancés y un pico nevado muy lejano, advertido solamente con vaguedad en los días claros. Este pico debía ser el de Aneto o Ahuñamendi de los vascos. La muralla pirenaica abarcaba desde aquel pico nevado hasta el monte Larun.

Después de Larun aparecía la peña de Aya, e interrumpiendo el muro de piedra entre la peña y el Jaizquibel, la entrada del Bidasoa. Luego se veían Hernio y los montes del interior de Guipúzcoa.

Por la parte del mar, como en un mapa, se destacaba la costa, desde el cabo Higuer, con su islote, hasta las playas bajas de las Landas.

Felicitas iba conquistando y dominando a Gastón. Por días el mozo se hacía menos áspero y más sociable.

Gastón tenía, como casi todos los vascos del pueblo, cierta antipatía por los gascones.

Su futuro suegro, Darrigol, era gascón; un gascón grueso, redondo, con los ojos claros y los grandes bigotes amarillos.

Darrigol, en su casa hablaba y cantaba en su dialecto. Quería creer que el gascón era una lengua seria como el vascuence, idea que hasta a su misma mujer ofendía. Darrigol cantaba con frecuencia:

*Quam auchin la barrique plene
Que danseram
E que rieran.
Quam auchin la barrique plene
Que danseram
E que beuram.*

A Gastón le parecía que aquel hombre debía avergonzarse de cantar estas cosas en un idioma que a él se le figuraba no era más que un francés estropeado.

Darrigol no miraba con antipatía a Gastón, su posible yerno; le hablaba, se reía y algunas veces vaciaban una botella mano a mano.

Darrigol no lo notaba; pero era un forastero, un extraño hasta para su mujer y sus hijos, un advenedizo entrado de manera subrepticia dentro de una familia vasca.

En esto, Ignacio Larreche cayó enfermo y murió. Se hizo entierro decente al antiguo carlista. Los amigos del muerto dijeron a la viuda debía naturalizar franceses

a los hijos; de este modo el Gobierno los protegería.

—Sí, ¡protegemos! —dijo Gastón con ironía—. Quieren eso para llevarnos a la guerra; pero nosotros somos españoles.

—Haremos lo que tú quieras —indicó la madre,

—Entonces no nos naturalizamos.

Al ver su oposición a naturalizarse, comenzó la hostilidad marcada del pueblo.

En Urruña, Gastón notó pronto la antipatía de los conocidos. Los viejos hablaban de manera petulante de la patria y de la República, y dirigiéndose a los jóvenes, les decían a cada paso:

—¿Qué hacéis que no tomáis la armas? ¿Qué importa que no tengáis la edad? Hay que sacrificarse por Francia.

—Yo soy español —contestaba Gastón.

Esteban, el hermano de Felicitas, y Gastón, hablaron muchas veces de la guerra y de sus razones. Esteban quería convencer a su amigo; pero Gastón, heredero de las ideas de su padre, no daba su brazo a torcer, y aseguraba siempre su nacionalidad española.

Además, aquel estúpido castigo de ir a sitios de peligro, impuesto a los vascos de un regimiento de línea, porque el mismo regimiento se había insubordinado en la guerra francoprusiana, le parecía indigno y ridículo.

Con motivo del antifrancesismo de Gastón, la familia de Felicitas se puso violentamente contra él. Ella solamente legitimaba y defendía a su novio.

Una amiga de Felicitas, la Dolorecho, chica alta, fuerte, morena, violenta y celosa, enemiga de la guerra, donde se le había muerto un hermano a quien quería mucho, se ponía abiertamente de parte de Gastón y lo defendía; pero la mayoría estaba contra él.

La guerra producía gran exacerbación de pasiones en Francia.

Los viejos, ya seguros de quedarse en sus casas, se las echaban de bravos y hablaban a cada paso de patriotismo y de sostener la guerra hasta la victoria definitiva.

Algunos pesimistas contaban solamente derrotas, explicaban el efecto terrible de los obuses y de las minas, las miserias de los hospitales, las operaciones y los campos llenos de cadáveres mutilados. Al poco tiempo de comenzar la guerra, en Urruña, como en las demás aldeas próximas, la lista de los muertos era muy grande y casi tan grande la de los mutilados.

Uno de ellos, tipo alegre antiguamente, se convirtió de pronto en hombre triste e inquieto.

Lo encontraron haciendo un nudo corredizo con una cuerda. Al parecer, quería ahorcarse.

Otro inválido, hombre exagerado, contaba las escenas de la guerra de manera teatral y falsa.

Un hombre así exaltado, debía constituir verdadero peligro en el momento de la

lucha.

Aquella fraseología de los franceses del derecho, de la libertad y de la justicia, en medio del terrible despotismo práctico diario indignaban a Gastón.

El mozo dejó el caserío de Urruña; ya no podía seguir allí, y entró en una magnífica posesión próxima a San Juan de Luz, llamada Etchebiague, a la cual los propietarios pensaban parcelar y vender a trozos.

Etchebiague tenía terrenos magníficos, hermosa casa, molino, bosques y gran trozo de costa.

Era, para un hombre de gustos solitarios y selváticos como Gastón, casi un paraíso. El mozo no pudo durar mucho allí. Sus enemigos los patriotas de Urruña hablaron a los propietarios, y le echaron al momento.

Gastón, sin empleo fijo, comenzó a contrabandear entre España y Francia.

Sus compañeros eran desertores españoles, vascos, sin estado civil y documentación no muy clara. Gastón se consideraba hombre en su lugar; no podía temer nada; hijo de español e inscrito en el Consulado de España, estaba seguro.

Algunos de sus camaradas indocumentados fueron cogidos por los gendarmes y llevados a la cárcel de Bayona.

Todos aquellos desertores y prófugos hablaban de la cárcel de Bayona como de algo espantoso y terrible; no se sabía lo que pasaba allá dentro.

La cárcel de Bayona era y es sombría y tétrica. Está en el barrio de Saint-Espirit, entre unos mataderos y el terraplén del ferrocarril. Forma un paralelogramo de muros altos de piedra, por encima de los cuales no se ve nada. El muro no tiene ventanas; únicamente la puerta a una avenida con grandes árboles.

El entrar allí en tiempo de guerra sospechoso de deserción o de espionaje, era estar perdido.

UN DÍA GASTÓN entró en el café de la plaza de Irún a esperar a su hermana. La Martina llegó poco después, en compañía de una francesa elegante. Habían venido las dos de Hendaya juntas. Aquella muchacha preguntó a la Martina si Gastón era su hermano. La Martina le dijo que sí, y hablaron los tres.

La Martina se levantó para comprar algo de comer en una tienda próxima. Al quedarse solos Gastón preguntó a la francesita elegante con cierta ironía:

—¿Qué, hay mucha hambre en Francia?

—Yo no siento hambre de pan, sino de besos —contestó ella.

Gastón miró a aquella mujer indignado por su impudor.

—Cochina, ¡txerriya! —murmuró.

Gastón acompañó a la Martina a tomar el tranvía de la frontera, «el Topo», para volver a Hendaya. Vio poco después a la francesita elegante hablando mano a mano y con muchas coqueterías con el cantinero de la estación del tranvía.

La cosa le chocó bastante. El hombre, ya viejo y mal fchado, no parecía tener, desde el punto de vista amoroso, para una muchacha bonita grandes encantos.

—¿Quién es ese hombre de esa tiendecilla? —preguntó a un conocido.

—¿Es el dueño de la cantina? ¿Es rico?

—No sé. No creo. Ha sido sargento o cabo de carabineros.

No era joven ni distinguido, ni de aire amable; sin embargo, aquella francesa, muchacha bonita y elegante venida con la Martina, parecía intentar su conquista.

Gastón se encogió de hombros. Su opinión sobre las mujeres no era buena; todo le parecía posible en una que decía cínicamente en un café a un desconocido que no tenía hambre de pan, sino de besos.

Gastón aquel día iba a verse, para cuestiones de contrabando, con un gitano a orillas del Bidasoa. A este gitano le llamaban Pachi Igitua.

Pachi Igitua era un bandido; había matado, según se decía, a su padre y a su madre. Además de esto hacía años asaltó la diligencia de Irún a Elizondo, y a un viajero empleado en un Banco le robó y luego le colgó de un árbol.

Pachi Igitua, muy astuto, supo preparar la coartada admirablemente, y lo tuvieron que soltar. Gastón fue a ver a Pachi, hablaron de sus asuntos de contrabando y luego le preguntó por el cantinero.

—¿Quién es ese hombre?

—Yo creo que es espía de los alemanes, y que con ello gana mucho —le contestó Pachi—. Me parece que ha andado también en tratos con los reclutadores de obreros para Francia de las tabernas de la calle de la Estación de Irún, próximas al puente del ferrocarril.

Quince días después iba de nuevo Gastón a casa de Pachi Igitua por la carretera de Navarra.

Veía Biriatu en un alto, dando la cara a España, con su torre puntiaguda y su grupito de casas.

En el camino Gastón advirtió a Pachi oculto detrás de una cabaña de ramas, construida por los carabineros.

Pachi hizo una señal de silencio, llevándose el dedo a los labios. Gastón se le acercó.

—¿Qué hay? —le preguntó.

—Vamos a ver algo curioso —le contestó el gitano.

—¿Pues?

—Hace un momento ha pasado ese cantinero de la estación del «Topo» por aquí, mirando a un lado y a otro, por si le veían. Ahí enfrente, en la orilla francesa, hay desde la mañana movimiento de gente. Algo pasa, algo trae ese hombre, y allí le esperan no sé con qué fin. Vamos a seguirle.

Subieron al monte y marcharon paralelamente a la carretera.

—Allá está —indicó Pachi Igitua.

El cantinero estaba parado y como indeciso, mirando al río. Gastón y Pachi Igitua se acercaron por entre la maleza del monte al borde de la carretera, y quedaron observando entre las matas.

El cantinero pareció decidirse, dejó la carretera y se acercó a la orilla, donde había una barca.

Le vieron Pachi y Gastón pasar al lado de grandes cañaverales donde se les perdió de vista. Poco después cruzó la barca a la orilla francesa y de un caserío pequeño se destacaron ocho o diez hombres, los cuales fueron corriendo a su encuentro. Al momento uno de aquellos hombres, probablemente gendarme, montó en una bicicleta y marchó en dirección de Behobia francesa por el camino próximo al Bidasoa.

—¿Qué habrá pasado ahí? —dijo Gastón.

—Lo han cogido en el garlito —exclamó Pachi Igitua—. ¡Qué tonto! Ese hombre está perdido.

—Sí, es espía, sí —añadió Gastón.

—¡Pche! Allá él —dijo el gitano con indiferencia.

Hablaron los dos de sus asuntos. Por la tarde Gastón volvió a Behobia francesa y supo lo ocurrido. El cantinero era espía de los alemanes. Estaba demostrado. Al parecer, el primero en descubrir el espionaje de aquel hombre fue un barón, el barón Fritz Koenig, vecino por entonces de Fuenterrabía.

El barón, aventurero prusiano, había recorrido medio mundo explotando negocios de juego. El barón Koenig se presentó el primer año de la guerra en Fuenterrabía, con dos señoras, al parecer madre e hija, y llamó la atención por su vida elegante y dispendiosa. Le hicieron después presidente del Casino.

Era un hombre alto, corpulento, serio, con los dientes grandes, el aire impasible,

elegantemente vestido. A veces llevaba monóculo. Su mujer parecía, por su hablar, suramericana.

Se supo que el barón hacía el espionaje para los aliados. El cantinero se descubrió porque protegió a unos alemanes fugados de un campo de concentración de prisioneros de Francia, llegados a Irún. Esto llamó la atención de Koenig. El barón puso el hecho en conocimiento de la policía francesa.

Se indagó y se hicieron averiguaciones. El cantinero correspondía con dos jóvenes españoles, habitantes en Francia. Estos le mandaban noticias y el cantinero las comunicaba a los alemanes de San Sebastián.

A estos dos jóvenes españoles los habían prendido ya de antemano y fusilado en la cárcel de Burdeos; pero el cantinero no se dejaba coger. Un policía y un político de Bayona le invitaron a ir a Francia para hacer negocios, le quisieron comprar el género de la tienda abierta por él en el paseo de Colón. El cantinero, desconfiando, decía:

—Yo venderé todo lo que quieran en Irún, pero no entro en Francia aunque me aspen.

Entonces la policía, en vista de la decisión del cantinero de no entrar en territorio francés, le envió aquella muchacha a quien Gastón conoció en el café y que decía que no sentía hambre de pan, sino de besos, y esta muchacha, antes mecanógrafa en una casa de Irún, le engañó al cantinero y le dio cita frente a Biriatu, en donde le cazaron como a un conejo. Al llegar a la orilla francesa, le registraron y le encontraron una llave.

—¿De dónde es esta llave? —le preguntó un sargento de gendarmes.

—Es de mi tienda —contestó el cantinero, azorado.

Entonces el gendarme montó en la bicicleta, marchó a Irún, abrió la tienda del excarabinero, la registró y cogió todos los papeles y documentos y los llevó a Francia. El cantinero estaba perdido y no tardaría mucho en ser fusilado.

—¡Cochinos, puercos! —murmuró Gastón pensando en los gendarmes.

Al volver a Francia y pasar por cerca de la estación de Hendaya vio al cantinero, esposado. El hombre, sin duda, se veía perdido.

—¿No hay aquí españoles? —gritó con voz aguda—. ¡Que vean cómo nos tratan en Francia!

—¡Hala! ¡Adelante! —le dijo el gendarme, y lo metieron en la estación.

Había un grupo nutrido de gendarmes alrededor, y otras personas discutían el caso.

Gastón dijo a un aldeano allí presente, en vascuence:

—¡Vaya unos procedimientos los del Gobierno!

—¿Pues?

—¿Está permitido engañar así a un hombre, aunque sea un espía?

No acabó de terminar la frase cuando el hombre con trazas de aldeano, le dijo también en vasco:

—Ven conmigo.

—¿Para qué?

—Tú ven conmigo.

El supuesto aldeano era agente de policía.

Cuando Gastón quiso darse cuenta el policía le había puesto las esposas. Con las manos juntas lo llevó al cuartel de la gendarmería. Allí le metieron en un patio, cerraron las ventanas y sin más se echaron sobre él y le pegaron una paliza con las porras de caucho, que lo dejaron medio muerto.

Al día siguiente Gastón, molido y febril, descansaba tendido en un banco. Su camisa estaba llena de sangre. En esto se presentó Darrigol. Darrigol venía a hablarle, a salvarle, a condición de que se naturalizara francés. Gastón, vibrando de cólera, dijo:

—Antes tengo que curarme. Estoy lleno de sangre por todas partes.

—Eso no es nada —le dijo el gascón con petulancia—. No hay que ser flojo ni cobarde.

—Cuando esté curado veré lo que hago.

Con las recomendaciones de Darrigol le dejaron a Gastón marchar a una posada. Volvería a presentarse cuando estuviera bueno.

Gastón habló a su amigo Joshe Miguel Longaitz, quien lo llevó a casa de una tía de Juana-Mari, de Biriatu. Esta vieja de ochenta años, absorbente y celosa, sentía gran entusiasmo por sus sobrinos nietos. Era la anciana capaz de hacer por ellos cualquier cosa. Estuvo allí Gastón varios días y cuando se puso bueno, por Chapitelacoarria pasó a España.

En Ascain hubo una denuncia contra la familia Larreche por espionaje. Registraron los gendarmes la casa y cerraron y sellaron los cuartos; no se encontró ni el más leve indicio de que allí se dedicara nadie al espionaje.

Gastón envió un recado a su madre a Ascain. Le recomendó que se trasladaran a España.

Efectivamente, así lo hicieron y fueron a meterse en Vera todos, excepto la Martina, doncella en una casa rica de Hendaya.

Darrigol aseguró que Gastón se había mostrado como un canalla y un cobarde. Gastón, al saberlo, escribió inmediatamente a su enemigo: «Señor Darrigol: He oído que dice usted de mí que soy un canalla y un cobarde. El canalla y el cobarde es usted. Si quiere usted, le espero en un sitio que usted fije en la frontera y allí, a solas los dos, le demostraré que no solo no le tengo miedo, sino que le considero como a un puerco que se las echa de valiente en donde está protegido por otros tan puercos como usted y donde no le puede pasar nada. —*Gastón Larreche.*»

Darrigol no contestó. La que escribió poco tiempo después a Gastón fue Felicitas, con grandes recomendaciones. No debía entrar en Francia ni comprometerse, ni hablar demasiado. La guerra iba a acabarse pronto y entonces se reunirían.

EL MOLINO DE ERROTACHO tenía grandes condiciones para el contrabando. Se hallaba de noche fuera de la acción de la aduana, se podía ir y venir sin llamar la atención de nadie. A Gastón le pareció estratégico.

El mozo pensaba contrabandear todo lo posible; así ganaría la vida y satisfacería su enemistad por los vecinos del otro lado del Pirineo.

Gastón sentía gran odio por los franceses; sobre todo, por los gendarmes; consideraba su odio legítimo y completamente justificado.

En su carácter se mezclaban los instintos de terquedad, de insociabilidad del vasco con la audacia de las gentes de la costa vascofrancesa, en donde vive una raza mezclada de ingleses y de normandos.

Gastón tenía en Donamaría un primo de su padre, un solitario con fama de rico y de avaro. Gastón fue a verle y a pedirle dinero para comprar algunos muebles para la casa de Vera, pues no podía la familia sacar los guardados en Ascaín.

Cuando llegó a Donamaría y preguntó por su tío la gente se echó a reír y le mostraron una casucha ruinosa de una pequeña barriada de gitanos.

—Ahí vive —le dijeron.

A su tío Larreche le llamaban en el pueblo «Mandashay Era». Algo como el arriero loco.

Gastón entró en la casa. «Mandashay Erua» era un viejo con aire de mendigo, con el pelo largo y crecido, la barba blanca, la cara como tallada en boj, amarillenta, llena de arrugas, y la nuca de color de ladrillo, rojiza, rugosa como la corteza de un árbol centenario. Los músculos y los tendones de su cuello parecían cuerdas.

«Mandashay Erua» tenía un tipo de zorro, con aire diplomático, la mirada lúcida de unos ojos brillantes como el acero debajo de las cejas como dos pinceles.

Al oír la petición de su sobrino el viejo se echó hacia atrás y dijo que no, que de ninguna manera; no tenía dinero. Después, con las explicaciones de Gastón, se fue convenciendo y le preguntó:

—¿Cuánto necesitas?

—Mil pesetas.

—No, no, imposible. No las tengo.

—Bah.

—¿Y cuándo me las devolverías?

—Antes de un año.

—¿Y qué interés me darías?

—Lo que usted dijera.

—¿Me darás el diez por ciento?

—No tengo inconveniente.

—Bueno; entonces espérame aquí.

El viejo desapareció y volvió después de mucho rato con un recibo que había que firmar y unos billetes grasientos en las manos temblorosas, con los dedos ganchudos.

Gastón firmó y cogió el dinero.

Luego, cuando fue de nuevo a Donamaría a devolver parte del dinero al viejo, se enteró de su vida. «Mandashay Erua» era un avaro, vivía en su casa solo, sin nadie que le atendiera. Dormía sobre un montón de helechos y comía un trozo de pan y un poco de aguardiente. A veces se ausentaba del pueblo e iba por la ribera de Navarra y por la Rioja con su saco pidiendo limosna y recogía todo lo que encontraba en el camino y lo llevaba a su rincón de Donamaría.

Con el dinero del viejo, Gastón pudo comprar lo necesario para su nueva casa y limpiarla, y blanquearla por dentro.

Pronto Gastón fue uno de los jefes de una cuadrilla de contrabandistas. Gastón vivía en constante lucha de habilidades y engaños con los aduaneros franceses y los carabineros españoles.

Su partida la formaban los hermanos Pintherdi, Oquerra, Shucalde, el Maqueto, Bordazar, Gascoña, Basterretche y algunos otros.

Los Pintherdi eran dos hermanos vagabundos muy parecidos de tipo, y de ideas muy distintas. Nacidos en Francia, de padre español, estaban naturalizados españoles. Habían contrabandeado durante mucho tiempo en las proximidades de Behobia. Cuando la vigilancia policíaca francesa se intensificó y les impidió seguir con el contrabando escaparon a España. Pintherdi el mayor se mostraba partidario de los franceses; en cambio, el pequeño se sentía decididamente antifrancés. Los dos hermanos no se entendían.

Oquerra (el tuerto) tomaba el apodo de su padre. Era francés, antimilitarista, sabía cantar zorcicos y se manifestaba alegre y terco. Su padre, el auténtico Oquerra, vivía con una *marcelote*, medio gitana, separada del marido. Oquerra hijo hablaba como antifrancés.

Shucalde (cocina), hombre sonriente y un poco borracho, se ocupaba únicamente de comer, de beber y de registrar las cocinas. De aquí su apodo.

El Maqueto era hijo de un obrero castellano de la fundición del pueblo. El Maqueto hijo sentía una marcada afición por el contrabando.

Bordazar, Gascoña y Basterretche, desertores franceses, trabajaban en ocasiones en los caseríos, aunque no de una manera constante.

Gascoña había estado en el ejército francés en Argelia, donde se acostumbró a las bebidas fuertes. Llevaba un tatuaje muy complicado en el brazo. El alcohol le perturbaba y a las dos o tres copas se comenzaba a poner agresivo. Si tenía un cuchillo a mano era capaz de lanzarse con él a atacar a cualquiera.

Basterretche era flaco, musculoso, un tanto bufón, especialista en bromas no siempre de gusto y blasfemador constante.

Trabajaba una vez en el molino de un primo suyo, cura. Se hallaba con medio cuerpo metido en el agua del canal, intentando soltar con la llave inglesa la tuerca de la turbina. Como no conseguía su objeto, mascullaba una retahíla de blasfemias. El cura, al oírle desde su casa, sacó la cabeza por la ventana y le dijo severamente:

—Basterretche. Basta de majaderías.

—Bueno —gritó este furioso—; baja tú a ver si destornillas eso con Avemarías y Padrenuestros.

Todos aquellos hombres hacían el contrabando, algunas veces de Francia a España, con más frecuencia de España a Francia. Llevaban mulas y comestibles, traían sedas y neumáticos. En general, su trabajo no era muy peligroso.

Llevaban también mucho alcohol. Cada género de contrabando tenía su técnica especial para pasarlo. Los caballos y mulas eran casi siempre del Gitano.

El Gitano proveía de caballerías en gran escala al ejército francés.

Uno de los asociados de la cuadrilla de Gastón era Andoch, tipo de Urruña, hombre fuerte y robusto y gran andarín. A Andoch se le veía constantemente por los montes con sus hermanos.

Cualquiera tarde se presentaba en Vera con cincuenta o sesenta caballos y los dejaba en el barrio de Alzate, cerca del juego de pelota.

Entraba en la taberna a tomar unas copas, compraba cuerdas para atar el ganado y al anochechar él, sus hermanos, Gastón y los demás, tomaban la carretera.

Declaraban en la aduana que entrarían en Francia por el puesto autorizado, pero al llegar a la muga se desviaban y marchaban durante toda la noche por sendas desconocidas hasta llevar los caballos al amanecer al sitio pactado de antemano.

Casi todos aquellos contrabandistas, compañeros de Gastón, eran altos, fuertes, secos y ágiles. El oficio les hacía desconfiados; sabían fingir con arte y tomar un aire de indiferencia y de incompreensión cuando les convenía.

Era gente de pocas palabras. En caso de ser presos no había manera de hacerles confesar nada. El que caía *in fraganti* iba a la cárcel, pero no confesaba.

Cuando dejaban su máscara de frialdad pasaban, sobre todo entre ellos, con rapidez a la violencia, a los insultos más terribles y se llamaban uno a otro cerdo, podrido, sucio.

Nunca empleaban armas. Si se atacaban era a puñetazos. Todos representaban más edad, parecían mucho más viejos. La prudencia, el cálculo, la astucia, daba a sus caras arrugas impropias de la juventud y a la expresión de su rostro un aire de gravedad.

El viento de la noche y el del monte dejaba su piel más clara. No les daba el color tostado de los campesinos.

La mayoría, noctámbulos, dormían de día. Cuando no andaban por el monte, bebían y jugaban. Eran grandes jugadores de mus, sabían disimular y ser impasibles.

Tenían sus canciones especiales, grotescas, como «La maleta de Rothschild» y «Musiú Chambule», verdaderos galimatías, pues mientras un grupo entonaba la letra,

los otros repetían el estribillo y daban patadas en el suelo. También cantaban a coro el «Montagnard» y la larga relación de la hija de la marquesa enamorada de un marinero, y otros zorcicos.

Casi todos ellos vivían en el barrio de Illecueteta.

Les gustaba la oscuridad; dos o tres luces eléctricas de los pasadizos les incomodaban y cada lunes y cada martes aparecían rotas de una pedrada.

—Tendré que poner una lámpara de madera —decía en broma el encargado de la luz eléctrica del pueblo, hombre gordo y filósofo.

Como todos eran vascos del Bidasoa tenía un gran desdén por los navarros de las proximidades de Pamplona y de tierra adentro, a quienes consideraban como *maquetos*. La misma gente del Baztán les parecía forastera.

Su país no era todo el país vasco, sino la faja estrecha comprendida a lo largo de la costa de San Sebastián a Bayona, y a lo ancho, desde el mar, hasta Echalar, en España, y hasta Ezpeleta en Francia. El centro de su mundo era el monte Larun.

La cuadrilla de Gastón luchó muchas veces con los carabineros y con algunos espías. Uno de ellos fue el practicante de la farmacia. Este quiso pertenecer a la cuadrilla, pero, como a charlatán, lo descartaron. El practicante, despechado, les denunció con frecuencia.

Una vez, de noche, en la carretera de Francia, lo encontraron agazapado en un matorral, espionando. Al verlo se lanzaron sobre él. El practicante echó a correr carretera abajo pidiendo socorro. Gascoiña le tiró una piedra, le dio en medio de la espalda y estuvo a punto de tumbarle.

Los viejos del pueblo, ya retirados y a quienes encontraban en la taberna, hablaban de los grandes contrabandistas de otro tiempo, del pueblo, de Marich, de los hermanos Mendigorri y de

Chaho. Ellos también pasaban mulas y caballos comprados por el Gitano, y barriles de alcohol. Contaban con orgullo el miedo de los aduaneros franceses a Marich. Marich era un gigante.

Una de las veces a uno de la cuadrilla de Marich lo cogió un aduanero francés y lo tenía en el suelo. El contrabandista pidió socorro; se acercó a ellos Marich, levantó a su compañero del suelo y tiró al francés a la cuneta de la carretera.

Otro día a uno de la cuadrilla de Marich lo cogió un aduanero francés y lucharon los dos. El contrabandista era fuerte y lo venció. El aduanero temió habérselas con el terrible Marich, y le decía en mal castellano:

—¡Perdonar vida, Marich! ¡Perdonar vida!

Muchos de los contrabandistas de Gastón vivían en el barrio de Alzate y de Illecueteta y se reunían en la posada de Arotzenea y en la taberna de «la Roshari». A la taberna de «la Roshari» llamaban en el barrio el consulado de Francia, porque se veía constantemente llena de franceses desertores.

Algunos de aquellos desertores se mostraban patriotas. Era extraño, pero entre franceses muy explicable, que hasta los desertores manifestaran ardientemente su

patriotismo.

Gastón discutía a menudo con ellos y decía con frecuencia:

—Los franceses, y sobre todo las autoridades, son tan déspotas y tan tiranos como en cualquier parte.

Para él Francia entera estaba representada por el padre de su novia, aquel gascón gordo, satisfecho, de grandes bigotes rubios, que se creía hombre importante y entonaba canciones en un idioma ridículo, y por los gendarmes que le pegaron de aquella manera cruel en el cuartel de Hendaya.

Gastón, una de las veces, estuvo a punto de reñir con un francés desertor, que hablaba mal de España. Decía que si los españoles no entraban en la guerra eran unos cobardes y que Francia haría la guerra *jusqu'a la victoire*.

—*Zerriya! Urde zikina! Ustela!* (Cerdo, puerco sucio, podrido) —le gritó Gastón—. ¿Para qué has desertado si creías esto?

¿Es que hay alguien que pueda poner siempre en perfecta armonía sus sentimientos y sus conveniencias?, se hubiera podido preguntar el francés.

Si Gastón sentía odio por los gendarmes franceses tampoco experimentaba gran simpatía por los carabineros españoles, a pesar de que con estos se entendía mejor.

Gastón tenía tratos para el contrabando con comerciantes y tenderos por varios conductos: uno era la viuda dueña de un pequeño bazar; el otro, el estanquero. Según se tratara de una clase de género o de otra, según se pensara en llevar género de Francia a España o de España a Francia, así se entendía por sus agentes con la dueña del almacén o con el hombre del estanco.

El capitán de carabineros del pueblo, en aquella época, era jugador, mujeriego y aficionado al vino. Al poco tiempo de estar en el pueblo, los carabineros a sus órdenes le llamaban el capitán «Chopera».

El capitán «Chopera» era hombre de vida desordenada. A veces a media noche se le ocurría montar a caballo y visitar las mugas, lo que desesperaba a sus subordinados.

Al capitán «Chopera» le sustituyó el capitán «Patata». El capitán «Patata», grueso, pesado y tranquilo, no tenía la más vaga idea de geografía y se quedó asombrado de que Vera estuviera cerca de Biarritz.

—¿Pero dice usted que Biarritz está a veinticinco kilómetros de aquí? —preguntó, extrañado, al llegar.

—Sí.

—¿Será un pueblo carísimo? En mi pueblo solo un marqués va a veranear a Biarritz y cuenta cosas estupendas. ¿Cuánto costará allí un hotel?

—Costará doscientos o trescientos francos al día.

—¡Eso es terrible! Eso es para potentados. ¿Y un café qué valdrá?

—Quince o veinte francos.

—¡Qué horror!

—¿No va usted a ir alguna vez?

—No, hombre, no. Eso no es para mí.

Vera mismo le parecía un pueblo excesivamente civilizado.

—Pero este es un pueblo moderno —decía—; ya se ve que está cerca de Biarritz. Esto no es como La Seo de Urgel ni como Pamplona, en donde no hay más que cererías. Aquí hay anuncios a la moda, ¡qué barbaridad!: *Aus dames de France*. *Aus galerías Lafayette*, el *Printens*. Este es un pueblo adelantadísimo.

El capitán pronunciaba todas las letras de las palabras francesas con gran entusiasmo.

Gastón tuvo sus disgustos con los carabineros.

Los contrabandistas estaban dispuestos a no venir a las manos y a huir para evitar las refriegas; pero, aun así, a veces corría la sangre.

Un día iba Gastón con tres muchachos vasco-franceses de la cuadrilla por el monte con sus paquetes al hombro. Les seguía un carabinero por aquellas cuestas con dificultad. Los contrabandistas le llevaban gran ventaja y se sentaban de cuando en cuando. El carabinero, tras ellos, marchaba desesperado, fatigado y sudando.

—¡Hu!, ¡hu! —le gritaban los tres mozos vascofranceses, riendo.

Al llegar a una muga y pasar la frontera, los tres contrabandistas se sentaron en el campo a descansar y a tomar un bocado. Gastón les advirtió.

—Estamos demasiado cerca de la raya; vamos más para abajo. Yo no me fío.

—¡Bah! Aquí no pueden hacer nada.

—Vamos más lejos.

—¡Ah!... Tonterías. Descansemos.

Los mozos no hicieron caso de la advertencia. El carabinero perseguidor avanzó en territorio francés, se echó a la cara el fusil y le pegó un tiro a uno de los mozos y lo dejó muerto. Los otros dos contrabandistas echaron a correr. El carabinero se metió en tierra francesa, cogió el cadáver por los pies y lo arrastró a tierra española. Después borró todos los rastros de sangre, y hecho esto, comunicó el caso a sus jefes.

Cerca de la muga número 9 hay una piedra con una inscripción y el nombre del muerto.

A pesar de casos así, poco tranquilizadores, los contrabandistas seguían con sus fechorías, burlándose a veces de los carabineros.

Había un carabinero andaluz, apodado «Cara Sucia», porque aunque se lavara, siempre podía legitimar el mote.

«Cara Sucia» tenía la tez morena y granujienta, el bigote a lo káiser, negro, encrespado y espeso, considerado por él como prenda personal de mucho valor. Era de los que legitimaban aquel cantar:

*A los carabineros no les des agua,
porque con el bigote rompen la jarra.*

«Cara Sucia» decía en su media lengua:

—Aquí, en el Norte, no ze pue vivi; tó etá caro. Ayí, en Andalucía, pol lo meno

hay verdura barata y vino y *argún pescao*, pero aquí no hay *ná*. *Al nego dimpué ete viniyo* cagón que venden aquí, no alimenta.

—¡Pero si aquí el vino lo traen de Alicante! —le decían.

—*Pue* no alimenta.

Y nadie lo sacaba de ahí.

—*Eto no e* clima ni *e ná* —decía otra vez—. Ahora, cuando en *toas* partes se abrasan los *pajariyo*, aquí *hase* frío y húmedo. *Eto e* ridículo.

«Cara Sucia» cantaba con estilo y con gracia. Los compañeros le oían siempre con gusto. Tenía gran repertorio de canciones de contrabandistas:

*Dicen los contrabandistas
cuando salen del Peñón:
¡Dios nos libre, Dios nos libre!,
de la boca de un soplón.*

Esta otra copla la repetía también mucho:

*Contrabandista valiente,
¿qué tienes que tanto lloras?
Que me han matado el caballo,
y no me quiere mi novia.*

Sabía otras muchas coplas de la canción del contrabandista que galopa por la frontera y tiene como estribillo:

*¡Viva mi jaca castaña!
la perla del contrabando.*

Un día estaba «Cara Sucia» durmiendo en la muga sobre la manta cuando acertaron a pasar Gastón y sus contrabandistas con sacos de lentejas. A Gastón no se le ocurrió otra cosa que regar la manta de «Cara Sucia» con las lentejas. Cuando llegó el capitán «Patata» con el teniente a hacer la inspección, le preguntó a «Cara Sucia»:

—¿Ha pasado alguien?

—*Naide*, mi capitán —le contestó el carabinero, muy seguro.

—¿Pues quién ha traído estas lentejas?

«Cara Sucia» se quedó asombrado y juró después vengarse de los bromistas. Se lamentó también de que las lentejas se hubiesen derramado por tierra, porque si no, con ellas hubiera tenido bastante para una vez para el puchero.

Cuando «Cara Sucia» supo que era Gastón el autor de la broma, le pidió explicaciones, pero pronto perdió su malhumor y se hicieron amigos. Los carabineros Miota, «Cara Sucia» y «Potaje», aunque oficialmente enemigos, tenían amistades con los contrabandistas. El ejército y el pueblo fraternizaban.

Por entonces uno de los carabineros pidió la plaza de verdugo, vacante en una Audiencia del Norte. Hizo la gestión en secreto. No le concedieron el cargo, pero como la contestación a la solicitud la Audiencia la envió al Ayuntamiento, se enteró

todo el mundo, y todo el mundo desde entonces, comenzando por los carabineros, miró con repugnancia y con desprecio al solicitante de la plaza.

TRES CAMINOS parten desde San Juan de Luz a Vera. El primero, el más próximo al mar, comienza en la carretera de Hendaya, deja esta, toma otra a la izquierda próxima al castillo de Urtubi, y sigue al Puerto de Ibardin. El segundo va desde el campo de *golf* al lado del río Nivelles, que los vascos llaman Urdachuri, a seguir la regata de Inzola. El tercero se acerca a Ascain, sube por la garganta de Oleta, termina en una estribación del monte Larun y baja después al barrio de Alzate.

La pequeña aldea de Oleta tiene dos barrios, el alto y el bajo, en conjunto cuarenta casas, y un juego de pelota diminuto con una inscripción antigua.

La venta de Chapitel formaba parte del poblado de Oleta; se hallaba al comienzo de un barranco próximo a la frontera de España.

El dueño de la venta, un tal Chapitel, hombre de cincuenta años, serio, grave y circunspecto, había vivido durante mucho tiempo en la Argentina. En Buenos Aires y otros pueblos ejerció de sastre y ganó dinero. Se le consideraba muy hábil para hacer trajes de señora. Luego, al parecer, estuvo complicado en una muerte y en negocios de juego, y recorrió media América, y en algunos sitios vivió de cocinero y en otros haciendo conjuros y exorcismos contra las enfermedades del ganado. Hubo quien le conoció ejerciendo esta extraña profesión, con la cual tenía gran éxito y ganaba mucho. Con sus ingresos de exorcista Chapitel compró la venta solitaria de Oleta y se fue a vivir a aquel descampado.

Chapitel solía ir con frecuencia a San Juan de Luz, Ascain y Sara y también a Vera y a Echalar. Llevaba siempre en la mano un saquito. Varias veces le reconocieron los aduaneros en Francia y los carabineros en España y no le encontraron nada de particular.

En el comienzo de la guerra, la policía francesa y la brigada volante de la frontera organizaron un servicio de espionaje en la zona limítrofe y no vieron nada sospechoso en la venta del antiguo sastre, cocinero y exorcista.

Luego, al final de la guerra se aseguró que Chapitel llevaba grandes cantidades de cocaína y de morfina a la venta desde España y que luego enviaba estas drogas a Biarritz y a San Juan de Luz.

Muchas cosas ciertas o fabulosas se contaron de Chapitel. El hombre tomó, ante la imaginación de algunos vecinos, proporciones de personaje oscuro y siniestro.

Se achacaba al ventero la muerte de un pariente de su mujer. El pariente fue de la pampa argentina a la venta; tenía una crecida fortuna. El pampero desapareció; unos aseguraron haberle visto en América y otros en Burdeos, mas en realidad nadie le habló y pudo certificar su existencia.

Todos los venteros de la zona francesa fueron acusados varias veces de

suministrar documentos falsos a los emigrantes, de pasar alcohol de contrabando y de vender cocaína.

La cocaína, según se afirmaba, Chapitel la recogía en el puerto de Pasajes y de aquí la llevaba a su venta y después a distintos pueblos de la frontera, desde donde la transportaba al interior de Francia.

Una mujer vivía con Chapitel: una francesa rubia y elegante, a quien él presentaba como a su legítima esposa. Por su aspecto, parecía una *cocotte*. Esta mujer tenía dos hijas, dos muchachas de más de veinte años. A juzgar por las muestras, seguían las huellas de su madre. Las dos vestían elegantemente y estaban semanas enteras con oficiales americanos, ricos, en Biarritz, y les llevaban cocaína y morfina. Luego volvían a la venta y se pasaban varios días descansando de sus aventuras.

La estancia de los oficiales americanos en Biarritz inmoralizaba el pueblo, ya de por sí inmoral y mercantilizado, como punto de reunión de gentes desocupadas y ricas de todos los países.

Durante la guerra, algunas señoritas elegantes, biarrotas y forasteras, con medios de vivir y de buenas familias, acudían a los hoteles, que les avisaban por teléfono, para pasar la noche con oficiales americanos ricos. Cogían el dinero para jugar, comprar alhajas y tomar cocaína y morfina.

Las dos criadas de la venta de Chapitel, muy pintadas y arregladas, tenían aire sospechoso y se entendían con el amo y con los contrabandistas.

Chapitel unía con arte sus dos personalidades: la del canalla intrigante, vendedor de drogas, y la del cazador y filósofo campesino. Como cazador recorría los montes, ponía lazos y botrinos en los arroyos y herborizaba en los campos.

Chapitel, según las malas lenguas, se entendía con las dos muchachas de la venta. Era, sin duda, una compensación a que su mujer y sus hijas anduvieran de aventura.

Una de las chicas de la venta era de la montaña de Navarra, morena, con aire de cabra y ojos negros ardientes, un tanto bizcos. La otra era una francesa rubia, de cara cuadrada, hombros anchos, manos grandes, piel sonrosada y vello dorado. Chapitel se entendía con ellas, una vez con una y otra vez con otra, quizá siguiendo los cambios de la luna o de las estaciones.

En connivencia con Chapitel, para muchos de sus negocios, estaban un tabernero de Ascain y otro de Oleta.

Gastón y sus amigos conocían muy bien la venta de Chapitel y las tabernas de Ascain y de Oleta. A veces llevaban a ellas sus fardos y sus sacos. A los gendarmes y aduaneros franceses no les importaba el contrabando de víveres hecho desde España y las autoridades de este país lo permitían, pues más bien favorecía a Francia.

GASTÓN Y LONGAITZ, en su conversación en el prado de Olaundia, trataron de los medios de libertar a Joshe Miguel, detenido en Bayona.

—¡Hay que pensar cómo se va a hacer esto! —se dijeron uno a otro.

—Podríamos poner nuestro centro de acción en la venta de Chapitel —indicó Longaitz.

—No, no —aseguró Gastón.

—¿Por qué?

—Chapitel tiene relaciones con los gendarmes y nos podría vender.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro. Yo no he pensado bien el proyecto, pero lo pensaré. Estoy dispuesto a hacer lo necesario para salvar a tu hermano. Creo que lo primero es resolver por dónde lo tenemos que sacar de Bayona y después de Francia.

—Quizá lo mejor sería sacarlo por el río, por el Adour.

—¿En una lancha?

—Sí.

—Escapar por el río, de Bayona, es muy difícil, casi imposible. La salida del Adour y el mar están muy vigilados —aseguró Gastón.

—Entonces, ¿por el Bidasoa?

—Tampoco. El Bidasoa, por la parte de Hendaya, está también muy guardado.

—¿Y Biriatu?

—En Biriatu hay ahora mucho gendarme.

—Entonces, ¿por dónde lo sacamos?

—Creo que lo mejor —dijo Gastón— es intentar salir por aquí mismo.

—¿Tú crees?

—Sí, por aquí, por la parte de Urruña.

—Pero aquí es por donde le buscarán más, sabiendo que es de esta parte.

—¡Ah, claro! Pero no importa. El pasar por aquí puede tener la ventaja de no dejar la menor huella. Si se encuentra un buen rincón donde esconderle, no lo cogerán.

—¿Qué rincón puede ser ese?

—Necesitamos un escondrijo donde meter a Joshe Miguel. Si lo llevamos a cualquier casa, son capaces de denunciarlo, dado el patriotismo rabioso que ahora siente todo el mundo en Francia.

—¿Qué podemos hacer?

Gastón calló, pensativo, y estuvo largo rato mirando al suelo. Después dijo:

—Hay un maizal en Urruña que es del alcalde. Este maizal está cerca de la cruz

del pueblo que da al camino de Vera. Ahora estarán los maíces muy crecidos. Vamos a hacer, de noche y sin que nadie nos vea, un agujero en la tierra entre los maíces. Si sacamos a Joshe Miguel del cuartel de Bayona, le llevaremos allá, le tendremos unos días, y cuando ya no haya vigilancia, le pasaremos a España. ¿Qué te parece?

—Me parece bien.

—A ver qué obstáculos encuentras al plan.

—Nos pueden ver ir al campo.

—No nos verán. Hay un horno de cal cerca; allí podemos entrar de noche y salir cuando amanezca.

—¿Necesitaremos alguien que nos ayude?

—Creo que no.

—Yo le había hablado a mi primo Erratchu.

—Bien, es de tu familia e incondicional; pero no hay que pedir ayuda a nadie más. Todo lo tenemos que hacer nosotros. Llegar a Bayona sin dejar rastro será fácil; salir de Bayona y pasar a San Juan de Luz, también es fácil; lo difícil es cruzar esta parte de la frontera. No hay que alquilar automóvil, ni coche.

—¿Cómo lo hacemos, entonces?

—¿Tú no puedes sacar de tu casa dos bicicletas?

—Sí.

—Pues nos arreglaremos con ellas.

—¿Vamos a ver cómo?

—Tu primo Erratchu le coge a tu hermano, le saca del cuartel de Bayona y le lleva a la carretera de España. Allí me encargo yo de él, montamos en las bicicletas, llegamos los dos al agujero del maizal de Urruña, donde pasamos tres o cuatro días escondidos. En estos días, Darrigol y los gendarmes harán lo imposible para encontrarnos y registrarán los alrededores, pero como no encontrarán rastro, no darán con nosotros.

—No me parece mal el proyecto.

—Luego le diré a Pintherdi y a los amigos que, pasados cuatro o cinco días a contar desde hoy, vean cuándo haya poca vigilancia en la frontera. Cuando ocurra esto, que pongan dos cañas de maíz cruzadas en la cruz de Urruña y luego enciendan dos luces de acetileno, una en la mina arruinada de Meazgorrieta y otra en Mihongomeatz, en la parte que mira a Francia, del monte Comiciarri.

Discutieron otros detalles de la expedición.

—Esta noche pasaremos cerca de Ascain —dijo Gastón—. Allí tengo yo persona de confianza que nos proporcionará dos azadas y un pico y provisiones. Necesitamos algún dinero.

—Lo tengo —dijo Longaitz.

Poco más tarde, los dos amigos, decididos, tomaron el camino de la regata de Inzola.

En la bruma plateada brillaba con intermitencias el faro de Biarritz; las luces de

San Juan de Luz chispeaban como un montón de lentejuelas doradas.

Dos horas después se encontraban en Ascain. Llovía; la plaza y el juego de pelota estaban llenos de charcos. Se veía vagamente la iglesia y el jardín del hotel Larun. Gastón entró en una casa pequeña, y al cabo de algún tiempo salió con un saco, las azadas y el pico al hombro.

—¿Sigue viviendo ahí la Leona? —preguntó Longaitz.

—Sí.

Inmediatamente salieron del pueblo y a campo traviesa marcharon al horno de cal próximo a la cruz de Urruña. Estuvieron trabajando furiosamente. Al hacerse de día volvieron al horno de cal, durmieron, y por la noche siguieron el trabajo. A los dos días acabaron el agujero, de cerca de dos metros en cuadro, y lo cubrieron en ramas de árboles.

En el boquete dejaron latas de conservas, pan y algunas botellas de vino. Terminada la obra, al anochecer, Longaitz fue a su casa de Urruña y sacó dos bicicletas.

Por la mañana siguiente, a las cuatro, estaba citado con Gastón en la carretera, delante del castillo de Urtubi.

Se encontraron, montaron en las bicicletas y a la entrada de Bayona las dejaron detrás de un vallado. Luego se metieron en la ciudad a desayunar en un cafetín de la calle de España.

Allí se les reunió Erratchu. El pariente de Longaitz tomaba también parte en la empresa.

Dos días antes Erratchu avisó a Joshe Miguel; los preparativos estaban hechos; debía decir la hora en que podría escaparse. El preso indicó las cinco de la mañana.

Gastón preguntó a Longaitz si tenía una pistola; estaba dispuesto a tumbar al primer gendarme que se le pusiera por delante. Longaitz dijo que no. Si había que matar a alguno, él renunciaba a la empresa.

—Bueno, bueno; está bien —contestó Gastón.

A las cinco de la mañana, Erratchu, el pariente de Longaitz, sacó a Joshe Miguel del cuartel y le acompañó hasta la salida del pueblo.

Allí Joshe Miguel y Gastón montaron en bicicleta y en hora y media llegaron a Urruña. Después cogieron la bicicletas al hombro y a campo traviesa marcharon a meterse en el agujero del maizal hecho noches antes.

Longaitz se dirigió hacia el frente, Joshe Miguel y Gastón estuvieron seis días escondidos en el maizal, y una noche, con una tormenta terrible, salieron de su agujero, pasaron la muga y fueron a dormir a Vera, al barrio de Illecuenta, a la posada de Arotzeneña.

Joshe Miguel, que había estado impaciente y sin sueño los días antes de escaparse de Bayona y después en el agujero del maizal, pasó cerca de treinta horas durmiendo en un sueño, no interrumpido.

GASTÓN SE ALABÓ en Vera de haber sacado del cuartel de Bayona a Joshe Miguel, el de Longaitz. Los aduaneros y los gendarmes franceses se enteraron del caso y se juraron darle un disgusto a Gastón cuando entrara en Francia.

No se sospechó de Longaitz. Este, además, obtuvo poco después la medalla militar y ascendió. Gastón, al saber las intenciones de los gendarmes, decidió no pasar a Francia.

Su hermana Martina solía ir a visitar a la familia a Vera y con frecuencia citaba a Gastón en Irún.

La Martina era una muchacha especial. No quería casarse. Sus ideales consistían en reunir diez o doce mil pesetas e ir a vivir a Vera, donde pondría una tiendecita, compraría una vaca y un cerdo y se ocuparía de los sobrinos: pensaba que algún hermano se casaría y tendría familia. La Martina sentía gran afecto por Gastón, a quien quería proteger.

Varias veces la Martina dijo a Gastón:

—Ahora hay un miedo terrible en todas partes en la frontera. Se habla de gente que desaparece de los pueblos y de que la llevan a Bayona o a Burdeos y de quien ya no se oye hablar más. No te acerques a la frontera.

—No, no; ya tengo cuidado.

—La policía no solo vigila la orilla francesa, sino que tiene aquí muchos agentes.

En España se hacían listas negras y se espiaba a todo el que comprara géneros alemanes o dijera que Beethoven era un buen músico. Se prendía con mucha facilidad.

—No vayan a cogerte a ti, Martina, si saben que vienes aquí a hablar conmigo —le decía Gastón a su hermana.

—No, yo no tengo peligro porque estoy en casa de una persona importante. El hermano de la señora es coronel y tiene mucha influencia; pero como se vigila a las gentes que pasan la frontera, yo te avisaré los sitios para encontrarnos.

La Martina dijo a Gastón que ya no se podrían ver con frecuencia. Decidieron no darse cita en Irún ni en ningún sitio público; los franceses tenían confidentes españoles bastante serviles para hacer de espías. Cuando la Martina quería ver y hablar a su hermano le citaba en Fuenterrabía o en una casa de a orillas del Bidasoa, llamada Gaztañalde, donde solía haber un baile de mozos y mozas campesinos.

Un mes después la Martina le dio nuevas noticias. La mayor suspicacia reinaba en la frontera.

—Los agentes de Aduanas de Hendaya —le dijo— no se atreven a recoger los encargos. Uno ha ido a retirar una caja de lápices consignada a él y lo han prendido.

—¿Y por qué?

—Han dicho que son lápices explosivos que mandan de Alemania para hacer volar las fábricas de Eibar que envían armas a Francia. Ahora aseguran que a ese agente de Aduanas lo van a llevar a presidio para toda la vida.

—La policía —siguió Martina— emplea mujeres y han cogido engañados a algunos españoles dentro de España y se los han llevado a Francia por el puente de Behobia.

Gastón, al oír esto, quedaba sorprendido y perplejo.

—¿Y cómo permite eso el Gobierno español?

—No lo sabrá. El policía que te detuvo a ti en Hendaya, ha cogido en San Sebastián a dos viejas de Ciburu, parientes de nuestra madre, y en un automóvil las ha llevado a Francia. Dicen que han ayudado a unos desertores.

—¿Y ha sido el mismo que me cogió a mí?

—Sí.

—¡Cochino! —exclamó Gastón, recordando lo que le había ocurrido en Hendaya—. Si alguna vez lo encuentro en España, lo he de matar a palos.

—Se dice —prosiguió la Martina— que hay una línea de desertores desde Marsella hasta Biriatu, y que por este pueblecito, cruzando el Bidasoa, pasan a España.

Gastón estaba furioso. En Francia se volvían locos de patriotismo y de suspicacia. Se sospechaba de todo el mundo. Si se hablaba con alguna claridad, se iba a la cárcel. Corrían con insistencia rumores inquietantes. Según la opinión popular, la mayoría de las casas comerciales eran alemanas o favorecían a los alemanes; por la costa se hacían señales con luces a los submarinos enemigos. Las gasas y el algodón de los hospitales se hallaban infectados a propósito, y hasta las naranjas de España estaban envenenadas.

EL ÚLTIMO AÑO de la guerra, Gastón vivía en Vera, ya más tranquilo; escribía a Felicitas, y ella le contestaba puntualmente.

Un día recibió un recado de un mozo de Urruña, a quien llamaban Zanquelio, para que fuera a la muga a verse con su novia.

—¿Quién te ha dado el encargo? ¿Ella misma?

—No, me lo ha dado un chico de su parte.

Gastón fue a la muga. En el prado próximo a la frontera se celebraba una fiesta, un baile de campesinos y de desertores, a los sonos del acordeón. No estaba por allí Felicitas. Gastón, muy desconfiado, se asomó a una casa cercana, ya en territorio francés, a unos cuarenta o cincuenta metros de la muga, y de repente se echó un hombre sobre él. Gastón luchó con el hombre y lo derribó al suelo. En esto apareció Darrigol.

—¡Ríndete! —le gritó.

Él contestó con la palabra de Cambronne:

—M...

Darrigol disparó su revólver e hirió a Gastón en un hombro.

Los bailarines de la pradera se habían asomado al oír el tiro. Muchos desertores no se atrevieron a pasar al lado francés.

Gastón, desangrándose y sin fuerzas, llegó a la misma raya y se tendió en el suelo, llamando a voces a la gente.

Dos carabineros españoles prepararon los fusiles y se acercaron a Gastón, con intención de defenderle.

Darrigol y dos hombres vestidos como él de paisano, dos gendarmes, viendo la gente reunida, no se atrevieron a acercarse, y se retiraron.

Uno de los carabineros, ya viejo y algo experto en heridas, puso dos compresas de lienzo en los orificios de entrada y salida de la bala y luego un vendaje. Un forastero, espectador de la fiesta, propuso trasladar inmediatamente al herido al pueblo en su automóvil.

Efectivamente, así lo hizo, y llevó a Gastón al hospital.

Gastón pasó días muy malos con la herida. Tuvo terrible fiebre y un amago de pulmonía traumática.

A las dos semanas se levantaba ya; al mes hacía sus correrías de contrabandista. Su odio por los gendarmes se acrecentó.

Un día fue a verle un periodista francés, venido del Canadá. Luego resultó espía de los alemanes. Este periodista le habló, le sondeó y se enteró de sus odios y de sus simpatías.

A la semana siguiente se presentó en Errotacho un hombre grueso, en auto. Venía de San Sebastián; era un tipo antipático, duro, con la cabeza rasurada.

Este hombre le dijo a Gastón que le necesitaba para negocios de contrabando, y le dio cincuenta duros por adelantado y le aseguró que le daría más.

Volvió otra vez el periodista francés y le propuso a Gastón que entrara en el espionaje alemán, a trabajar contra los franceses.

El instinto de venganza hacía a Gastón ver la idea con simpatía; pero la palabra espionaje, sin saber por qué, le producía repugnancia. Entonces se le ocurrió visitar a don Leandro, el dueño de la casa Olazar, hombre con fama de germanófilo.

A las diez de la noche cruzó el jardín de la casa y llamó, dando un aldabonazo. Apareció la muchacha, y le dijo que quería ver al amo.

—Que suba —dijo don Leandro.

—No, no quiero subir —contestó Gastón—. Tengo las alpargatas sucias y llenas de barro; me quedo en el portal.

Don Leandro bajó al portal, y Gastón le explicó lo que le habían propuesto.

Después de oír la explicación, don Leandro dijo:

—No hagas eso; no te metas en esos asuntos sucios del espionaje. Franceses y alemanes, ¡allá ellos! Esos agentes son una canalla en todas partes, y el oficio de espía a sueldo es el oficio más miserable y más ruin que pueda haber. Además, no sabrás por quién ni para quién trabajas. Déjalos. Eso a nosotros no nos debe importar nada. ¿Sabes lo que le ha pasado a un comisionista de Hendaya? Le mandaron una caja consignada a un barón prusiano de Fuenterrabía. No se atrevió a recogerla, y fue a advertírselo al comisario de Policía, y este le dijo: «Puede usted recogerla y enviársela, porque ese barón prusiano es un agente nuestro.» No te metas en eso; todo ello es muy sucio y, sobre todo, no tengas relaciones con nada que se refiera al espionaje. ¿Tú sabes lo que es pensar que tus trabajos o tus denuncias puedan servir para matar a gentes inocentes que vayan en un barco, y que ni siquiera serán los franceses, odiados por ti, sino gentes de aquí y de allá, que no tengan nada que ver con la guerra?

Gastón replicó contando las ofensas que le habían inferido los gendarmes.

—Sí, sí; ya lo sé. ¿Qué quieres? Francia es uno de los países más conservadores de Europa. Los franceses tienen un patriotismo rabioso que les trastorna y los enloquece. Nosotros no lo tenemos. Cierto que nuestro país es mucho más pobre y peor que el suyo.

Gastón quería someter todo a una idea de justicia y libertad. Don Leandro, que era erudito, le repitió varias veces esta frase: *Verité en deça des Pyrenées erreur au delá.*

Gastón salió de allí refunfuñando y sombrío, pensando que el dueño de Olazar, hombre apático, veía todas las cosas fríamente. A pesar de su irritación, el consejo de Acha fue influyendo en su espíritu, y decidió rechazar las proposiciones del periodista francés y del agente alemán.

Unos días después, en el ferrocarril de la frontera, oyó la conversación de dos señores. Sus palabras tenían indudablemente relación con la política. Uno de ellos dijo:

—Hay que vigilar la frontera española, desde

Fuenterrabía hasta Elizondo. Hay en esa línea un servicio de espías, gente miserable, que llevan noticias a los alemanes; un tabernero de la costa vende gasolina y aceite a los submarinos enemigos.

Ellos también tenían que echar mano de gente miserable; pero todo estaba bien para salvar a Francia, y con ella la justicia y el derecho.

Gastón, que iba en la plataforma del tranvía, dijo a voz en grito:

—Esos franceses siempre están a vueltas con estas mamarrachadas de la justicia y del derecho. Todo eso es mentira. Frases para engañar a los tontos.

Los del tranvía le miraron con estupefacción. Algunos de los obreros asintieron. Uno de ellos indicó:

—Esto no lo dirías al otro lado del Bidasoa.

—¡Ah!, naturalmente que no; ellos tampoco se atreven a hablar aquí.

AL TERMINAR LA GUERRA, Felicitas tuvo una cita con Gastón en Irún, y hablaron largamente. Ella quería que Gastón volviera a vivir a Francia.

—Yo no quiero ir a Francia ni ser francés. Me han hecho muchas porquerías los franceses.

—Hay que perdonar.

—Yo no soy de los que perdonan. Eso, los santos.

—¿Dónde vas a vivir?

—No sé.

Gastón estaba sombrío y malhumorado.

—Tu padre es un bandido —dijo.

—No, no es un bandido.

Hablaron después de cosas indiferentes. Gastón, de pronto, en un arrebato de brutalidad, cogió a su novia en sus brazos y la besó en la garganta. Felicitas lanzó un grito y miró dolorida a su novio, con sus ojos valientes y grises. Él bajó la vista, vencido. La muchacha comenzó a llorar, y él quedó paralizado e irresoluto.

Después Felicitas le dio la mano, y Gastón la tuvo entre las suyas.

Pasaron así largo tiempo sin hablarse. Felicitas tenía que volver a su casa. Al despedirse, presentó la mejilla a Gastón, quien la besó con tristeza.

—Escríbeme —le dijo ella.

Un mes después, Gastón decidió marcharse a California de pastor. Felicitas le esperó días, meses y años; pero no supo nada de él.

Itzea, julio 1931.

LIBRO SEGUNDO

JUSTICIAS Y LADRONES O LA AVENTURA DE «CASHCARÍN»

HAY GENTES QUE CREEN que hay sediciones legítimas —dijo don Leandro Acha, el amo de Olazar—. Hablando como leguleyos dicen que hay derecho a la sedición, a la rebelión. Otros suponen que la sedición es lícita en unos casos y en otros no.

—Estos casuistas tendrían que explicar cuándo es lícita, y por qué, y cuándo no —indicó el amigo de don Leandro, el doctor Arizmendi—; pero ¿convencerían a los demás?

—Esa es la cuestión. En los gobiernos, para ellos odiosos, antipáticos, dirían: sí, y en los simpáticos: no. Pero todos no tienen las mismas simpatías y antipatías.

—Es evidente. Para unos la sedición sería lícita contra Felipe II, para otros contra Lenin.

—Por último, hay los que afirman que nunca la sedición es legítima. ¿A usted que le parece?

—Hombre, yo no creo gran cosa en esa medida o norma del derecho para todas las actividades humanas —contestó el doctor—. Me parece esto una entelequia doctrinaria y un poco superficial. Esa norma del derecho puede servir para los abogados, y sus cuestiones externas para nosotros los médicos, que tenemos que resolver asuntos más interiores, no nos sirve para nada. Ahora mismo yo tengo un caso. Se trata de una chica con una insuficiencia mitral grave. Su aspecto exterior es magnífico. Alta, fuerte, sonrosada. La chica tiene un novio y se quiere casar. Yo la veo como médico y les digo a los padres: Esta chica no puede resistir un embarazo. Si queda embarazada, probablemente muere. Los padres se asustan. ¿Qué hacemos?, me dicen. Se le llama al novio y yo le explico a este que la muchacha está enferma, que la gestación sería en ella peligrosísima y que de casarse con ella no debe tener hijos. El novio contesta que él es cristiano y religioso y que no puede aceptar esto, que considera como una inmoralidad. Y ahí está la cuestión. Llámeme usted al abogado para que la resuelva con sus normas de derecho.

—¡Ah! ¡Claro! No la podría resolver —dijo don Leandro—. Es evidente. La cuestión está colocada en dos planos distintos. Por un lado es un caso de religión y de moral y por otro un punto de medicina. No hay arreglo.

—Pero es que en todo lo humano pasa lo propio; todo es mixto —replicó el doctor—. Los abogados que discuten sobre un artículo del Código, o los médicos sobre un tratamiento, o los químicos acerca de un análisis, ponen la cuestión en el mismo plano intelectual de crítica, pero es que esas discusiones no versan sobre un hecho concreto, sino sobre una idea abstracta.

—¿Adónde quiere usted ir a parar con eso?

—Quiero ir a parar a que la sedición no es una cosa abstracta en la realidad, sino que es un hecho mixto siempre vario, aquí más explicable, allí menos, aquí más duro,

allá más blando, aquí justificado, allí no, según las ideas de la época. Cada sedición que ha habido en el mundo es distinta. ¿Cómo vamos a levantar una teoría acerca de la legitimidad o no legitimidad de la sedición, como si todas las sediciones fueran iguales, cuando todas son diferentes por sus motivos, por sus formas, por su manera de realizarse? ¿Qué adelantaremos con esta identificación? Nada.

—Sí, me parece razonable lo que usted dice. ¿Así que usted cree que hay sediciones justificadas?

—Claro. Casi todo el mundo lo cree así. Hay sediciones que nos parecen odiosas, otras absurdas, algunas justificadas y algunas heroicas. El mismo regicidio lo encontramos legitimado en la historia.

—El padre Mariana lo legitimaba en su libro «Del Rey y de la institución de la dignidad real».

—Y todo el mundo lo legitimaría en algunas casos, como legitimaría las sediciones. Ahora, qué parecerán estos actos dentro de cientos de años no lo sabemos.

—¿Relativismo?

—Completo.

—¿No hay para usted verdad política o social?

—Para mí, no. La verdad de hoy no es la verdad de hace mil años; no será tampoco la verdad de dentro de mil años. ¿Qué sabemos los cambios espirituales que puede haber? No hace quinientos años que murió Maquiavelo. En su tumba se inscribió esta leyenda: *Tanto nomini nullum par elogium*. (Ningún elogio iguala tal nombre.) Dos siglos después se hubiera dicho que el nombre de Maquiavelo era una deshonra de la humanidad.

—Sí, es cierto. Algo parecido y más concreto le ocurrió a su héroe César Borgia —añadió don Leandro—. César murió cerca de Viana, de Navarra, lo enterraron en la iglesia de esta ciudad y pusieron en su tumba un epitafio pomposo. A final del siglo XVIII un obispo de Pamplona mandó sacar los restos de aquel réprobo y enterrarlos fuera de la iglesia.

—Esto no se ha podido hacer más que merced a un cambio de ideología.

—Es cierto; pero usted no dejaría de castigar una sedición si mandara —dijo don Leandro.

—Claro; pero no como un castigo moral, sino como una medida de defensa de la sociedad —contestó el doctor.

—Es casi lo mismo.

—No, no es lo mismo. No es lo mismo castigar con dureza a uno a quien se considera responsable y criminal empedernido que retirar de la circulación a uno que se le tiene por loco. Yo creo que todas las sediciones nacen de una idea dogmática, de una idea que se puede llamar religiosa. Las sediciones que no vienen de ese fondo religioso son otra cosa; hazañas, aventuras, empresas, crímenes, etc.

—Pues entonces habría que llamar religiosos no solo al tradicionalismo, sino también al comunismo y al anarquismo.

—Y lo son. Se les podrá calificar de utopías y de quimeras, pero de utopías y de quimeras religiosas.

—Respecto a la represión de las sediciones creo que usted y yo estaríamos conformes en que debían ser benévolas.

—Claro. La represión debía estar siempre precedida de la comprensión. Comprender es explicarse las cosas y, en parte, perdonarlas. Comprender y perdonar es no hacer mártires.

—No siempre es fácil comprender.

—Sobre todo, cuando no se escucha, como le pasa al político español —dijo Arizmendi—. El político español no escucha. Lo sabe todo. No necesita oír. Tiene la norma del leguleyo. Los detalles, los matices, lo que caracteriza un hecho en la realidad no le interesa...

—¿Y usted cree que ese espíritu de leguleyo va a subsistir entre nosotros?

—Me parece que sí.

—Entonces estamos perdidos.

LA FAMILIA DE ERROTACHO, a pesar de su vida oscura, tenía tipos de carácter. Entre sus individuos se señalaban dos emisiones: la emisión de los locos y la de los prudentes.

De los hermanos mayores Marcos, José y la Martina eran de la emisión de los prudentes; en cambio, Gastón, Manish, Bautista y Margot, tiraban a locos. Los más pequeños todavía no se caracterizaban.

Juanito Larreche, Manish, el hijo tercero de la casa, trabajó durante algún tiempo en la fábrica del pueblo. Era tipo alegre, un poco petulante, lector de novelas y de toda clase de periódicos y papeles.

De chico se inclinaba al misticismo, fue monaguillo y de la Congregación de los Luises. Luego cambió, sin saber por qué, y se hizo desenvuelto, alocado y revolucionario. Comenzó a tocar en la música del pueblo, se mostró atrevido y con cierta tendencia al humor. Jugaba bien a la pelota, tenía demasiada afición a discutir a entrar en las tabernas, a hacer apuestas y a cantar.

A Juanito Larreche en su casa le llamaban Manish, pero fuera de ella tenía el apodo de «Cashcarin». Este apodo, puesto por los obreros de la fábrica, significaba algo así como cabeza ligera, charlatán, hombre fantástico.

Al contrario de su hermano Gastón, Manish era más entusiasta de Francia que de España. Según él, en Francia había más civilización, más progreso. Sentía gran curiosidad y deseo de perfeccionarse en el francés. Muchas veces los domingos iba en bicicleta a Urruña y a San Juan de Luz, con objeto de hablar en aquel idioma.

Una vez a un amigo y camarada suyo, alborotador como él, apodado «Thanthan», le prendió la Guardia civil por escandaloso, le metió en el cuartel y le pegó una paliza. Manish protestó, los guardias lo supieron, le cogieron preso, le dieron algunos trompicones, le llevaron a Pamplona y le tuvieron allí una semana.

Cuando vino la época de las quintas Manish se escapó, cruzó la frontera y se puso a trabajar en San Juan de Luz.

—Yo no voy soldado, no quiero obedecer a esos brutos ni que me maten en Marruecos —dijo.

«Cashcarin» no era seguramente cobarde, pero le gustaba singularizarse. Varias veces, a pesar de su calidad de prófugo, entró en España y con frecuencia iba a bailar a la muga, hablaba con los carabineros y jugaba con ellos a las cartas en la barraca del puesto avanzado.

COMO LA JUANA-MARI del caserío Errotacho tenía numerosa familia le era indispensable dar salida a los hijos a medida que llegaban a la edad de ganarse la vida.

La chica segunda del caserío, Margarita, fue a servir a Pamplona, a casa del doctor Arizmendi.

Al doctor Arizmendi, hombre de unos cuarenta años, casado, con dos hijas mayorcitas y un niño pequeño, se le consideraba en la ciudad persona seria, respetable y buen médico.

El doctor, hombre aficionado a su profesión, se mostraba muy avanzado en sus ideas científicas, liberal en política e inclinado al nacionalismo vasco.

Arizmendi comenzaba a gozar de gran prestigio en el pueblo, se le consideraba como hombre de porvenir. El doctor, sabio, respetable y tranquilo, se sorprendió un día a sí mismo conque estaba enamorado de la niñera de su chico, de la Margarita, como un loco. Le trastornaba la muchacha. Él ya veía todo conato de aproximación muy difícil. Casado, con tres hijos, con gran fama de austeridad, no había modo de saltar por encima de todo ello; comprendía por la angustia que le producía que si Margot hubiese querido, él hubiera sido capaz de una barbaridad grande, como dejar a la familia y a los hijos y marcharse con ella lo más lejos posible.

Margot no se daba cuenta de las tormentas que producía; el doctor le parecía viejo, quizá muy serio; el caso era que se mostraba absolutamente indiferente. No le consideraba al doctor como hombre que pudiera tener amores con ella. Él hablaba siempre con la muchacha muy severamente, para disimular sus deseos.

No era Margarita el tipo corriente de la chica vascongada, ni el de la cara redonda, ingenua, cara de manzana, ni el aguileño, severo y un poco romano. Margot tenía más bien aire germánico y hasta mongólico; los pómulos salientes, la nariz corta, el color blanco y rosa, muy bonito, los ojos claros, entre verdes y azules, los labios rojos y el pecho pequeño y turgente. En su cara expresiva y un tanto irregular, lucían sus ojos un poco achinados, llenos de resplandor.

Según ella, se parecía a su madre, la francesa de Ciburu. Ciburu es un barrio de San Juan de Luz donde han debido de mezclarse gentes de muchas razas: normandos, gascones, gitanos, españoles y vascos. Margot no era indudablemente tipo puro del país. ¿Quién podía saber a quién había salido? Margot, con sus quince años, tenía atractivito poderoso. No había en ella ese sentido de defensa de las chicas sobre todo, del Mediodía. Para ella no existían peligros. Su mirada clara de sus ojos medio azules, medio verdes, era audaz, valiente y confiada; la dentadura blanca se mostraba en una sonrisa de inconsciencia y de tranquilidad. Su cabellera rubia, oscura y

abundante, se recogía dejando rizos en la nuca de color de fuego.

Había en ella como una personalidad dormida, que prometía ser avasalladora, cierta inocencia como del cuerpo, quizá más peligrosa para sí misma y para los demás que la malicia corriente de las muchachas de su edad.

Al médico le trastornaba, le latía el pulso al verla, tenía verdadera pasión por ella. Arizmendi la encontraba cierto aire germánico y al mismo tiempo clásico. Veía en ella una gracia salvaje de faunesa; su frente le daba la impresión de que debía estar adornada con flores.

Arizmendi, que estudió en Alemania, recordaba, al verla, algunas figuras femeninas de los maestros de la pintura germánica.

Margot tenía detalles de campesina, las manos fuertes y cuadradas, los brazos un poco rojos, la voz con frecuencia ronca. No se encontraba en ella afectación alguna, ni deseo manifiesto de agradar; sin embargo, tenía atractivo grande, quizá mayor por más inconsciente. Había en ella cierta gracia de ternera joven y juguetona, cierta inocencia; todo su ideal consistía en comer bien, dormir mucho y jugar con el niño pequeño.

Margot era ocurrente y divertida. El niño le adoraba. Inventaba juegos, historias, y de noche dormía al chiquitín cantándole canciones vascas y algunas francesas, como la *Chanson de la petite Margot*, que le cantaban también a ella cuando era pequeña:

*C'est sur l'herbage dans un village
qu'la pelite Margot s'depecha
d'grandir,
du toit champêtre
qui m'a vu naitre
je garderai toujours le souvenir.*

El doctor se preocupaba mucho de Margarita. Al pensar en ella le entraban proyectos absurdos.

Suponía que si le decía algo ella era capaz de aceptar con alguna extraña condición, o de reírse de él, y las dos cosas le producían verdaderamente pánico.

A veces veía a la muchacha en el paseo de la Taconera con el niño, seguida de algunos soldados y riendo. También le piropeaban los oficialitos. A él le indignaba aquello, pero no se daba por enterado; ponía una cara severa, y nada más.

Margot había tenido de chica y en Ascaín, como broma de niños, su galanteador, su *cavalier* en el baile de la plaza; un chico rubio, Martincho, hijo de un molinero. Después le había visto en Vera. Martincho le escribió dos cartas desde un pueblo de California y ella las guardaba en su baúl como algo de gran valor.

Margarita contrastaba vivamente con la mujer del doctor. Esta tenía aire de vejez espiritual, de sequedad, de corrección y de discreción. La mujer de Arizmendi era inteligente, aguda y se daba muy bien cuenta de las cosas.

El doctor, al estudiar su pasión por la muchachita, pensó que el tiempo, que lo arregla todo, moderaría el desorden de sus inclinaciones amorosas y se dispuso a esperar con estoicismo.

Margot desde el principio demostró gran curiosidad por los asuntos que se referían a la medicina y a la cirugía. Le interesaba el instrumental quirúrgico y miraba todos aquellos artefactos brillantes como si fueran juguetes.

Algunas veces le dijo la mujer del doctor:

—Mira, llévale esto al señorito. Estará haciendo una operación. ¿No te asustarás?

—No, ¿por qué? Me gusta ver.

—Chica, tienes mal gusto. A mí son cosas que me horrorizan.

A Margot no solo no le horrorizaban, sino que le producían interés y curiosidad.

III
VISITA A VERA

EN EL OTOÑO DE 1924, en el mes de noviembre, el doctor Arizmendi tuvo que ir a Vera a visitar a un enfermo, a un viejo que padecía de quistes hepáticos.

El doctor tenía automóvil y chófer.

Salió el médico de Pamplona muy de mañana, una mañana fría y lluviosa. Al acercarse a Vera vio a varias parejas de la Guardia civil y de Carabineros y gente con aire alarmado. Un guardiacivil mandó detener el auto y preguntó al doctor quién era y a qué venía. Explicó él el objeto de su viaje y después preguntó:

—¿Aquí qué pasa?

—Ha habido un encuentro entre la Guardia civil y unos pistoleros que han entrado por Francia.

Arizmendi vio al enfermo, le reconoció, le puso un plan y después fue a visitar a su amigo don Leandro Acha en la casa de Olazar. Acha estaba soliviantado. Volvía en aquel momento de la calle. Por la noche habían entrado en son de guerra unos sindicalistas en el pueblo. En la lucha quedaron heridos, muertos y prisioneros. Las noticias eran aún confusas.

El doctor Arizmendi no podía estar mucho tiempo en Vera; le esperaban sus enfermos de Pamplona. A pesar de su natural curiosidad, decidió marcharse inmediatamente, y dijo a don Leandro:

—Tengo que volver dentro de ocho días. Ya me contará usted con detalle lo que ha pasado. Los periódicos quizá no publiquen la relación de los sucesos.

—No sé si les dejarán —contestó don Leandro—. Dependerá de lo que le convenga al Gobierno.

Arizmendi llevó a Acha en automóvil hasta el centro del pueblo; allí don Leandro se reunió con algunas personas que discutían lo ocurrido, entre ellos los médicos. Al parecer, uno de los sindicalistas se hallaba herido en la pierna de gravedad y había que operarle. Arizmendi se ofreció para ayudar en la operación. Le dieron las gracias. No tenían los preparativos hechos.

El doctor al pasar por la carretera, de vuelta a Pamplona, vio al peón caminero con una espuerta, y le preguntó:

—¿Qué pasa?

—Estoy recogiendo pedazos de sesos y echando tierra sobre las manchas de sangre.

—Demonio, ¿ha habido muchos muertos?

—No, aquí en la carretera dos guardias civiles y un sindicalista. En el monte creo que acaban de matar a otro.

Los periódicos se ocuparon del suceso de Vera sin darle gran extensión. Algunos

pusieron en grandes titulares: «Colisión en Vera entre contrabandistas y carabineros».

Algunos diarios de Madrid demostraron sus conocimientos geográficos colocando a Perpiñán al lado de Vera.

Unos días después el doctor Arizmendi se encontró en Pamplona con don Leandro Acha. Don Leandro parecía excitado.

—¿Qué le trae a usted por aquí? —le preguntó el doctor.

—He venido a hablar confidencialmente con uno de los militares que van a juzgar a los reos de Vera en el Consejo de Guerra.

Don Leandro se mostró inquieto y sin ganas de hablar.

—Si quiere usted le llevo mañana a Vera —le dijo el doctor—. Voy a ir a ver a mi enfermo. Al fin, quizá tenga que hacerle una operación.

—El caso es —balbuceó don Leandro— que no sé qué hacer. No sé si quedarme o marcharme.

—Pues decídase usted —le contestó Arizmendi—, y si se decide me avisa usted esta tarde e iré mañana en el auto a buscarle al hotel.

Don Leandro parecía indeciso. Sin duda, por la tarde se decidió y avisó al médico que le esperaría al día siguiente.

A las nueve de la mañana se presentó el doctor en el hotel y tomaron los dos el camino de Vera. El automóvil se dirigió a toda velocidad en busca del alto de Velate. La mañana de otoño era clara, de sol dorado, con grandes nubes blancas en el cielo. Arizmendi de pronto le dijo a don Leandro:

—Veo que le preocupan a usted mucho los sucesos de su pueblo.

—Mucho.

—Usted será de los mejor enterados de ese asunto.

—En parte, sí; pero no crea usted, a pesar del interés que tengo, no he llegado a conocer el fondo de la cuestión.

—¿No?

—No. Es un asunto muy oscuro y muy misterioso.

—¿Desearía usted salvar a esa pobre gente?

—Sí, con todo mi corazón. Ya ve usted, yo soy conservador, y si fuera posible influiría para salvarlos, porque creo que han sido engañados; pero me temo que los van a condenar.

—Sin embargo, por lo que dicen en Pamplona, el Consejo de guerra parece que se muestra benévolo.

—A pesar de ello no me fio. He oído a un auditor del ejército afirmar que el Gobierno y la Guardia civil necesitan tres o cuatro penas de muerte.

—¿Y usted cree que habrá esas condenas?

—Sí, creo que las habrá.

—Es un disparate. ¿Y no se podrá hacer nada para evitarlo?

—Creo que no. ¿Usted trabajaría en ello?

—Yo, con toda mi alma.

—Celebro saberlo..., quizá algo podamos hacer,
—Bueno, ahora cuénteme usted lo que sepa de este asunto —dijo el médico.

DON LEANDRO ACHA contó lo que sabía, lo que le habían contado y había averiguado, repitiéndose a veces y sin gran orden.

—En muchas capitales francesas y en pueblos de la frontera —dijo don Leandro— ha habido y hay colonias de obreros españoles perseguidos por el Gobierno de la Dictadura y por otros Gobiernos anteriores. Tales obreros, en general, pertenecen a Sindicatos de carácter anarquista y revolucionario. En esta parte, desde Bayona y Burdeos a París hay muchos de las provincias del Norte afiliados a los Sindicatos de Vizcaya, Guipúzcoa, Asturias y Santander. La mayoría de esos obreros conservan un odio muy vivo y muy fuerte contra el Gobierno de la Dictadura, que los ha apaleado, encarcelado y martirizado. Algunos se escaparon de España porque la vida les era materialmente imposible con las vejaciones y los tormentos a los que les sometió la Guardia civil y la Policía. En París, en Burdeos, en Bayona y en la frontera nuestros obreros seguían celebrando sus reuniones y sus mítines y pensando con entusiasmo en volver a España. Se les unían algunos prófugos y desertores. Todos aquellos obreros, en general, desconfiaban sistemáticamente de los emigrados republicanos y no querían nada con ellos. Sus centros tenían relación con sindicalistas, separatistas catalanes y bolcheviques rusos. Estos datos, naturalmente no comprobados, y otros que se los comunicaré a usted los tengo por un obrero de San Juan de Luz que tomó parte en los preparativos de la intentona de Vera, por un sindicalista a quien hablé en Bayona y por un chico; Manish, que es el hijo de la vecina de Errotacho, un molino próximo a casa.

—¿Entonces el hermano de Margot, de la chica que está de niñera con nosotros?

—El mismo. Es uno a quien llaman aquí «Cashcarin», porque es ligero y un poco fanfarrón.

—¿Y ese chico ha tomado parte en la intentona?

—Sí.

—Bueno, siga usted.

—Los centros revolucionarios sindicalistas se entendían unos con otros por medio de una clave. Todas las comunicaciones y noticias que recibían por este medio les merecían absoluta confianza. En esto, por la clave, reciben la noticia de la proximidad de la revolución y el anuncio del proyecto de que van a entrar en España unos grupos rebeldes. Les dicen que la guarnición de todas las ciudades del Norte y de Cataluña están comprometidas. Yo creo, sin que tenga seguridad alguna, que esta clave fue cogida por la Policía o quizá comprada a algunos de los sindicalistas traidores. El obrero de San Juan de Luz, «el Riojano», me ha asegurado que pocos días antes de la intentona se presentó allí un individuo misterioso. Se hacía llamar

Max, se decía anarquista y en las cartas y en algunos artículos se firmaba con el seudónimo de «Zero». Este Max pasaba por francés; hablaba el castellano perfectamente. Max convidó varias veces al café a los obreros de San Juan de Luz, y les habló. Según él, se iba a hacer la revolución en España. Se reunirían más de mil hombres, pasarían la frontera e irían a San Sebastián. Al mismo tiempo otros, en mayor número, entrarían por Perpiñán. Contaban con las guarniciones de Barcelona, Zaragoza, Huesca, Lérida y Bilbao. Para demostrar el apoyo de los militares, Max se presentó con dos oficiales del ejército español. Estos corroboraron lo dicho, se mostraron exaltados y partidarios de la revolución. Debían de ser confidentes de la Policía disfrazados de militares. Más tarde, «el Riojano» supo noticias de aquel sujeto. Max era un agente entendido con la Policía española. «El Riojano» creía cándidamente que sus relaciones con la Policía eran para sacarles datos en beneficio de la revolución. El supuesto anarquista Max, por lo que me he enterado más tarde, estuvo en la Argentina y después preso en la cárcel de Barcelona con el objeto de averiguar y denunciar los proyectos de los sindicalistas. Fue del Sindicato Libre; luego, invitado a entrar en el Tercio, en Marruecos, prefirió meterse en Francia y dedicarse a espiar a los revolucionarios españoles. Este Max era hombre joven, esbelto, de cara triste, pálida y azulada. Padecía del corazón, según él, y se hallaba expuesto a morir de un momento a otro. Tenía carnet de sindicalista de Barcelona. Al parecer Max pensó en vivir en Francia fabricando complots. «El Riojano» de San Juan de Luz lo tenía por hombre astuto y simpático. Al parecer se reía de todo; había visto muchas cosas y era aficionado a la cocaína. El pseudoanarquista estuvo a las órdenes de un barón de Koenig en su tiempo célebre. El tal barón fue jefe de una banda de pistoleros de Barcelona, al servicio de los patronos y en contra de los sindicalistas. Yo le conocí porque estuvo de gerente del casino de Fuenterrabía, y le vi por última vez en un auto con otros policías. Estos pasaron por aquí e iban vigilando a la mujer del político francés Caillaux, no sé con qué objeto.

Más tarde el supuesto barón marchó a París, donde estuvo, y dicen que está empleado en la Policía secreta del ministerio de la Guerra. Todo hace pensar que entre los obreros revolucionarios que aceptaron el proyecto de entrar en España había quienes hacían el doble juego de la Policía y del sindicalismo.

El ministro de la Gobernación y sus secuaces sabían seguramente los planes revolucionarios y decidieron precipitar el movimiento y hacerlo abortar.

Se lo dije al «Riojano» de San Juan de Luz; pero como todo es tan confuso en estas pobres cabezas de los revolucionarios, no había manera de convencerle de ello. Yo quería orientarle en ese camino por si encontraba en sus recuerdos algo que confirmara mi tesis, pero nada, imposible.

Cuando se supo entre los obreros españoles de San Juan de Luz que se iba a presentar un grupo de sindicalistas procedentes de París con el objeto de entrar en España, la excitación entre ellos fue grande. Los sindicalistas partirían de París y en Bayona y San Juan de Luz se les reuniría la gente ya preparada para el movimiento.

Se les avisaría el día fijado a París con un telegrama escrito con su clave especial. Efectivamente, se les avisó de este modo, y por si no bastaba, se mandaron telegramas a sus centros de Francia afirmando que había estallado la revolución en España. ¿Quién los envió? No se sabe.

Los obreros de San Juan de Luz tenían su punto de reunión en un café y casa de comidas de la plaza donde se celebra la feria de ganado.

El dueño del café, vizcaíno, de Guernica, estuvo algún tiempo en la Argentina. El guerniqués es moreno, pequeño, con bigote a lo Charlot, hombre de ideas avanzadas y enemigo de los gendarmes franceses, que una vez, sin motivo, le pegaron tremenda paliza en la alcaldía.

Entre los obreros entusiastas de la revolución en San Juan de Luz había un panadero navarro, «Chiqui»; «el Riojano», peón de albañil burgalés, a quien llamaban «Piperra», y Manish, «Cashcarin», el hermano de Margot.

El panadero «Chiqui» fue uno de los primeros en saber que la partida de jóvenes sindicalistas saldría de San Juan de Luz para ir a Vera a efectuar el movimiento revolucionario. Se supuso que entrarían por el monte. «Piperra» y Manish conocían el camino y serían los encargados de dirigirles hasta llevarles al pueblo. «Piperra», pensando que vendrían grandes grupos, había buscado la colaboración de un muchacho de Urruña, apodado «Chatua», de otro de Oleta y del sobrino de un cura de un pueblo próximo, tenido por comunista.

Había dinero y armas, según se aseguraba. «Chiqui», el panadero navarro, exaltado con la noticia, dijo a su mujer varias veces:

—Me voy a España. Vamos a matar al rey.

¿Qué fantasía estrambótica podía ser esta?

Manish conocía también el proyecto. El panadero le dijo:

—Tienes que venir con nosotros a tu pueblo; le puedes pegar una paliza o un tiro al guardiacivil que te tuvo preso.

«Cashcarin» estaba ya comprometido de antemano.

Se presentaron en esto los sindicalistas anunciados. Eran sesenta nada más. Venían de París; luego se les añadieron quince o veinte de Bayona. Los de San Juan de Luz quedaron sorprendidos de lo poco numerosos que eran.

Los revolucionarios, en grupos de siete u ocho, no llamaron la atención en San Juan de Luz. Como sabe usted, entran constantemente en Francia obreros pobres españoles, y sobre todo portugueses, y quizá los tomaron por ellos. Ya mayoría llevaban gorras, algunos sombreros, y para tomar el aire del país, muchos decidieron comprar boinas en un bazar de telas y de otros géneros que tiene pintada en las paredes de la muestra la bandera Vizcainarra: el almacén de Mendiburutegua.

Algunos de los sindicalistas consideraron necesario adquirir armas blancas. De noche el ataque al arma blanca era menos escandaloso y menos ruidoso que un ataque con armas de fuego. Los partidarios del procedimiento compraron cuchillos grandes de dos filos, con mangos de madera, para matar cerdos, en la cuchillería de un

español, de la calle de Gambetta. Al anochecer estaba lloviendo y fueron todos a la taberna del guerniqués, donde comían algunos obreros españoles, y se sentaron en las mesas próximas a los ventanales.

Se hallaban en el grupo el excabo de la Guardia civil Julián Santillán, Bonifacio Manzanedo Vega, de veintidós años, natural de Burgos y prófugo de Sestao; Enrique Gil Galar, de Burgos; José Antonio Vázquez Bouzas, de veintinueve años, gallego, de Pol (Lugo); un soriano, el Eustaquio, que había vivido en Bilbao y que trabajaba entonces de modelista en una fábrica de cemento y de portland, en San Juan de Luz; «el Argentino», de Buenos Aires; Luis Naveira, practicante o enfermero, de Villalón (Coruña); Pablo Martín Sánchez, de Baracaldo, de veinticinco años, que por entonces estaba de modelista en un taller de objetos de portland, en San Juan de Luz; «el Cristo» y un amigo suyo, «el Angelito», los dos de Villalpando; un tal Abundio Riaño, «el Aragonés», de Huesca, y «el Maño», de Zaragoza, un madrileño, Juan José; un joven vizcaíno, de Santurce; un muchachito de Elciego, en la Rioja, y un desertor del regimiento de Sicilia, nacido en Oviedo y criado en Eibar, donde residían sus padres.

Había muchos otros a quien se conocía por el mote: «Chiqui», «el Riojano», «el Pamplonés»,

«el Pintor», «el Maestro», «el Franco», «el Negre», «el Chaval». Un joven pequeño, perfumado, llevaba un espejito para mirarse constantemente, y un vegetariano, a quien llamaban «Robinsón», hizo reír porque de ninguna manera quería comer carne.

Los cabecillas principales eran Santillán, el excabo de la Guardia civil; Naveira, Martín Sánchez y Gil Galar. Estos dos últimos llevaban la lista de todos los comprometidos.

El vegetariano era un hombre alto, largo, medio rubio, con la cara caballuna y la mandíbula prognata, los ojos claros y pelos azafranados en la barba. No se sabía su nombre y le apodaban «Robinsón», «el Lunático», y también «el Peregrino». Este vegetariano tenía un perro a quien llamaba «Kropotkin».

«Robinsón» era un mistagogo, hombre de ideas confusas, de cierta cultura. Vivía por entonces en los alrededores de París en la choza de una pequeña barriada española formada en tiempo de la gran guerra. Como vivía solo y aislado y él mismo se arreglaba los muebles y las ropas, le llamaban «Robinsón». El hombre asombraba a la gente con sus afirmaciones. Al oírle, unos sospechaban si sería un loco y otros lo tenían por un sabio.

«Robinsón» el visionario hablaba tartamudeando. Había hecho para su uso particular una mezcla de ideas entre panteístas y franciscanas. Creía que todo lo vivo era sagrado y que el mundo estaba formado por cosas vivas. Creía en la metempsicosis, en que nada moría y que los espíritus de los hombres se encontraban después de la muerte en los espacios interplanetarios.

Había también en la cuadrilla un mozo comunista, fuerte, de bigote negro y aire

fiero, que trabajaba de metalúrgico en los alrededores de París, y un hombrecito pálido, con el pelo rojo y la cara cubierta de pecas, que presumía de escritor.

Mientras los sindicalistas hablaban en la taberna, algunos viejos obreros españoles les escuchaban plácidamente como quienes oyen contar un cuento.

El seudoanarquista Max, conocido del «Riojano», acudió a la reunión de casa del guerniqués.

Se discutió la manera de entrar en España. La mayoría afirmó que la revolución estaba ya comenzada. Lo mejor era seguir el plan indicado de antemano. Entrar por Vera, dirigirse de aquí a Irún, asaltar el cuartel de la Guardia civil y luego avanzar a San Sebastián, en donde los grupos revolucionarios se hallaban dispuestos al levantamiento.

En esta primera junta se iniciaron dos tendencias: la de los prudentes y la de los exaltados.

El dueño del café creía que las reuniones en su casa llamarían la atención de la Policía y lo advirtió. Se decidió ir al día siguiente al campo de golf de cerca de la playa, donde se discutiría y se prepararía el asunto.

Los sindicalistas se repartieron para dormir en distintas casas, y «el Riojano» me dijo que en el cuarto suyo pequeño de la calle de Gambetta durmieron cinco personas además de su mujer y de su hijo. Max, según contaron, llevó a algunos de los sindicalistas a un burdel, donde bebieron y armaron gran escándalo.

Al día siguiente, en la junta celebrada en el campo de golf de la playa, la fracción de los prudentes dijo por boca de varios de los suyos:

—Lo mejor sería enviar dos o tres emisarios a la frontera para que se enterasen de lo que ocurre en España.

Se designaron tres personas.

Las tres marcharon inmediatamente. Uno estuvo en Vera, otro en las palomeras de Echalar, hablando con los cazadores de palomas, y otro fue a Zugarramurdi. Los tres tenían la consigna de enviar aviso de lo que pasara en España cuanto antes; pero el aviso no llegó.

Se supuso luego si los tres se hallarían comprometidos e interesados en seguir la aventura de cualquier manera y hacer la expedición a todo trance.

Santillán, Sánchez y su grupo no aceptaban objeciones a su proyecto de entrar por Vera. Les parecía algo magníficamente pensado. Para ellos, el que no lo admirase o secundase era un cobarde, sin resolución y sin energía.

Enrique Gil Galar, tipo bizco, extraño, desmelenado, con una pelambarrera negra y rizada, se burlaba de las vacilaciones de los prudentes.

—Yo estoy deseando entrar y cargarme al primer guardiacivil que se me ponga por delante —decía.

Gil Galar era un muñeco siniestro. Sus crines negras, alborotadas, como las de

una cabeza de

Medusa, hacían efecto trágico sobre su cara blanca, amarillenta, de fealdad y de irregularidad siniestra. En ella se abrían los ojos negros, febriles y estrábicos. Era la máscara horrorosa para recordarla siempre y producir pesadillas.

Gil Galar se mostraba anarquista. Tenía odio por los señoritos pinchos, acicalados y perfumados, y hubiese querido ser uno de ellos.

Galar era un perturbado. Se creía perseguido. Contaba violencias complicadas de la Policía y de la Guardia civil, evidentemente falsas, que mantenían su irritación vengativa. Era terrible egotista, con una opinión de sí mismo satánica. Aseguraba que a él le habían hecho mucho daño en la vida. Su estancia en París le había convertido en alcohólico y en vicioso.

Tenía la obsesión de vengarse, de luchar y de matar. Era un perturbado, un mentiroso que iba imaginando dramas fabulosos constantemente. En estas fábulas unas veces era la víctima y otras el verdugo, pero siempre personaje de importancia.

Al día siguiente de la reunión en el campo de golf próximo a la playa volvió a mostrarse la disparidad de criterios.

—Es un absurdo marchar adelante y entrar en España sin averiguar de antemano lo que pueda ocurrir en el país —decían los más juiciosos.

A esto los audaces replicaron:

—El que tenga miedo que se quede. Aquí no queremos gente cobarde. Marcharemos los demás.

Los que hablaban así, ¿lo hacían por fanatismo revolucionario o porque eran agentes provocadores? Esto hubiera convenido saber.

Los emisarios enviados a España no daban noticia alguna. Los cabecillas decidieron entrar por Vera. El plan era internarse hasta las orillas del Bidasoa, acercarse a Irún y de allí avanzar a San Sebastián.

«El Riojano» dijo:

—Después de esta marcha a pie vais a quedar rendidos y sin fuerzas, sobre todo no estando acostumbrados a andar mucho. Para eso es mejor meterse en Irún por Behobia en un autobús, acercarse al cuartel de la Guardia civil y atacarlo a tiros. La retirada también es mucho más fácil.

—Aquí nadie piensa en la retirada —dijeron los cabecillas—. No hay tiempo que perder, ni una hora más. Estamos retrasados un día. Seguramente esta noche los compañeros catalanes han asaltado el cuartel de las Atarazanas y se dispondrán a apoderarse del castillo de Montjuich.

«El Riojano» y algunos otros, no muy convencidos de tales razones, decidieron quedarse. Al día siguiente iban a llegar nuevos compañeros y, reunidos todos, marcharían sin vacilar a España.

EL PUNTO DE REUNIÓN para el día siguiente fue el campo de golf de la Nivelles. Por la tarde llegaron en el tren de París ocho sindicalistas. Dijeron que venían dirigidos por uno de sus jefes más nombrados. Traían facturada una caja con rifles, pero les vigiló la Policía francesa y fue imposible desembalar las armas y llevarlas al campo de la Nivelles.

Muchos de los comprometidos se repartieron pistolas, dagas y cuchillos en la plaza de San Juan de Luz, alrededor del quiosco de la música.

Se reunió la gente en el punto de cita, el campo de golf de la Nivelles, y se decidió avanzar inmediatamente. Habría entonces ochenta o noventa hombres.

Si al pasar la frontera se encontraban con parejas sueltas de carabineros o de guardias civiles se les invitaría a reunirse con ellos; si no querían y les agredían, se les atacarían al arma blanca.

Se dividieron en cuadrillas, cada una con su jefe. Los conocedores del camino serían los guías de los varios grupos. Algunos dicen que estos grupos llevaron distintas rutas para entrar en España; otros afirman que siguieron la misma.

Desde el campo de golf de San Juan de Luz, a orillas del río Nivelles, sale el antiguo camino para Vera, llamado Camino de Napoleón. Esta calzada pasa cerca de Gaztelu Zarra (Castillo Viejo) y del castillo de Santa Ana, donde hubo en tiempos de la Revolución francesa un campamento fortificado.

El camino se aproxima a Oleta, poblado a siete kilómetros de San Juan de Luz, y llega a los diez a la frontera en la regata de Inzola. Oleta consta de dos grupos de casas, en conjunto, cuarenta diseminadas. El grupo de abajo parece una pequeña aldea; tiene una plazuela con su juego de pelota.

Antes de llegar a la frontera de España, la vieja calzada cruza la carretera de Urruña a Ascain y tiene en lo más alto la muga. Desde ella, al entrar en España, el camino comienza a bajar, pasa por el portillo de Napoleón y sigue la corriente de un arroyo hasta llegar al barrio de Alzate, en Vera.

Los grupos merendaron y bebieron alegremente en el campo de golf, y a media tarde iniciaron la marcha.

El día era de otoño, húmedo, templado y gris. Las brumas pasaban agarrándose a los picachos, hundiéndose en los barrancos; a veces caían gruesas gotas de agua.

Detrás de la oscura muralla de montes envueltos en la niebla estaba el país de aquellos aventureros. Ellos se lo figuraban siniestro y tenebroso, con aire de negrura inquisitorial.

Algunos de los revolucionarios llevaban ya pistolas y municiones; a otros les dijeron que al pasar la frontera les darían las armas.

Cruzaron los sindicalistas por la parte baja de Oleta, subieron por entre helechales cerca del pequeño arroyo nacido en España, entre el monte Ciburumendi y el de los Emigrados.

Vieron a lo lejos las luces de los caseríos Olaberrieta y Larregaña hasta llegar a la venta de la frontera, la venta de Inzola. Pasaron por delante de ella. Estaba oscura y silenciosa.

Era jueves y en la venta pensaron si aquellas gentes serían campesinos que pretenderían estar el viernes, muy temprano, en el mercado de San Juan de Luz.

En la misma frontera, en el lado francés, algunos sacaron las municiones y cargaron las pistolas. Después, cerca de la venta de Inzola, se han visto papeles de envolver municiones tirados por el suelo.

Los guías conocían indudablemente el país y la línea de mugas. En la muga 19 suele haber siempre un puesto de carabineros, y los guías dirigieron la gente hacia la muga 18. De aquí comenzaron a avanzar en territorio español.

Desde la muga 18 se bifurca el camino a Vera: uno va por Gartzuña o Peña Rata, por la calzada y portillo de Napoleón (Usateguieta), y el otro por Ardizaco o Peña del Águila.

Ya dentro de España, uno de los cabecillas, gallego, pequeño de estatura, Naveira, encendió una linterna eléctrica, se acercó a la boca de una mina, de ella sacó varias pistolas y las fue repartiendo entre los que no tenían todavía armas. Abajo y a lo lejos se veían algunas luces del pueblo.

Hay quien asegura que en la regata de Inzola, mientras el grupo mayor tomó por Usateguieta, palomeras de Vera y portillo de Napoleón, otro pequeño fue por Ardizaco (la peña del Águila). Según estos, unos y otros se dieron como punto de cita la carretera de Eztegara, entre el barrio de Alzate y el de Vera, enfrente de la caseta del tranvía eléctrico abandonado.

La mayoría supone que todos fueron en el mismo grupo por Usateguieta hasta el portillo del Vivero.

La marcha había sido hasta entonces silenciosa. Al parecer, nadie les advirtió; únicamente dos carabineros quintos los vieron, pero no se alarmaron; no conocían el país ni sabían si por allí pasaban aldeanos a horas tan intempestivas.

Se ocultó la luna, la noche quedó negra y comenzó a lloviznar. Algunos de aquellos muchachos, al verse en el monte en la oscuridad, con la pistola en el bolsillo, se asustaron y comenzaron a retrasarse.

Un grupo de diez o doce volvió la espalda y se dirigió rápidamente por donde había venido. Un mocetón comunista de aire fiero, con bigote negro, obrero metalúrgico en París, se quejó de la mucha sed, se detuvo en una fuente y echó después a correr hacia Francia, como alma que lleva el diablo.

Entonces varios comenzaron a hablar de traidores y de si los llevaban a meter en una ratonera.

—Esto no puede ser más que un fracaso.

—Para esto, vámonos.

De seguir así, la expedición se hubiera deshecho. Al comprobarlo, Santillán, el hombre alto y grueso, excabo de la Guardia civil, poniéndose a espaldas de los protestantes y remolones, gritó con la pistola en la mano:

—Al que se vuelva atrás le pego un tiro.

Santillán era, indudablemente, el único con ciertas condiciones para el mando. Si el excabo no llega a amenazar, todos los sindicalistas hubieran vuelto a Francia lo más pronto posible.

La actitud del exguardiacivil reanimó a los grupos, quienes, dirigidos por los guías, siguieron adelante, pasaron por la cantera de donde se extrae mármol, llegaron al extremo del barrio de Alzate y por una callejuela salieron a la calle principal y se dirigieron, por la carretera de Eztegara, al otro barrio.

Uno de los guías, según se dijo, el sobrino del cura de un pueblo próximo, al llegar al comienzo del barrio de Alzate no quiso entrar y se dirigió por los montes hacia Oyarzun, donde lo detuvieron días después.

La llovizna se iba convirtiendo en lluvia abundante. En la noche negra no se veía a cuatro pasos.

Como la expedición era tan absurda, al detenerse todos en la carretera, entre Alzate y Vera, quedaron indecisos, sin saber adónde dirigirse.

Santillán aseguró que se les iban a reunir otros grupos de sublevados; tenían que esperarlos en la carretera de Pamplona a Irún.

Se acercaron al barrio de Vera. Quedaba todavía vago resplandor de la luna en las nubes tempestuosas; pasaban estas por el cielo llevadas por el viento, como atropellándose unas a otras. Era la noche negra, pesada, húmeda, de aire opaco e impenetrable. El cielo parecía de hule o de pez fundida, de sustancia líquida y espesa. Dos luces eléctricas resplandecían en el camino en medio de un halo luminoso. A mano derecha se extendía la muralla oscura de árboles; brillaban algunas ventanas del pueblo en las casas, envueltas entre la niebla; un arroyo próximo, crecido con las lluvias otoñales, murmuraba en medio de la noche con estruendo.

Al llegar a la carretera principal de Irún a Pamplona, tomaron los grupos a la izquierda, dejando el pueblo a la derecha, y siguieron la marcha.

Ahora, enfrente, comenzaban a verse las luces de la fábrica, las construcciones negras, con ventanales inundados por el resplandor de los hornos. Nubes de chispas salían por la chimenea.

Desde la puerta se destacaban siluetas oscuras sobre las llamas.

Se oían ruidos toscos de máquinas pesadas. Cruzaron por delante de los distintos pabellones y tejavanas de la fundición y entraron de nuevo en la oscuridad.

La pared de la fábrica se continuaba con una cerca de piedra. Desde allí, a mano derecha, se divisaba el río y resplandecían las aguas espumosas de la presa del

Bidasoa.

Habían avanzado por la carretera más de un kilómetro, alejándose del pueblo en dirección de Pamplona.

Al borde del camino, limitando la fábrica y sus campos, enfrente del kilómetro 26, al final de la cerca, se levantaba una chabola con una máquina soplante.

Los sindicalistas, la mayoría poco acostumbrados a marchas largas, cansados por más de tres leguas de camino por el monte y de noche, se sentaron en la tapia y en el suelo a descansar y se pusieron algunos a comer y a beber.

EL ALGUACIL DE VERA, a quien llaman «el Lechuguino», vive en el barrio de Alzate; su casa por la parte de delante da a la calle principal y por la parte de atrás al antiguo camino de ronda del pueblo.

El alguacil iba a acostarse cuando oyó al perro de Iztea ladrar de una manera furiosa. Esto le llamó la atención.

Se asomó a la ventana de la calle varias veces para enterarse de si pasaba algo, y de pronto, a la luz de la lámpara eléctrica, vio un grupo de hombres. Marchaban en silencio a salir del poblado, camino del barrio de Vera. Varios llevaban palos cortados en el monte; dos o tres, mochilas en bandolera, y uno, un morral blanco.

El alguacil quedó extrañado. No podían ser contrabandistas: eran muchos para esto. No parecía tampoco una partida de obreros portugueses; su aspecto era más guerrero. Por si acaso, «el Lechuguino» se decidió, se vistió, salió a la calle y fue al cuartel de la Guardia civil.

Llamó; tardaron mucho en contestarle y en abrirle, y cuando abrieron, le dijo una voz de mujer:

—La pareja de servicio se encuentra fuera y no ha vuelto aún.

En el pueblo había dos parejas, un cabo, un sargento y un oficial. Estaban aquel día de servicio el cabo Lafuente y el soldado Ortiz. El teniente había ido con permiso a Elizondo; los otros dos guardias dormían.

—Pues ahí ha pasado una tropa de gente sospechosa, yo no sé con qué objeto — dijo el alguacil gritando desde la puerta.

—Espere usted.

El alguacil esperó.

A la media hora apareció la pareja de servicio: el soldado y el cabo. El cabo Lafuente y el soldado Ortiz. El cabo Lafuente era hombre joven, navarro de la Ribera, de bigote retorcido, cara estrecha, ojos hundidos y nariz larga. El soldado Ortiz, un gigante burgalés de aire fiero, fuerte, corpulento, de cara grande y bigote corto; parecía hombre de pocos amigos.

El alguacil explicó lo visto por él en la calle.

—¿Cuánto tiempo hará que ha pasado esa gente? —preguntó el cabo.

—Hará más de media hora.

—Pues entonces se habrán marchado ya del pueblo.

Vera de Bidasoa tiene dos barrios principales: el barrio de Vera, con la parroquia, el Ayuntamiento y la plaza, y el barrio de Alzate, con una calle y un poblado anejo, el de Illecueta. Entre los dos barrios de Alzate y Vera hay como medios de comunicación la carretera Eztegara y la calle de Leguía. Carretera y calle las dos son

casi paralelas.

El alguacil y los guardias fueron, por la calle de Leguía, al centro del barrio de Vera. Cuando llegaron delante del estanco estaba dando la una en la iglesia. No sabían por dónde habrían ido aquellas gentes sospechosas, si hacia Pamplona o por el lado de Irún.

—Si han pasado hacia Irún —dijo el alguacil—, alguno les habrá visto, y si no, de todas maneras, si van por ese lado, los detendrán en Endarlaza.

Preguntaron el alguacil y los guardias en una taberna próxima. No había visto nadie aquella tropa.

—Vamos por el otro lado.

Marcharon en dirección a Pamplona.

Al llegar cerca de la fábrica no advirtieron el suelo lleno de alocuciones lanzadas por los sindicalistas. No se fijaron en ello.

El alguacil preguntó al portero de la fundición si había visto a la gente sospechosa. Tampoco había visto a nadie.

—Vamos adelante —dijo el cabo—. Cargaremos los fusiles.

Se detuvieron los guardias, metieron los cargadores en los máuseres a la luz de una lámpara eléctrica de la carretera y siguieron por el camino.

Al avanzar más allá de la entrada de la fábrica, el cabo advirtió al alguacil:

—Se puede usted retirar; nosotros seguiremos. Creo que estos hombres han dejado ya el pueblo.

El alguacil se volvió por la carretera hacia su casa y los guardias civiles avanzaron en la dirección de Pamplona.

Al llegar cerca del kilómetro 26, uno de los sindicalistas oyó el paso de los guardias y encendió una linterna eléctrica.

En aquel momento se cruzaron dos voces de alto.

—¡Alto! —dijeron los rebeldes.

—¡Alto a la Guardia civil! —gritaron los guardias—. ¿Quién vive?

—Somos sindicalistas.

Al mismo tiempo sonaron treinta o cuarenta tiros.

¿Qué pasó entonces? Si hay algún testigo presencial, no ha querido hablar ni dar detalles de lo ocurrido. Probablemente al alto de la Guardia civil contestaron los sindicalistas a tiros y comenzó la lucha.

Otros aseguran que el cabo llevaba un vergajo en la mano. Según estos, los guardias civiles solían marchar armados de un vergajo, y cuando encontraban cuadrillas de obreros portugueses que intentaban pasar la frontera, las deshacían a vergajazos. Estos dicen que el cabo amenazó con el vergajo al grupo y que ante la amenaza comenzaron los disparos.

Todavía hay quien afirma que el cabo no amenazó con el vergajo, sino que el

guardia Ortiz se echó el fusil a la cara dispuesto a disparar y que entonces comenzaron a sonar los tiros.

A los primeros disparos el cabo Lafuente cayó al suelo con herida mortal en el corazón. Al llevar la mano derecha al hombro izquierdo para coger el fusil, un disparo de pistola le destrozó la mano y la bala le penetró en la región cardíaca. El guardia Ortiz se echó a la cara el máuser, cargado con cinco tiros, y disparó. Cuando hubo disparado los cinco, intentó sacar otro cargador y meterlo en el fusil, mas no pudo con la oscuridad y tuvo que defenderse con el máuser a bayonetazos y a golpes.

Los sindicalistas tiraban contra el gigantesco guardia, a quien veían derecho, como invulnerable, al resplandor de los fogonazos; este se defendía con el machete, pero a lo último le atravesaron con veintiuna balas, y cuando se encontraba en tierra, le pegaron, para rematarle, dos machetazos en la nuca; después lo cogieron, lo arrastraron hasta el pretil del río y lo tiraron al agua. El fuego duraría cinco minutos. El encuentro fue a la una y media. El guardián de la fábrica comparaba el ruido de los tiros a una granizada.

Entre los sindicalistas quedó el joven Manzanedo con una herida en la pierna que le interesaba huesos y articulaciones. Su dolor era intensísimo; pedía a gritos a sus compañeros la pistola para suicidarse.

Estaban también heridos el vizcaíno Martín Sánchez en el muslo, otro con un tiro en los riñones y Gil Galar con un rasponazo de machete detrás de la oreja.

Al estruendo del tiroteo, dos carabineros pertenecientes al puesto de Lesaca, de guardia cerca del caserío Navasturen, a orillas del Bidasoa y a menos de un kilómetro del lugar de la colisión, avanzaron por la carretera.

—Vamos a ver qué pasa ahí —se dijeron.

Al llegar al abrevadero labrado en el cantil del monte, vieron un bulto.

—¡Eh, alto a los carabineros! ¿Quién es usted?

—Yo soy un obrero que va a buscar trabajo a Pamplona.

—¿Qué ha pasado ahí? ¿Qué eran esos tiros?

—Yo no sé. Había unos hombres en la carretera riñendo; yo no he hecho caso.

—Bueno, venga usted con nosotros.

Detuvieron al supuesto obrero, le registraron, no llevaba armas.

Se acercaron los carabineros a la cantera próxima a la fundición. Se oía en el monte pasos de gente entre el ramaje.

Un hombre pequeño, con un maletín al costado y lámpara eléctrica en la mano, alumbraba a otros dos, que vendaban la pierna al herido Bonifacio Manzanedo. Este iba rompiendo papeles y tirándolos al aire.

El hombre pequeño del maletín se destacó del grupo.

—¡Alto! —gritó con voz energética, dirigiéndose a los carabineros—. ¿Quién va?

—¡Carabineros! —contestaron ellos.

—¡Alto ahí!

Los carabineros quedaron sorprendidos, y uno de ellos avanzó.

Entonces el hombre bajito levantó el brazo e hizo tres disparos en la oscuridad, que atravesaron la manta de uno de los soldados.

Este se echó el fusil a la cara y disparó. El hombre pequeño cayó al suelo, muerto, con la cabeza atravesada. El carabinero hizo blanco porque el sindicalista se apoyaba sobre el poste de telégrafos de color claro, y su cabeza se destacaba perfectamente.

El oír aquellos tiros a su espalda fue para los rebeldes la señal de sálvese el que pueda general. Echaron todos a correr. Se oían voces y pasos monte arriba, en la oscuridad. Los carabineros sospecharon una emboscada y retrocedieron y se retiraron hacia el puente de Lesaca con el prisionero. Se metieron en la Electra Bidasoa, próxima al río, desde donde telefonaron a Vera y a Lesaca pidiendo auxilio. Desde la puerta de la Electra se oían gritos en el monte.

En el lugar de la pelea quedaron Manzanedo, herido, con el que le había vendado y un mozo de un caserío cercano. Este, reñido con la familia, dormía en una cueva de la cantera próxima al lugar del suceso. El mozo espectador de la lucha se deslizó fuera de su escondrijo y se marchó a su casa de prisa.

El alguacil, al oír las descargas, corrió hacia el pueblo, fue a llamar a los dos guardias civiles que quedaban en el cuartel y se reunió con ellos. Se acercaron los tres a la fábrica, la dejaron atrás, y al pasar por el kilómetro 26 tropezaron con el capote de Lafuente. Retrocedieron a la fábrica y llamaron en la cantina.

—A ver si avisan al pueblo —gritaron.

Luego pretendieron que los obreros les acompañaran por la carretera adelante. Los obreros se mostraron reacios, pero al último se dejaron convencer y fueron dos, con faroles de acetileno por delante, y detrás, los guardias civiles. Al acercarse estos, el que había vendado a Manzanedo apagó la linterna eléctrica y echó a correr monte arriba. La carretera quedó silenciosa y oscura.

Retrocedieron los guardias civiles a la fábrica; el alguacil fue al cuartel de Carabineros a avisar lo ocurrido y a pedir fuerzas. Fue muy difícil reunir a los carabineros. Muchos estaban en el monte.

Una pareja, al bajar del puesto avanzado y entrar en el barrio de Alzate, se fijó en los ladridos furiosos del perro de Itzea.

—Debe haber gente extraña —se dijo.

Fueron los dos carabineros al cuartel, se tendieron a dormir y de pronto el alguacil comenzó a dar golpes en la puerta.

—¿Qué pasa?

—Que han matado a dos guardias civiles en la carretera de la fábrica.

Se vistieron de nuevo, se armaron y salieron. La noche estaba negra como la tinta; no se veían los dedos de la mano. A los carabineros les mandaba un sargento. El

teniente del cuerpo estaba cazando por aquellos días en las palomeras de Echalar.

Al mismo tiempo, un médico del pueblo, somatenista, y el capitán de Carabineros, avanzaron por la carretera, en automóvil. Al pasar por delante de la fábrica comenzaron a disparar tiros al aire. Los carabineros de Lesaca hicieron lo mismo, y estos avanzaron en dirección a Vera.

—¡Alto! ¿Quién vive? —gritaron los de Vera en la oscuridad.

—Carabineros —contestaron los de Lesaca—. Aquí hay un prisionero, un muerto y un herido.

Entonces se encontraron a Manzanedo, herido y vendado. Manzanedo pedía por favor que lo matasen inmediatamente: tan grandes eran sus dolores. Los carabineros encontraron el capote del cabo Lafuente en el suelo, y poco después, su cadáver.

—¿Y Ortiz, dónde está Ortiz?

Preguntaban por el soldado de la Guardia civil.

Era todavía de noche. Guardias y carabineros no las tenían todas consigo; pensaban si podría haber en el monte preparada una emboscada, y volvieron a Vera. Se avisó por teléfono a la Guardia civil de los pueblos próximos, a los Miqueletes de Endarlaza y a la línea de Carabineros de las mugas.

Al amanecer empezaron a reunirse fuerzas de aquí y de allá y comenzó la descubierta y la persecución.

Avanzaron hacia el sitio de la lucha y se registraron los lugares próximos.

Cerca de una fuente, como copa hecha de piedra en el ribazo del monte, se veía el pretil del río roto y deshecho. Por allí habían tirado los sindicalistas el cuerpo de Ortiz a la orilla del Bidasoa. Estaba el cadáver en actitud de querer nadar. Al lado de la cantera se encontraron cartuchos, ropas, documentos, lámparas eléctricas, mapas, una brújula y efectos de botiquín.

Los sindicalistas habían dejado en la carretera varias hojas, dos proclamas, una dirigida a los obreros de España y otra a los obreros españoles refugiados en Francia. Estas proclamas las recogió después la Guardia civil y las destruyó.

Guardias civiles y carabineros levantaron a Manzanedo, le pusieron en una camilla y cuatro obreros de la fábrica le llevaron al hospital. Al sindicalista y a los guardias muertos les colocaron en parihuelas y, escoltados, los condujeron al cementerio. Después, por la mañana, carabineros y guardias civiles se dedicaron a perseguir a los sindicalistas por el monte. El pueblo, sobre todo la gente de los caseríos, lo denunció y contribuyó a su prisión.

Algunos curiosos fueron al cuartel de Carabineros, adonde iban llevando a los presos.

Estaban estos con los pies atados con cuerdas, de cara a la pared. Así no se podían hablar ni hacerse señas de inteligencia.

Uno de los oficiales de Carabineros, llegado al mismo tiempo que nosotros, empezó a gritar:

—¿Pero qué manera de atar es esa? Estos hombres se pueden escapar.

El sargento dijo:

—Yo no tengo cuerdas mejores.

Salimos de allí. Mientras íbamos por la calle vimos cómo traían a tres hombres jóvenes, atadas las manos con alambre. Venían tristes, sucios, con aire agotado. Poco después vimos otros dos; marchaban con una mano agarrada a los pantalones, sueltos y sin botones, y la otra en la nuca. De esta manera no podían huir. Uno de ellos era el excabo de la Guardia civil Santillán, a quien se consideraba como uno de los jefes.

Al llegar Santillán y otro huyendo, cerca de la frontera, a las once de la mañana, a la muga 37, dos carabineros les dieron el alto, parapetados en el tronco de un roble y apuntándoles con los fusiles. Los dos se rindieron. Los registraron, y aunque dijeron que sí, no les encontraron pistolas. Santillán llevaba solo cuchillo de monte. Los trajo a los dos un carabinero, llevándolos por delante con las manos en la nuca.

Pablo Martín Sánchez, «Robinson», y otro intentaron escapar juntos por Santa Bárbara, a través de los campos. Cruzaron el arroyo de las Lamias por Ugalzubi, tomaron la carretera de Francia y estuvieron en el caserío de Elzaurdy, donde tomaron café con leche. Al salir, para ir hacia Francia, por cerca del Pico de Gartzuña (Peña Rata), se separaron; Sánchez intentó cruzar, sin ser visto, por el caserío Cortaemborda. Dos carabineros, parapetados en las peñas, le dieron el alto, le hicieron prisionero y lo ataron. Eran las seis y media o siete. Sánchez estaba herido en el muslo y llevaba en el bolsillo, en dos hojas de papel, la lista de todos los comprometidos.

Había ya reunidos por la mañana en el cuartel doce o catorce prisioneros. Al marchar hacia mi casa vi a dos jovencitos con las muñecas atadas. Estos saludaban a las muchachas asomadas a las ventanas.

A uno de los carabineros le pregunté:

—¿Los llevan ustedes al cuartel suyo o al de la Guardia civil?

—Al nuestro —me contestó.

De llevarlos al de la Guardia civil, aseguró él, quizá los hubieran matado allí a culatazos. Le pregunté al carabinero si estaban presos los jefes y me dijo:

—El principal parece ser el excabo de la Guardia civil, Julián Santillán.

A todos los iban a conducir del cuartel a la cárcel, y después, al día siguiente, a Pamplona.

Efectivamente, por la tarde los sacaron y los llevaron a los arcos del Ayuntamiento, donde los retrataron y les dieron una pequeña merienda.

Los periódicos franceses, bien enterados de este asunto, han dicho que entre los detenidos hay un compatriota suyo; no he podido saber quién pueda ser.

A Martín Sánchez, uno de los tenidos como cabecilla, lo trajeron por la carretera de Francia.

Es hombre alto, grande; venía cojeando. Tenía una herida de bala en el muslo derecho.

Durante el día, carabineros y guardias civiles, a los sospechosos vistos en la carretera o en el monte les daban el alto, les apuntaban con el fusil y decían: «¡Arriba las manos!» A un viejo de los asilados en el hospital, un poco loco, le gritaron dos veces: «¡Arriba las manos!»

Entonces el hombre se puso a castañetear los dedos y a bailar el fandango.

A media mañana, de diez a doce, se dijo que en el monte de Santa Bárbara la Guardia civil acababa de matar a un sindicalista. Según algunos, un casero le había denunciado, temiendo le quisiera quemar la casa.

El sindicalista, después de la refriega, se alejó de aquel lugar y tomó el primer camino. Este camino parte de la carretera desde cerca de la cantera, al lado del caserío Bustila y por las alturas del monte llamado Santa Bárbara llega hasta Sara, pueblo francés.

El hombre, cansado, se detuvo al lado de unos almiarés o metas de helechos, cerca de dos caseríos próximos, uno llamado Ardambide Beltza (Ardambide el Negro), y el otro Ardambide Zuria (Ardambide el Blanco). El camino se denomina Ardambidegui y va desde Machain a Sara.

El sindicalista iba con su maletín en bandolera y la pistola. Se creyó si sería el mismo que curó y vendó a Manzanedo.

Se habían traído fuerzas de la Guardia civil de Sumbilla, Lesaca y Santesteban, en un autobús.

La Guardia civil de Sumbilla, formada por varios soldados y un cabo, en compañía de un jorobado del caserío de Enseñen-Borda, reconocieron el monte de Santa Bárbara, y encontraron las huellas del pistolero.

El jorobado de Enseñen-Borda, pobre hombre contrahecho, con algo de monstruo, como formado con dos trozos mal ensamblados de gigante, fue el encargado de servir de guía a los guardias.

El pistolero pensó sin duda refugiarse en el pinar de la cumbre de Santa Bárbara; pero no tuvo tiempo, y no hubiese resuelto nada; de allí no podía ganar la frontera sin ser visto.

Al llegar cerca del caserío Ardambide advirtieron los guardias al sindicalista medio oculto en la meta de helechos.

El perseguido se dio cuenta de que le habían descubierto y comenzó a levantar los brazos en alto, dando a entender que se rendía.

Los guardias temían que su actitud fuera una estratagema, que estuviera armado. El sindicalista se arrodilló y agitó las manos en el aire. El cabo de la Guardia civil se arrodilló también, apuntó con el fusil, disparó y el sindicalista cayó redondo. ¿Pero había muerto? ¿No tendría el terrible sindicalista alguna pistola en la mano?

—Vaya usted y remátele usted —le dijo el cabo de la Guardia civil al mozo de Enseñen-Borda.

—¿Yo? —preguntó el jorobado con asombro y con espanto.

—Sí, usted. Le dispara usted un tiro en la cabeza.

El campesino se acercó escondiéndose entre las ^x hierbas y llegó al montón de helechos.

Descubrió el cuerpo tendido en tierra, al lado del maletín de mano, apuntó y disparó su escopeta. El cuerpo no se movió.

El hombre estaba muerto. La bala del guardia le había atravesado el corazón.

El disparo del jorobado, hecho con perdigones gruesos, destrozó una mano y parte del muslo del cadáver.

El sindicalista había escondido la pistola en la meta del helecho.

Se acercaron los guardias y varios campesinos.

Al muerto lo colocaron en un cajón de madera y lo llevaron al cementerio en la misma actitud en que le encontraron, con la cabeza apoyada en su maletín. Lo bajaron desde el alto, cruzaron el puente de Ugalzubi y lo metieron por un callejón en la calle principal del barrio de Alzate.

Las mujeres del barrio se acercaron a verle y quedaron espantadas. Venía el muerto con la ropa empapada en sangre. Tenía la cara blanca, tapada a medias por el ala del sombrero. Era hombre joven y guapo, con las manos pequeñas, la ropa nueva, aunque manchada de barro. Algunos pensaron que debía ser el principal de la expedición.

—Este también sería algo, cuando iba tan bien vestido —dijeron las mujeres del barrio.

El cabo de Sumbilla, que mató al sindicalista, según se dijo, le registró y le encontró documentos.

El muerto se llamaba Abundio Riaño.

Dijeron también que el sargento reprochó al cabo el haber matado a aquel hombre sin defensa, ya rendido; otros aseguraban que la Guardia civil tenía orden de matar, de no dar cuartel a nadie.

Respecto al jorobado de Enseñen-Borda, cuando le recuerdan su hazaña, se echa a llorar; el hombre ha estado enfermo por la impresión que le produjo el suceso.

Un mozo de un caserío denunció a tres hombres que habían entrado a comer en su casa; fueron los carabineros y los detuvieron.

A este denunciador, poco después le cogió la Guardia civil por escandaloso y le pegó una paliza. Fue pequeña enseñanza dada a su instinto de soplón gratuito.

Al mediodía se halló un hombre escondido en el matorral cerca de la estación hacia el río. Los obreros de la fábrica le habían visto en el andén. Fueron a buscarlo en motocicleta un motorista guardia civil, un soldado, también guardia, y un carabinero. Le seguían los pasos.

—Allí está —dijeron unos chicos.

El hombre, al verse descubierto y señalado por los obreros y por los chicos, preguntó al jefe de la estación:

—¿A qué hora sale el primer tren?

—Hasta la una y media no hay ninguno.

El hombre dejó en el despacho del jefe la gabardina y un paquete de papeles, y fue sin duda con intención de explorar los alrededores. Poco después volvió y le dijo al jefe:

—Voy a ir al pueblo por ese puente viejo —y señaló el puente de San Miguel.

—Por ahí va usted a tener mucho barro —le contestó el jefe, quizá con aviesa intención—; vale más que vaya usted por el puente nuevo.

El sindicalista tomó su gabardina y su paquete de papeles, cruzó la estación y se dirigió por el puente nuevo. En esto se presentó la motocicleta con los guardias armados. El sindicalista se dio cuenta y echó disimuladamente el paquete de papeles y la pistola al río.

El carabinero de la motocicleta, al ver al hombre por el puente comprendió que era el sindicalista. Mandó parar el vehículo, saltó a tierra, y echándose el fusil a la cara gritó:

—¡Manos arriba!

El hombre se entregó, y le ataron las manos con unos alambres. Le achacaron, con mala intención, el haber dado los machetazos en el cuello al guardia Ortiz.

Con motivo de esta aprehensión se discutió entre guardias civiles y carabineros. Los guardias no habían hecho ninguna presa; todas las hicieron los carabineros, no por inteligencia ni por actividad, sino porque les llamaban de los caseríos y denunciaban a los refugiados en ellos. A algunos otros fugitivos los veían en el monte, se echaban el fusil a la cara y les amenazaban, y los sindicalistas se entregaban, levantando los brazos al aire.

En un caserío del barrio de Larrun se presentaron tres sindicalistas y pidieron algo de comer. La mujer le preguntó al marido en vascuence:

—¿No serán estos de los sublevados? Sería lo mejor avisar a los carabineros.

Uno de los hombres le dijo a la casera en vasco:

—No creo que le hayamos hecho a usted ningún daño para querer que nos prendan. Son ustedes unos miserables.

La mujer y el hombre se callaron, y los tres pudieron escapar a Francia.

En otro caserío una vieja se encontró con dos obreros jovencitos, hambrientos y muertos de cansancio. Les dio de comer, les insultó porque iban en contra de la religión, les dijo que merecían el presidio y la muerte. Luego les acompañó a la frontera y les dejó a salvo.

Seis sindicalistas se extraviaron o se desviaron intencionadamente, y cuando comprendieron que la empresa tomaba mal cariz, se dirigieron hacia Francia. Entre ellos iba «el Maestro».

Un carabinero los persiguió disparándoles. Quería llamar la atención de los

vigilantes de las mugas.

Al llegar a la muga 10, a las once de la mañana, el carabinero del puesto, tomando a aquellos hombres por obreros portugueses, les salió al encuentro y les dio el alto.

Ellos le contestaron a tiros y le hirieron en la pierna. Algunos iban a seguir disparando, cuando «el Maestro» gritó:

—Dejadle, que ya tiene bastante.

Otro, levantando el puño en el aire, exclamó mirando a España:

—¡Adiós! ¡Hasta nunca!

Pronto se internaron en territorio francés.

«Robinsón», el vegetariano, al separarse de Sánchez se encontró rendido, con los pies llagados y sin fuerzas, y se echó al abrigo de una roca, con la pistola cargada a su alcance. No había decidido lo que hacer si le atacaba algún guardia o algún carabinero, si matar al que se le acercase y cuando le quedara un solo tiro suicidarse, o entregarse sin lucha.

Su perro «Kropotkin» estuvo fielmente a su lado.

Pasó tres días comiendo manzanas, cogidas en el camino; le echaba un poco de pan al perro.

Cuando los pies medio se le curaron, avanzó penosamente por la senda hasta la otra vertiente de la montaña, y vio una muchachita con un cordero.

—¿Esto es Francia, niña? —le preguntó.

—Sí, Francia. Allí está Ascain.

—Gracias.

«Robinsón» pensó si aquella chiquilla sería un espíritu de los bosques.

A «Robinsón», mientras estuvo tendido en el campo, no le pareció el tiempo largo. Las águilas y los buitres le miraban desde lo alto con curiosidad para enterarse de si estaba muerto. Pasaban bandadas de pájaros de todos colores.

El naturalista filósofo estuvo mucho tiempo en éxtasis, oyendo a un pájaro de pecho encarnado que cantaba maravillosamente y amenizaba la soledad con sus gorjeos.

Por la tarde del día de los sucesos fuimos varios al hospital. Bonifacio Manzanedo, el herido en la pierna que pasó parte de la noche y la madrugada en el campo, completamente abandonado, estaba en la cama.

Manzanedo tenía la pierna destrozada y sufría grandes dolores. Era Bonifacio muchacho joven, rubio, de buen aspecto, de cara larga y nariz afilada. Lloraba por los dolores; todo el vendaje lo tenía empapado en sangre. Daban horror sus lamentos. Pedía que le pusieran una inyección de morfina o que le mataran.

Estaban allí varias personas: los dos médicos, el teniente de la Guardia civil y un

pianista húngaro, alto y de aire un tanto mongólico. Se habló del complot sindicalista y cada uno expuso su opinión.

El músico, sin duda monárquico, tenía un recuerdo entusiasta de la reina Cristina, que le regaló un piano. El húngaro le dijo a Manzanedo imprudentemente:

—¿Por qué no habláis y contáis lo que ha pasado? Después de todo, mañana os van a fusilar.

El herido, volviendo la cabeza, dijo:

—A mí no me fusilan.

Antes de operarle leyeron a Manzanedo su declaración y le dijeron que la firmara. Él contestó:

—Yo no firmo nada.

Iban los médicos al anochecer a proceder a la anestesia para la amputación de la pierna, cuando dos carabineros trajeron a un hombrecito pequeño y pálido, de aire extraño de poeta romántico. Gastaba el tipo pelos largos y rizados.

Este pequeño se llamaba Enrique Gil Galar. Su nombre se averiguó después. A Enrique Gil lo detuvieron en una borda de las palomeras de Echalar. Al mismo tiempo cogieron a otro joven. Los dos habían entrado en territorio francés en la parte de Sara y habían vuelto al español por desconocer el terreno. A Gil lo trajeron en el auto de uno de Lesaca. Al entrar en el hospital, un guardia civil bizco le dio golpes y le llamó canalla.

Gil Galar venía trastornado. Llevaba gabán elegante y polainas, comprados en Francia. Al reconocerle se vio que por dentro iba sucio, destrozado. Lo dejaron en una silla, pálido y descompuesto, y de pronto comenzó a vomitar.

—Este se muere —dijo alguno—. Está echando sangre por la boca.

—No, si es vino lo que echa —repuso otro.

—Es *fino, fino* —dijo el pianista húngaro, satisfecho sin duda de que hubiese un detalle más contra los sindicalistas.

Gil Galar tenía una pequeña herida detrás de la oreja, hecha probablemente por el machete del máuser del Guardia civil Ortiz.

El médico fue a reconocerle, y le separó algunos mechones del pelo de la cabeza mojados en sangre.

—¿No hay agua caliente? —preguntó Gil Galar malhumorado.

—No tiene usted gran cosa —le contestó el médico—; una raspadura insignificante.

Gil Galar quiso pasar por francés y dar a entender que comprendía mal el castellano. Uno de los carabineros vio que le salía del bolsillo del chaleco un papel; lo cogió. Era una cédula a nombre de Enrique Gil Galar, del año 18.

—¿Cómo dice usted que es francés? —le preguntó el carabinero—. Usted se llama Gil Galar.

El hombre asintió. En el otro bolsillo llevaba un tubo de vaselina perfumada.

Del hospital fueron algunos de los curiosos al cuartel de los carabineros de la

misma calle adonde habían llevado a los presos.

Por la noche hubo grandes comentarios en el pueblo. Los hombres de los caseríos tenían un miedo absurdo. Algunos aseguraban que los pistoleros habían entrado en varias casas, pedido gallinas y dicho que las pagarían o nos las pagarían.

—Aunque sea así, no es motivo bastante para matarlos —replicó alguien.

Los sindicalistas, en la huida, tiraron por el suelo pistolas de varias marcas, muchas star, algunas browning y máuser y una como pequeña ametralladora, con culata para sujetarla en el hombro. Los técnicos aseguraron que era de la marca alemana Parabellum.

Dejaron también gran cantidad de municiones y mucho tabaco francés.

A la mayoría de los presos se les encontró algunos francos. Ninguno tenía más de quinientos. Parecía que a todos ellos les habían dado la misma cantidad.

Las pistolas traídas por los sindicalistas eran malas, viejas; para disimular la falta de pavón, estaban pintadas de negro. Hasta en las armas parecía que les engañaron. También se encontraron cuchillos con mango de madera y dos o tres dagas.

El pueblo se ha mostrado hostil, vengativo, de una falta de generosidad y de piedad completa. Muchos denunciaban a los sindicalistas refugiados en sus casas; otros campesinos dieron dirección falsa a los fugitivos para que los prendieran. Lo mismo hicieron con Mina hace cien años, cuando su célebre expedición por Vera.

BONIFACIO MANZANEDO tenía una terrible herida en la pierna y la rodilla destrozada. Cuando fue al hospital estaba vendado por dos compañeros. Ellos le pusieron el apósito con cuidado, mientras otro les alumbraba con la linterna eléctrica. Manzanedo es hijo de un jefe de taller en los Altos Hornos de Bilbao. Es de un pueblo de la provincia de Burgos.

Al joven Manzanedo ha sido necesario amputarle la pierna.

Después de la amputación sufrió terrible hemorragia y estuvo a punto de perder la vida. Se dijo que Manzanedo se quitó los vendajes, se desangró y murió, lo que es falso. Ya en parte restablecido, contó los días siguientes en sus conversaciones que en París les engañaron. Les aseguraron que entrarían en España mil personas, y no pasaron la frontera más de setenta, de los cuales casi la mitad se volvieron a Francia.

Afirmaba y afirma que a él no le fusilan. Yo he pensado si alguno de estos sindicalistas habrá dejado en Francia, en manos seguras, documentos de importancia, y si pensarán utilizarlos y defenderse con ellos.

Parece indudable que Manzanedo fue de los organizadores del movimiento en París, y se dice que se le vio en Hendaya días antes.

En la primera declaración, Manzanedo afirmó que se había reunido al grupo sindicalista en San Juan de Luz, sin saber su fin revolucionario; pero este era un subterfugio y nadie le dio crédito. La segunda vez Manzanedo declaró que entró en España, porque le dijeron que la revolución había triunfado. Confesó que él disparó contra el guardia Ortiz, y que este fue quien le hirió en la pierna.

Manzanedo había escapado de Bilbao cuando la muerte de un gerente de los Altos Hornos, don Miguel Gómez.

Bonifacio Manzanedo tiene sin duda condiciones para captarse la simpatía de la gente. Se ha mostrado como arrepentido y ha conseguido el favor de las monjas del hospital.

El otro sindicalista, Enrique Gil Galar, el de los pelos rizados, demostró ser un hombre absurdo y medio loco. Tiene unos treinta años. Afirmó, como le he dicho, que era francés y se le encontró su cédula de español; dijo que no conocía a los sindicalistas, y se le halló en el bolsillo la lista de todos los comprometidos. Obró y declaró con la mayor torpeza.

Gil Galar tiene ojos negros brillantes, algo bizcos; palidez de enfermo, sonrisa mal intencionada, cínica, rencorosa, y mirada de desafío.

Al parecer, es bebedor de ajenjo y propenso al delirio.

Gil Galar es un muñeco, pequeño, casi enano; derecho, con cierto aire doctoral y pedantesco, un tanto afeminado. Llevaba, como le he dicho a usted, un tubo de vaselina perfumada en el bolsillo.

Galar, después de llegar al hospital y de vomitar, tuvo un ataque de nervios. Lo tendieron en la cama, lo arroparon, y al encontrarse bien se olvidó de su situación y se puso impertinente y comenzó a insultar a los guardias y a las monjas. A estas las decía que si se acostaban con el cura, que eran unas p...

Luego empezó a cantar cuplés franceses indecentes y canciones anarquistas.

Entre ellas le oí yo dos, que las apunté:

*Je suis le vieux père la Purge
Pharmacien de l'humanité
Contra ta bile je m'insurge
Avec une filie Egalité.*

La otra que cantó, con la música de la *Carmañola*, decía así:

*Dynamitons tous les gavés
De la sueur des affamés
Il est temps qu'on en désinfecte
Le vieux sol de notre planète.*

Se veía en Gil Galar una imaginación ardiente que barajaba verdaderas ineptias. Todo lo que dijo en su delirio parecía inspirado en la lectura de *El Cencerro* y de *El Motín*. Habló con un tono agresivo y violento y sobre todo pedantesco.

Se contaron fantasías de Gil Galar. Se dijo que llevaba en el pelo un revólver pequeño, no se sabe con qué objeto.

El cabo Santillán es casi un gigante. Ha sido expulsado de la Guardia civil por su genio vivo y por su afición a beber. Julián Santillán Rodríguez es de Quintanilla de la Mata, provincia de Burgos. Tiene cuarenta y un años, pero parece mucho más viejo.

Se aseguró que Santillán había sido guardia civil en Vera y que el correa de la Guardia civil que el cabo Lafuente, muerto en la refriega, le había pertenecido a él.

Santillán no estuvo de guardia civil en Vera; quizá sirvió en Errazu o en Elizondo. La historia del correa provino de que el cabo de la Guardia civil que vigiló en la cárcel de Vera a los presos había comprado hacía meses las correas del uniforme a Santillán.

Al parecer, Santillán es uno de los cabecillas del movimiento. Se ha dicho que quince días antes de los sucesos entró en Vera a inspeccionar el terreno y que le vieron en la carretera de Francia, cerca de un atajo. Santillán llevaba el pasaporte en regla.

Muchos del pueblo han afirmado que días antes de la intentona vieron a algunos de los presos. Unos preguntaron dónde les podían dar posada, otros entraron en el café de Alzate. Varios aseguran haber visto al excabo. El excabo es, sin duda, hombre

valiente y sereno y mucho más decidido que los demás. Se dice que ha venido de Bayona, otros aseguran que se hallaba de antemano en San Juan de Luz y que días antes anduvo por Vera.

Santillán afirma que el jefe de la expedición no era él, sino Naveira, y que este repartió las pistolas en San Juan de Luz y luego en el monte.

Pablo Martín Sánchez es de Baracaldo, cerca de Bilbao, pero por su hablar parece gallego. Es alto, fuerte, sombrío, de ojos profundos; lleva gran bigote caído por las puntas. Algunos dicen que sabe bien el vascuence, pero nadie le ha oído hablar en esta lengua. Ha sido soldado al mismo tiempo que el alcalde actual de Vera, Antonino Olio, y ha servido en San Sebastián.

Al verle que lo traían por la carretera, el alcalde quedó sorprendido.

—¿Qué hay? —le preguntó—. ¿Tú también vienes con esos?

—Sí.

—¡Qué locura!

—Sí, chico. Hemos perdido la cabeza —le contestó Sánchez.

Al parecer Pablo Martín Sánchez, sindicalista, ha estado preso en varias cárceles, ha sido golpeado y martirizado y está complicado en la muerte del gerente de Altos Hornos, Gómez.

Pablo Martín, con el muslo atravesado, resistió sin decir nada durante todo el día, pero por la noche pidió que le reconociesen los médicos; tenía la herida infectada. Sánchez comprendía que los jueces iban a considerar como los más responsables de los hechos a los heridos, por eso aguantó lo que pudo, pero por la noche no podía con el dolor.

Cuando Sánchez habló de su herida le vieron los carabineros; llevaba el pantalón empapado en sangre.

—¡Buena pieza! —dijo el capitán de carabineros con la petulancia de un soldado incomprensivo, como si tener atravesado el muslo fuera una broma.

Sánchez reconoció que estuvo en la pelea con los guardias civiles. Le reprocharon como a los demás el haber disparado y dijo:

—Al ver a los obreros con los faroles de acetileno de noche por la carretera y detrás a los civiles, hubiéramos podido matarlos a todos, y no quisimos.

De los presos, Manzanedo, Santillán, Sánchez y Gil Galar son los más importantes y los que parecen los jefes. Los otros tienen menos categoría. Un chico riojano de Elciego, desertor, dijo que a él le habían asegurado en San Juan de Luz que ya se podía entrar en España, y en vista de ello decidió dirigirse a casa de sus padres. Afirmó que consideró a Santillán como jefe y que este dijo en el monte a los rezagados:

—Al que se vuelva atrás, lo mato.

De los escapados uno pasó a Francia con una herida en los riñones. Al llegar

cerca de la estación de Urruña le dijeron que rondaba por allí la Policía. Se desvió del camino, se acercó a la vía del tren y una máquina lo atropelló y lo mató.

El criterio de las autoridades militares fue considerar a los heridos y a los presos con las armas en la mano como los más directamente responsables en el asunto. Estos han sido designados para ser juzgados en juicio sumarísimo, en unión con Santillán, el exguardia civil, a quien no perdonan su calidad de soldado en un suceso como el actual y a quien consideran arbitrariamente como inductor.

A todos, en número de veintidós, los llevaron a la cárcel y al día siguiente, por la madrugada, en camiones, vigilados por guardias, los condujeron a Pamplona. Se creía podían venir otros sindicalistas de Francia a salvarlos.

Diez de los presos dijeron al capellán de la cárcel de Pamplona que eran buenos católicos y que no tenían ideas políticas.

Se hizo la autopsia de los cadáveres. El cabo Lafuente, Julio de Lafuente Sáinz, natural de Navascués (Navarra), presentaba una herida en la región cardíaca. Había muerto al primer tiro. Aureliano Ortiz Madrazo, soldado guardia civil, de Espinosa de los Monteros, tenía veintidós balazos y dos cuchilladas en el cuello.

El hombre bajito muerto en la cantera por los carabineros se vio por sus papeles que se llamaba Luis Naveira; era de Villalón (Coruña). Alguien dijo que debía de ser médico; otros afirmaron que no, que era obrero y que tenía las manos callosas del trabajador. Naveira venía de París. En el maletín que llevaba con una correa en bandolera guardaba dos linternas eléctricas, vendas, gasas, algodón y un mapa Michelin del Norte de España. Le encontraron una pistola que había disparado ya cinco tiros, cuatro cargadores intactos y dos dagas con la hoja envuelta en un papel y con mango de plata.

El muchacho preso de Elciego, a quien llevaron al cementerio a ver el cadáver de Naveira, dijo:

—Este repartió las pistolas en un alto, desde donde se veían a lo lejos las luces del pueblo.

Naveira era pequeño de estatura e iba bien vestido. Le encontraron en el bolsillo del pecho una cartera con dinero y una fotografía hecha en París en donde estaban retratados juntos Manzanedo y él. Llevaba también un reloj con cuerda para una semana. Lo guardaba en el bolsillo exterior del pecho de la chaqueta, pendiente de una correa. Cuando hicieron la autopsia de su cuerpo destrozado, lleno de barro, a los cuatro días de muerto, el reloj hebdomadario seguía haciendo su tic-tac con un aire de misterio y de brujería.

A Naveira le había entrado la bala por el maxilar superior, por debajo de la espina nasal, y salido por el occipucio. Tenía cerca de la nariz un agujero negro. En el cráneo no le quedaba apenas masa encefálica.

En estos días se han reunido en el pueblo la madre del cabo Lafuente, que va a

mandar poner una lápida con una inscripción en la carretera, al lado del kilómetro 26, donde ha muerto su hijo; la madre del guardia Ortiz y la madre de Manzanedo, llegada de Bilbao.

Dicen también que una mujer joven ha estado en el cementerio contemplando sus cipreses y sus rosales al través de las rejas. Al ver al sepulturero trabajando en la tierra le preguntó dónde estaban enterrados los dos sindicalistas muertos. El sepulturero la condujo, dando la vuelta a las tapias del camposanto, al rincón sombrío y estrecho, entre paredes altas, adonde suelen llevar a los suicidas, a los muertos por accidente y a los niños sin bautizar.

El patinillo sombrío y lleno de zarzas y hierbas salvajes, abandonado deliberadamente, para dar mayor impresión de tristeza y de desamparo al lado del jardín de la parte católica, mostraba el sitio donde la tierra estaba removida.

La mujer contempló el lugar y se marchó llorando.

El juez militar tuvo la candidez o el sentimentalismo de decir a los presos que no comprendía cómo habían tenido corazón para disparar contra los guardias civiles.

Son estas estupideces clásicas de los militares. Mezclar el sentimentalismo en asuntos de lucha y de violencia es perfecta tontería. Creería sin duda aquel militar que un guardia civil era para un sindicalista algo como una hermana de la Caridad o un niño de coro. Con el mismo motivo se podría preguntar al guardia: ¿Por qué dispara usted contra ese hombre, usted que tiene como principal interés el de su sueldo?

Extrañarse de que el exaltado ataque al soldado mercenario o de que este defienda al Gobierno, bueno o malo, es una sandez.

Los militares no quieren comprender que la guerra social es una guerra como otra cualquiera, más seria y más motivada; que Espartaco es tan general como César o Pompeyo y que los pequeños Espartacos son más guerreros que el brigadier Talegón, metido en su oficina y resolviendo los graves problemas de la calidad del rancho y de los botones del uniforme.

Todo el mundo habló de la lucha del guardiacivil Ortiz. Este debió pelear con gran valor, batirse a la desesperada. A pesar de sus veintitantas heridas y de sus dos machetazos en el cuello, se dijo que lo encontraron a la orilla del Bidasoa en actitud de nadar, como con la intención de salvarse cruzando el río.

Al día siguiente de la lucha un campesino de Sara se encontró por la mañana una partida de quince o veinte hombres sucios, llenos de barro, agotados por el cansancio. Le preguntaron al casero en vascuence vizcaíno dónde podían comprar pan. El hombre no les entendió y le hicieron de nuevo la pregunta en francés. El campesino les dirigió a la panadería, donde compraron doce kilos de pan. Inmediatamente se disponían a salir, pero el panadero les dijo que podían comer allá.

Entonces uno de los hombres preguntó:

—¿Podemos seguir la carretera sin tropezar con tierra española?

—Si van ustedes por esa carretera a Ascain no hay peligro; ahora si van a Dancharinea se encontrarán con carabineros.

Los hombres dieron las gracias, marcharon a

Ascain y de aquí a San Juan de Luz, donde fueron detenidos por los gendarmes y enviados a la frontera de Bélgica.

En Saint-Pée y en la fonda de la estación de San Ignacio del funicular de Larrun, llegaron también grupos de hombres sucios aspeados. Al día siguiente, en Oyarzun y en Hernani fueron detenidos varios supuestos complicados en el asunto de Vera.

Don Leandro calló un momento.

—¿Y ahora se va a ver el proceso? —preguntó el doctor Arizmendi.

—Sí, ahora, en estos días. El proceso parece que es oscuro. Las primeras diligencias las comenzó un capitán de Carabineros y las siguió después otro de Caballería. Los presos están hace tiempo en Pamplona. Contra unos se sigue procedimiento ordinario y contra otros, juicio sumarísimo.

—Y usted ¿qué cree?

—Ha pasado por aquí un auditor de guerra y ha dicho: se necesitan tres o cuatro penas de muerte, por lo menos, para desagraviar a la Guardia civil, y un magistrado parece que afirma: habría que condenar a muerte a todos.

—¡Qué bestia!

—¡Qué va usted a esperar de un magistrado! A mí me da mala impresión todo esto. El auditor de guerra, el que dijo que se necesitaban tres o cuatro penas de muerte, indicó a los médicos de Vera que no dijeran en su informe que los proyectiles que mataron a los guardias eran de diferente calibre, sino que afirmaran que eran del mismo. El ser de diferente calibre daba al encuentro aire tumultuario y atenuaba la responsabilidad y el ejército, sin duda, quiere que esta sea lo mayor posible.

—Y del origen de este complot, ¿usted sabe algo más en concreto? —preguntó el doctor.

—No se sabe nada de cierto. Yo tengo recogidas varias versiones.

—Veamos las versiones.

—En Bayona algunos suponen que esta expedición de los sindicalistas ha sido maniobra del Gobierno español para distraer la atención de lo que pasa en Marruecos. Que el Gobierno no quería que se hablara de eso es cierto, porque en algunas capitales de provincia, en San Sebastián y en Pamplona, no se ha permitido en esos días en los casinos la lectura de los periódicos franceses.

—Es una versión que no me parece muy probable —dijo el doctor.

—A mí tampoco. Yo creo que este complot ha tenido dos raíces entremezcladas, la una sindicalista y la otra policíaca.

—Eso parece más verosímil.

—Respecto a la Policía, no cabe duda que ha obrado y ha colaborado en el complot. ¿Hasta qué punto? No lo sabemos. El cuartel general policíaco desde la Dictadura en la frontera vasco navarra está en Elizondo. Ahí hay varios policías de la Brigada Social que se cree que obran bajo la dirección de un comisario de alguna fama, a las órdenes del ministro de la Gobernación. Dicen que el principal de los policías de Elizondo es uno que ha venido de Barcelona. El otro, un capitán de Orden público de Madrid.

Estos policías tienen como colaboradores a varios confidentes. ¿Quiénes son? No han dejado huella. Los tales confidentes han entrado y salido de Francia en un auto que han tenido a su disposición y han andado con frecuencia en Dancharinea, Sara, Ascain y San Juan de Luz. ¿Es que vigilaban porque sabían que había un complot en ciernes o es que colaboraban ellos en el complot? Lo ignoro.

—Lo que es extraño es que si las autoridades sabían que iban a entrar pistoleros y querían impedirlo no reforzaran la guarnición del puesto de la Guardia civil de Vera —dijo el doctor Arizmendi.

—Es cierto; pero a veces las combinaciones de la Policía son muy oscuras. Los confidentes estuvieron en Ascain en el hotel Larrun fingiéndose turistas y vivieron en Sara en la fonda Erricoechea durante bastante tiempo. Para despistar, se fingían artistas e iban al campo con un álbum o con un bastidor a hacer paisajes.

He ido a visitar al dueño de la fonda de la estación de San Ignacio en el trayecto del tranvía de San Juan de Luz al monte Larrun. El dueño es de Sara.

Según él, los españoles, probablemente policías, andaban con frecuencia por aquellos sitios los días anteriores a la entrada de los sindicalistas en Vera.

Unos iban en un auto inglés, de marca Essex; otros, en una moto con su sidecar.

Estos hombres comían en el restaurante y tenían dinero.

Cuando se marcharon dejaron algunos sus señas. El chófer del auto vivía en Madrid cerca de los Mataderos. El otro, en el Pacífico. Sus señas es posible que fueran de amigos suyos, y no las propias.

A la fonda llegaron al día siguiente de los sucesos de Vera veinte o treinta hombres jóvenes, rendidos, extenuados. Todos hablaban bien francés. Le pregunté al dueño si entre ellos había algún vasco; me dijo que no, y añadió:

—Creo que no había ningún paisano nuestro en el grupo. Los vascos no tienen la sangre bastante caliente para una locura así.

El fondista supone que no todos los revolucionarios entraron por la regata de Inzola; según él, algunos debieron pasar la frontera por el camino de Sara, por el alto de Lizuñaga y por las Palomeras de Echalar.

En Sara me confirmaron estas noticias. Allí me han dicho que alguno de los españoles que andaban los días anteriores al movimiento en el pueblo, eran confidentes. Al uno le llaman «el Fenómeno», y tiene una cicatriz cerca del ojo; a otro le dicen «el Madrileño». Los dos han subido varias veces en el funicular de Larrun y no sería raro que ellos depositaran las pistolas en la boca mina próxima a la muga 18 que luego cogieron a su entrada en Vera los sindicalistas.

Respecto a la rama revolucionaria del complot he recogido también varias versiones: la de un obrero mecánico de este pueblo, que trabaja en París, en el taller de automóviles Renault, de Boulogne-Billancourt; la de un sindicalista militante que he conocido en Bayona, y la de un empleado de un Banco, amigo mío, de Irún.

—Veamos estas versiones.

—El mecánico dice que en estos últimos meses ha habido en París gran hervor contra la Dictadura española. Casi todos los periódicos radicales, desde *Le Quotidien* hasta *Le Libertaire*, han atacado al Gobierno español. La Liga de los Derechos del Hombre ha protestado constantemente contra sus procedimientos.

En los mítines de propaganda y en los periódicos franceses radicales y anarquistas se alentaba a los prófugos y desertores, así como a otros emigrados de vida difícil, a intentar una acción revolucionaria.

El mecánico de París dice que varios sindicalistas españoles huidos se reunían en los cafés del barrio de Saint-Denis y de Menilmontant. Se hablaba entre ellos de dar un golpe de mano en España. Al parecer, se lamentaban de su falta de medios. Entonces un argentino, anarquista, dijo:

—Si se reúne gente yo me comprometo a encontrar dinero.

Pocos días después se presentó el argentino en el café adonde iba el de Vera, con un pintor judío, agente bolchevique, y un periodista de cierto nombre, complicado en el asunto de Almercyda y del periódico el *Bonnet Rouge*, cuando la guerra europea.

Hubo sus reuniones, se consultó a los grupos sindicalistas y a unos anarquistas del periódico *Le Libertaire*, y se decidió la expedición. El mecánico del taller de Renault cree que llegaron fondos de algún centro bolchevique, cuarenta o cincuenta mil

francos. La avanzada del movimiento estaba constituida por un grupo de doscientos, formada por anarquistas (grupo de París), sindicalistas y comunistas. La mayor parte eran sindicalistas y anarquistas; comunistas había muy pocos.

Algunos suponían que aunque el movimiento no triunfara por completo, derribaría al Gobierno de la Dictadura, el cual sería sustituido por otro más democrático. Este Gobierno nuevo otorgaría la amnistía a los prófugos y desertores. Ya no faltaba más que alistar a la gente. El mecánico paisano mío dice que vio hacer algunos alistamientos a la salida del taller de los automóviles Renault y en distintos bares de los alrededores del cementerio del padre Lachaise y de la avenida Gambetta.

La señal de la marcha se daría con un telegrama escrito con clave.

A pesar de la reserva y del misterio, en París entre los españoles revolucionarios, todo el mundo se enteró del plan.

Vienen los telegramas con clave y otros en los cuales se dice claramente: «La revolución ha estallado en España». Los sindicalistas y anarquistas se disponen a la acción.

Algunos de los desterrados republicanos de París tuvieron noticia del proyecto, y pensaron se utilizaba su nombre como bandera y mandaron varias personas a la estación de Austerlitz para hacer desistir a los expedicionarios de su proyecto; pero estos, al ir a entrar en los vagones del tren, contestaron:

—Que se metan los republicanos en sus asuntos; nosotros no creemos en ellos ni necesitamos sus consejos.

El obrero asegura que se ha dicho también en París que un desterrado republicano mostró un cheque de miles de francos enviado por los Soviets.

—¡Vaya usted a saber lo que habrá de verdad en todo ello!

La versión del sindicalista de Bayona es más general y no niega la del obrero mecánico parisiense. Según el sindicalista, la organización del complot no partió de París, sino de Lyon. Aquí fue donde se preparó y se reunió el dinero. Los fondos procedían en parte del asalto del Banco de Gijón, verificado por una banda anarquista en septiembre del año 1923.

Según él, con este dinero los sindicalistas quisieron primero impulsar a la Librería Internacional de Ediciones Anarquistas de la Rue Petit de París. Esta calle está hacia las Buttes Chaumont. Luego, como la ayuda no tuvo resultado, dieron parte del dinero a la redacción del periódico *Le Libertaire*, periódico del que se ha dicho que tenía redactores que pertenecían a la Policía en calidad de confidentes.

Este sindicalista afirma que el que ha preparado todo es un grupo anarquista de Barcelona. Parece que en Barcelona, en tiempo de Arlegui, con un famoso capitán Lasarte se llegó a introducir confidentes de la Policía en los grupos de acción de los Sindicatos anarquistas. Hacia el 1918 o 1919 un sindicalista conocido, del ramo de la madera, a quien llamaban Armengol «el Roig», para distinguirlo de otros

Armengoles, entró de confidente secreto de la Policía. Armengol «el Roig» hizo crecer su grupo.

El confidente y los suyos tenían relaciones con los unos y con los otros y se mostraban enemigos de los directores de la Confederación del Trabajo, acusándolos de moderados. Armengol «el Roig» fue muerto años después en Barcelona, a tiros por traidor, por sus antiguos compañeros. El grupo de acción entre anarquista y policíaco, formado por Armengol «el Roig», tuvo luego como uno de sus jefes a un anarquista valenciano, Salvador Pascual Amorós, agarrado hace poco en Valencia por atracador de un Banco.

El grupo poco después, y probablemente con el conocimiento de la Policía, decidió que había que hacer un intento revolucionario. Se discutió y se habló de esto y se resolvió provocar una acción en contra de los consejos de la Confederación General del Trabajo. Se pensó en hacer un movimiento en España al mismo tiempo que otro en el extranjero. Algunos de aquellos confidentes entraron por entonces en Francia, con sus pasaportes de obreros y sus carnets de sindicalistas.

Estos hombres, muchos del grupo primitivamente formado por Armengol «el Roig» y luego dirigido por Pascual, pasaron a Perpiñán y a Toulouse y tuvieron una conferencia con los directores del Casal Catalá, sociedad catalana separatista, y se pusieron de acuerdo con ellos para hacer una intentona y derribar la Dictadura.

Entendidos con los catalanistas de Perpiñán y de Toulouse, marcharon los obreros confidentes a Lyon y allí, en el Sindicato Español de la Cours Lafayette, expusieron su proyecto de hacer una entrada en España en unión con los separatistas catalanes del Casal Catalá.

El proyecto lo examinó un delegado de la Asociación Internacional de Trabajadores, residente en Berlín. El delegado encontró el proyecto viable. Esta Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) se halla unida con la Confederación Nacional del Trabajo española. La AIT es, al parecer, la cuarta Internacional anarquista.

—Me dice usted unas cosas que me sorprenden —exclamó Arizmendi—. No he oído hablar jamás de esto.

—Yo tampoco había oído hablar de ello. Es más, hay quien lo niega. Uno me ha dicho que es cierto que durante mucho tiempo existió en Lyon un Sindicato de obreros españoles, en la Cours Lafayette. Este Sindicato tenía un comité anarquista de acción, llamado el Nido Rojo.

El Nido Rojo estaba muy en contacto con los grupos de Barcelona y era allí muy conocido; según un segundo informador, la Policía lyonesa lo persiguió en tiempo de la guerra y llegó a disolverlo. Después me han vuelto a decir que el Sindicato sigue existiendo, porque es una dependencia de un Sindicato francés que cede unas habitaciones a los obreros españoles.

Fuese que los sindicalistas-confidentes salidos de Barcelona estuviesen en el Nido Rojo o que no encontraran más que algunos elementos sueltos en bares y cafés,

parece que pasaron por Lyon.

—Siga usted.

—Examinado y aprobado el proyecto de Lyon se trasladó el centro de los trabajos a París. Se preparó la expedición. Partirían dos grupos para entrar en España. El primero por el Oeste y el segundo por el Este. Se eligieron los dos puntos. Vera y Port-Bou. Vera para ir a San Sebastián y Port-Bou para meterse en Figueras y después en Barcelona.

Era la misma intentona de Mina en la frontera de hace próximamente cien años. El complot revolucionario al nacer estaba ya vendido. Fracasó en sus dos intentos: en el de Vera y en el de Perpiñán y Barcelona.

Mientras se preparaba la expedición de Vera, en Barcelona se celebró una reunión sindicalista, de noche, en un monte, a la cual asistieron más de mil personas y algunos jefes, entre ellos Pestaña y Buenacasa. Se decidió atacar los cuarteles si las circunstancias se prestaban a ello. El mismo día de lo de Vera varios grupos rondaron el cuartel de Atarazanas, de Barcelona; unos agentes detuvieron a algunos obreros. Una hora después cuatro policías vieron a dos individuos armados, les dieron el alto y ellos contestaron a tiros. Les salió al paso una pareja del Cuerpo de Seguridad, un cabo y un guardia. Los hombres dispararon y mataron al guardia. Al menos eso dijeron las autoridades. Hubo juicio sumarísimo y fueron condenados a muerte un panadero, de veinte años, de un pueblo de Soria, y un sindicalista, de Castellón, de treinta. Los dos fueron agarrotados el día 10. Al mismo tiempo detuvieron a algunos revolucionarios en Banyuls-sur-Mer, cerca de Port-Bou.

—Allí, sin duda, pudieron hacer todavía menos que aquí —dijo Arizmendi.

—Menos. Ahora, mire usted la carta que me ha enviado el empleado del Banco de Irún, que está en París —indicó don Leandro—. Este joven es aficionado a la literatura, de ideas radicales y debió enterarse de lo ocurrido.

Arizmendi leyó la carta; decía así:

Querido don Leandro: Le contaré a usted lo que sé del desastre de Vera. Quizá no es mucho. Por mis noticias, el complot se ha preparado en París, en la casa Comunal de la Avenida Mathurin Moreau y en la Bolsa del Trabajo o Casa de Sindicatos de la Rue Chateaudun, Sección de Edificaciones. También ha habido juntas en una sala del callejón sin salida Chausson, de la calle de la Grange aux Belles; los núcleos tienen unos nombres fantásticos y se hacen y deshacen con facilidad, los Errantes, los Vengadores, los Treinta, los Sin Patria. El organizador ha sido un Comité que llamaban algunos Comité de los Treinta, y también Comité de Relaciones Internacionales. Este Comité pensó en organizar dos grupos revolucionarios y hacer que entraran en España, uno por Vera y otro por Perpiñán. Se proponían intentar el movimiento para derribar la Dictadura. El grito sería: «¡Viva la autonomía, muera el Directorio!» Los iniciadores del movimiento aquí, en París, eran los anarquistas, unos intelectuales; otros, hombres de acción. Sonaron varios nombres: Massoni, Durruti,

Jover, Recasens, Gil, García, Ascaso, Claramunt, Vidal, Givanel, V. Orobón Fernández, Casals, Manzanedo, Naveira, Lamoy, Arranz, Sampere, Marzo, Campona y otros muchos con apodos.

Entre los intelectuales se hablaba con elogio de V. Orobón Fernández, que dirige en París el semanario *Tiempos Nuevos*, que sabe varios idiomas y es del secretariado de la AIT.

De los hombres de acción, en quien más se esperaba era en Durruti, Recasens, etc. La parte activa que tomó cada uno de estos mosqueteros del anarquismo no es fácil señalarla. Los informes míos son contradictorios.

De los nombres no se puede hacer tampoco caso, porque algunos tienen cuatro o cinco. Vi y hablé a Manzanedo, que andaba por París con su boina. Le vi también a Durruti, en compañía de Sebastián Faure y de Ferandel. A Durruti se le tenía por hombre de energía, de inteligencia y de astucia, de una fertilidad de recursos grande. De Durruti se contaban muchas anécdotas; se le consideraba tipo de mucha fibra, de gran serenidad. Buenaventura Durruti es de León, hijo de un ferroviario. Los catalanes que le conocieron de chico le llaman «el Gori» y «el Boina». Parece que hubo época en Barcelona en que se le miraba como al diablo, como hombre capaz de todo.

Es alto, fornido, sólido, con aire de indio bravo, la mirada viva y clara, anteojos de concha, la boca grande, de dientes blancos, con los labios finos, que le dan cierta impresión de crueldad. Le falta una o dos falanges de la mano derecha.

Durruti me pareció un exaltado en frío, un energúmeno sonriente. Ha leído bastante y ha visto mucho.

Le pregunté si su padre era vasco; me dijo que no, que el vasco era su abuelo, vasco francés, de cerca de Bayona, que desertó y se metió en España.

—Era, sin duda, otro rebelde como yo —dijo.

Durruti habló conmigo con prudencia; sin duda teme comprometerse con gente que no conoce. Con los suyos debe ser hombre sugestionados le escuchan como a un oráculo. En momentos de peligro demuestra, por lo que se dice, un valor frenético.

Afirmó que los anarquistas son los más sensibles para las injusticias sociales.

—Nosotros somos como la prima de la guitarra; la que da la nota más aguda.

La más aguda y la más dolorosa, pudo haber añadido.

Hablamos, no sé por qué motivo, de literatura y de Dostoievski. A Durruti le impresionaba que este autor hubiese sido condenado a muerte.

—Todos los escritores debían pasar por trances así para saber lo que son —afirmó él.

—Demonio. Entonces sería muy mal oficio —le dije yo.

Hablé también con uno pequeño, fuerte, rechoncho, llamado Recasens, que vestía impermeable y llevaba gemelos a la bandolera. A Recasens le llamaban en broma «el Mariscal» y «Bonaparte».

Ramón Recasens Miret es catalán, de un pueblo de la provincia de Lérida; aquí se

le conoce por López y por Estanislao Marquetas.

Es un hombre muy decidido, valiente, dogmatizador y definidor. A pesar de que dicen que tiene una historia negra, es tipo amable y simpático. Le gusta el mando y la estrategia. De aquí sus apodos del «Mariscal», «Bonaparte» y «Napoleón».

Se dice que Recasens Casals y Benito Castro fueron los autores de un asalto a mano armada a un tren que conducía de Pueblo Nuevo a Barcelona medio millón de pesetas.

Otro jefe, Matías Gil, hombre de acción, se llama de verdad, por lo que dicen, Benito de Castro; es de Villafranca del Bierzo. Parece un tipo oscuro, membrudo y de pocas palabras.

Isidoro Casals, que se hace llamar Ramón Rodríguez, vive desde hace tiempo en París. Dirigió hace dos años unas huelgas en Beziers. Es un hombre muy culto, que lee mucho y que tiene gran influencia entre sus compañeros.

Un tipo muy señalado es Ascaso, amigo de Durruti.

Ascaso —hay dos hermanos yo no conozco más que a uno— es muy distinto a su compañero Durruti. Todo lo que tiene este de sólido y de fornido lo tiene el otro de vivo, de flexible y de escurridizo. No hablé con él. Me pareció un tipo felino, una mirada suspicaz, una cara pálida y una expresión de astucia y de desconfianza unida a algo febril e inquieto. Tiene la calma y la nerviosidad del gato.

Con ellos solía andar un tal Naveira, hombre bajito a quien apodaban «el Portugués», aunque era gallego. Este creo que ha muerto en Vera. Con estos españoles, la mayoría muy morenos, se reunían a veces algunos tipos sueltos de anarquistas de países del Norte, jóvenes medio albinos imberbes, con anteojos y aire distraído. Se preparó el asunto, se consultó con los grupos de España, que prometieron su colaboración. Marcharían a Barcelona tres sindicalistas: Jover, Caparros y Mariano Pérez Jordán (a) «Teixidó». Este «Teixidó», hombre de armas tomar, muy decidido y arriesgado, es el que pone en comunicación los sindicalistas de Francia con los de Barcelona. Los emisarios sindicalistas, si encontraban en España a la gente dispuesta, enviarían un telegrama a Recasens que diría así: «Madre enferma. Ven inmediatamente. —*María.*»

Aprobado el plan, comenzaron los alistamientos en la Casa Comunal y en los alrededores de la Bolsa del Trabajo. También se reclutaron gentes en los bares de la Avenida Gambetta, en la rue de Bretagne, en el café Floreal, de la Avenida Parmentier; en el café Point du Jour, junto al Metro Belleville, y en el Hogar Vegetariano de la calle Mathis, cerca del Metro Crimea, donde se daban conferencias en esperanto y en francés sobre el naturismo y el amor libre y se leían poesías.

Vino el dinero y se adquirieron armas largas y cortas. Me dijeron que Recasens fue uno de los encargados de comprar las pistolas.

La gente alistada en general, la mayoría de confianza, tenía entusiasmo, pero había

también muchos hambrientos que no querían más que comer. En la futura expedición de Barcelona el número de los alistados era más grande que en la de Vera. Para esta se esperaba que se les unieran a los de París elementos reclutados en Burdeos, Bayona y San Juan de Luz.

Marcharon Jover, Caparros y «Teixidó» a Barcelona; pasaron unos días y llegó el telegrama: «Madre enferma. Se opera mañana. Ven inmediatamente. —*María.*»

Recasen al recibir el telegrama lo mostró a sus compañeros. Hubo en la colonia española gran revuelo. Todos se alborotaron con aquello. Algunos sopechaban que el telegrama fuera falso o estuviera expedido por la Policía. Hay quien cree que, efectivamente, lo mandó la Policía.

En la junta del último día en la Bolsa del Trabajo se reunieron seiscientos o setecientos hombres, la mayoría exaltados, furiosos. Se leyó el telegrama y se discutió el asunto. Algunos, como Givanel, Orobón Fernández y otros propusieron que se aplazara el movimiento por cuarenta y ocho horas y se mandara a España un delegado de responsabilidad. La proposición se rechazó a gritos.

El grupo director del Comité decide el viaje. Ochenta o noventa hombres irían a Bayona y luego a Vera; más de cien a Perpiñán, y los dos grupos engrosarían con los que se les fueran uniendo en el camino. Dijeron que Matías Gil, Manzanedo, Riaño y Naveira irían a Vera. La mayoría de los catalanes, a Perpiñán. En la estación de Austerlitz se reunieron los expedicionarios. Yo estuve también en la estación. ¡Qué tropa más absurda se reunió en aquellos andenes, amigo don Leandro! Era una mezcla de energúmenos y de pobres de espíritu, de tipos audaces y de visionarios. Había el mozo enérgico, decidido y arrogante dispuesto a andar a tiros, y el pobre hombre medio loco, medio escrofuloso, que iba sugestionado por una utopía.

Precauciones no tomaron ninguna. Los cañones de los fusiles que llevaron los que iban a Perpiñán iban envueltos en papeles de periódicos. No se comprende cómo no los vio la Policía francesa.

El tren para Vera y el de Perpiñán salían al mismo tiempo de la misma estación. Fueron a despedir a los expedicionarios mujeres y chicos. Se abrazaban, se besaban y lloraban.

Sobre la procedencia del dinero, me dicen aquí que no llegó dinero bolchevique ni tampoco del asalto al Banco de Gijón. Se cree que los fondos procedían de cotizaciones entre los obreros.

Respecto a las hojas repartidas por los sindicalistas, estaban impresas en la «Fraternelle», 55, rue Pixerecourt. Por lo que me han dicho, esta imprenta «La Fraternelle» estuvo regentada por Sebastián Faure, viejo anarquista un tanto desacreditado, que ha tenido varios procesos por atentados al pudor. Ciertamente el pudor debe ser poco anarquista. En esta misma imprenta se hace el periódico ácrata *Liberation*.

Como le he dicho a usted, se niega que haya habido dinero bolchevique. Lo que sí dicen es que, después del fracaso, un militar catalán dio dinero para los presos de

Perpiñán. Los sindicalistas parece que se negaron a tomarlo. Abortada la intentona se recibió el socorro rojo internacional de Rusia, que también se rechazó. La mayor parte de los sindicalistas tienen muy poca simpatía por las instituciones de los bolcheviques. Todo hace pensar que el movimiento lo precipitó la Policía que los grupos recibieron órdenes contradictorias. Matías Gil y otros, que querían dirigir el movimiento en Vera, tuvieron que quedarse en San Juan de Luz; los catalanes, Recasens y los suyos en Banyuls-sur-Mer. Respecto a si alguno de los alistados tuvo complicidad con la Policía, aquí creen que no. Suponen que la falta de organización y la premura con que se hizo todo ocasionaron el desastre. Es cuanto he oído contar en París. Con un saludo de su afectísimo, *Ignacio Zubimendi.*»

Para completar la acción policíaca tengo que decirle a usted —siguió diciendo don Leandro— que los jefes de la Policía, a las órdenes del ministro, tenían conocimiento exacto de lo que preparaban los grupos sindicalistas y los excitaron a la acción para después tener motivo para provocar una represión fuerte y dar a la Dictadura un tono de energía.

—¿Pero usted cree que esos policías y esas autoridades, conociendo el proyecto de los sindicalistas, dejarían sin avisar a la Guardia civil de Vera para que tomara sus medidas? —preguntó Arizmendi.

—Así parece.

—Es mucha canallada; que se engañe al enemigo, no me choca; pero ¡al amigo!

—Pues mire usted, que vigilaba la Policía es evidente, que sabía el proyecto todo lo hace pensar...; sin embargo, no avisaron nada. Podían haberse equivocado de día o de hora, o haber mandado el aviso con antelación, o tarde, o mal; pero nada, no hubo aviso alguno. Como le he dicho a usted, de las fuerzas de Vera el teniente de la Guardia civil estaba en Elizondo, y el de Carabineros, en las palomeras de Echalar. Señal clara de que no les habían dicho nada.

—Es extraño.

—No tanto. Ya sabe usted lo que dijo el gran Federico: *Qui dit politique dit presque coquinerie.*

—Aquí habría que decir: *Qui dit politique dit sálete.* Bueno siga usted.

—Algunos periódicos franceses han asegurado que la Policía española ha hecho el papel de ventosa, atrayendo el hervor disperso de los desesperados y llevándolos a un acto revolucionario para justificar después una represión violenta que dé a la burguesía española la sensación de las intenciones aviesas y antisociales del enemigo y, al mismo tiempo, de la vigilancia y de la seguridad del Gobierno.

El plan, como quien dice estratégico, de los sindicalistas no se aclaró completamente. La mayoría de los expedicionarios de Vera no sabían lo que iban a hacer ni tenían una idea clara de la empresa. Se supuso que el propósito era atacar el cuartel de la Guardia civil de Irún y ganar después la guarnición de San Sebastián, que se creía dispuesta a sublevarse.

—¿Qué podía esperar aquella gente sentada en la cerca de la fábrica de Vera? —preguntó el doctor.

—Podía ser este un punto de cita. Quizá alguno les esperaba para llevarles por Arichulegui a Oyarzun y de Oyarzun a San Sebastián.

—Mucho camino es ese para hacerlo a pie gentes de ciudad; además, ellos iban hacia Pamplona.

—Sí, mas para ir a Pamplona a pie la distancia era demasiado larga. Luego se ha sabido que la noche anterior a la entrada de los pistoleros tres hombres con gabardina estuvieron en un prado próximo a la fábrica. Cogieron helechos secos del caserío de Chamburne y con ellos hicieron una hoguera y estuvieron calentándose. Los tres hombres misteriosos esperaron toda la noche, y viendo sin duda que no venía nadie, se marcharon por la mañana en una motocicleta. Algunos han asegurado que estos eran los verdaderos jefes del movimiento. Se dijo también que unos días antes pasó una motocicleta que vino de Irán, con dos hombres.

—¿Esta es la carretera de Pamplona? —preguntó uno de ellos a la puerta de la fonda.

—Sí.

—¿Y el camino de Francia, por dónde viene?

—Por ahí.

—¿No hay otro?

—No.

—Y cruzando el río por ese puente, ¿adónde se va?

—Por ahí se puede ir a la ermita de San Antón y luego a Oyarzun, pero no hay camino más que de herradura.

Los hombres de la motocicleta siguieron hacia Pamplona, y después volvieron. Algunos pensaban si serían los mismos que los que esperaron en el prado toda la noche. También dijeron que en una chabola próxima a las Ventas de Yanci, donde se construye actualmente una electra, estuvieron unos hombres al acecho. El mismo día de la entrada de los sindicalistas preguntaron por teléfono a mi casa: «¿Qué ha pasado ahí en Vera?» Mi mujer explicó lo ocurrido y después dijo: «¿Con quién hablo?» La voz contestó: «Es un amigo», y debió colgar el auricular del teléfono.

—Es misterioso todo esto —dijo el doctor—. Y los periódicos franceses, ¿no han dicho nada?

—Sí, de ellos he sacado algunos datos. Indudablemente el plan era entre anarquista y separatista catalán. El Casal Catalá, de Perpiñán, tenía una asociaciónseudogimnástica y hacía excursiones con aire de marchas militares por los montes hasta la frontera española. Los buenos tartarines con su jefe, por si acaso, no entraban en España.

—¿Y quién es el jefe?

—Dicen que es un militar, catalanista exaltado. Se supone quién es.

—¿Usted le conoce?

—Sí, creo que sí; al menos de nombre.

—¿Y qué cree usted de él?

—Esos hombres que tienen cara de palo, inexpresiva, es raro que sean inteligentes. Quizá este lo sea. Un periódico ha dicho de ese militar catalanista director de la empresa, que el capitán ha abandonado a sus huestes. Este señor, a pesar de sus aires de Don Quijote, parece que en el fondo es un poco Sancho Panza.

—¿Y quién no lo es?

—La Prensa francesa ha hablado estos días de que se han encontrado armas en las montañas de la frontera de Perpiñán. Ha dicho también que ha habido movimiento de gente sospechosa cerca de Port-Bou. Al día siguiente de la entrada en Vera detuvieron a veintiún españoles armados en Perpiñán, procedentes de París, con unas maletas llenas de municiones.

—¿Y actualmente está ya todo tranquilo?

—No, sigue la lucha oscura. En Burdeos el Solar Español, Sociedad benéfico-religiosa, dirigida por un jesuita, se dedica ahora a levantar los pasquines de las calles contra el gobierno dictatorial español, sustituyéndolos por otros en los que se le defiende.

—Y en las ciudades, ¿no había complicados?

—Sí; en Huesca, en San Sebastián y en Zamora se han encontrado algunos supuestos cómplices, que han sido presos.

—Es extraño —murmuró Arizmendi—; a pesar de su primer aspecto de vulgaridad, este asunto es algo misterioso y oscuro. Hay que reconocer que nos pasa el misterio por delante en lo que nos parece más trivial. La aventura de Vera es algo romántico, que parece de otra época.

DESPUÉS DE ESTOS SUCESOS —siguió diciendo don Leandro— comenzó una gran vigilancia en el pueblo. Los guardias civiles rondaban por los montes y por las carreteras. Andaban en grupos de a tres, parejas de a tres, decían en el pueblo. A pesar de su supuesto arrojado de militares, los oficiales de la Guardia civil y de Carabineros marchaban escoltados y con muchas precauciones. El teniente de Carabineros se lamentaba de no haber estado en la refriega y aseguraba que hubiera hecho grandes blancos.

Era un pobre hombre.

Producía un terror absurdo la idea de los pistoleros. Se creía que la intentona se iba a repetir; el cura del hospital pedía al joven Manzanedo, todavía internado allí, que si entraban otros sindicalistas en el pueblo intercediera para que no le hicieran daño a él, porque se había portado bien con el herido.

Por entonces, de noche se apagaba la luz en el barrio de Alzate; se dijo que se ponían alambres de árbol a árbol y tablones para interceptar la carretera.

Días después un chico mío llevó unos cohetes a la huerta un domingo, y para que no hiciera una tontería, yo los disparé todos. La Guardia civil se me presentó alarmada, diciendo que esta era la señal que tenían que dar los carabineros si aparecían de nuevo los sindicalistas. Casi estuvieron a punto de prenderme.

Tuvimos también la visita del señor obispo. El obispo, con la mitra en la cabeza, se puso a perorar con furia desde el altar, ensalzando a los guardias porque pelearon por el rey, por la patria, por la familia: por todo lo que le aseguraba a él un buen sueldo y un buen palacio en nombre de Cristo, que, al parecer, no tenía ni sueldo ni palacio.

También estuvo el capitán general de la región, con su bigote, sus patillas y su pecho abombado lleno de condecoraciones. Preguntó dónde estaba la tumba de los civiles muertos. Fue al cementerio y, quitándose la gorra, pronunció un discurso enfático, dirigiéndose sin duda a los manes de los muertos y prometiéndoles venganza.

En su discurso fúnebre y melodramático tenía como auditorio al médico, al sacristán y al enterrador.

Al principio, como es lógico, todo el mundo ha desautorizado a los de Vera. Los emigrados republicanos de París dicen que no tienen nada que ver con ellos, y es verdad.

Se afirma que uno de los emigrados asegura que no son más que unos bandidos.

Este señor cree que por la violencia no se puede acabar con la Dictadura. Únicamente las palabras y los sonetos la derribarán. Las palabras serán como el

«Sésamo ábrete» de *Las mil y una noches* para echar abajo a este Gobierno militar.

AL ACABAR DE CONTAR don Leandro al doctor lo ocurrido, Arizmendi preguntó:

—¿Y qué pasará?

—La acusación pide tres penas de muerte. El Consejo de guerra, por lo que me han dicho en Pamplona, está inclinado a la benevolencia. La muerte de los guardias se verificó a oscuras, en una noche negra, y es absolutamente imposible averiguar quién mató y quién no mató; pero me han asegurado que se sabe a ciencia cierta que, aunque la sentencia sea absolutoria, el capitán general de la región no prestará su conformidad.

De este modo el fallo del Consejo de guerra no va a servir para nada. El juicio sumarísimo se verifica contra cuatro de los procesados. Pablo Martín, Enrique Gil, Santillán y Vázquez Bouzas, por considerar que los han cogido *in fraganti*, lo que no es cierto. Las declaraciones que hay en contra de estos hombres son de los mismos compañeros. Contra Pablo Martín ha declarado uno de los presos, diciendo que se ensañó con los civiles, y otros dos encartados aseguran que le vieron disparar sobre la pareja. De Gil Galar afirma un joven que iba con él que le vio entre los que disparaban, y como tiene una herida detrás de la oreja, se cree que es de bala o del machete del fusil de Ortiz. Respecto a Santillán, un jovencito de dieciocho años dice que el exguardiacivil era el cabecilla durante la marcha y que fue él el que amenazó a los remolones con una pistola. La realidad es que no se sabe quién era el jefe, si es que había jefe, ni quién mató a los guardias civiles.

El doctor Arizmendi veía que Acha se mostraba muy condolido por la suerte de aquellos aventureros y manifestaba ideas contrarias a las represiones violentas.

Habían bajado la cuesta desde el alto de Velate hasta Mugaire; iban ahora por la carretera cruzando el valle de Bertizarana. La niebla se había echado encima; comenzaba la lluvia menuda.

Al llegar a Vera, don Leandro dijo al médico:

—Si quiere usted venir a mi casa a comer, me dará usted una gran satisfacción.

—Muy bien, iré. ¿A qué hora?

—A la una.

Efectivamente, después de visitar a su enfermo, Arizmendi se presentó delante de Olazar.

Como estaba a un paso del caserío de Errotacho, se acercó a él y habló con la madre de Margot.

La Juana-Mari le recibió con gran amabilidad.

—¿Qué dice Margot? ¿Está contenta en Pamplona? —le preguntó.

—Sí, muy contenta.

—Es un poco *zakarra* ('brusca').

—No, no.

—Sí, téngala usted a raya, porque es muy atrevida y muy *gormanta*.

Esta palabra fronteriza, adaptación de *gourmande* (golosa), no quería decir, en boca de la Juana-Mari, que su hija fuera comilona, sino que era audaz y ansiosa.

La Juana-Mari habló de los sucesos ocurridos últimamente en el pueblo con tristeza y como si le preocuparan mucho.

Después Arizmendi volvió a Olazar.

—¿Va usted a marcharse en seguida? —le preguntó don Leandro—. Tiene usted mal tiempo.

—¡Qué voy a hacer!

—Si quiere usted, se queda. Duerme usted aquí y se va usted mañana por la mañana.

—Bien, me parece bien.

—Meta usted el auto dentro del portal. Puede usted avisar a casa por teléfono.

—Muy bien.

Don Leandro llevó al doctor a su despacho. Don Leandro habló de cómo se olvidaban en aquellos pueblos fronterizos vascos la cantidad de acontecimientos de que habían sido teatro. De tantos encuentros, incendios, muertes e invasiones no quedaba el menor recuerdo, y la gente creía que allí no había ocurrido nunca nada. A esto contribuía el poco sentido histórico del vasco, el idioma ya anquilosado y casi muerto y la absorción de todo el espíritu por el pragmatismo católico, que esterilizaba la fantasía y les hacía no pensar ni en el pasado ni en el porvenir.

—¿De aquí se ve el sitio por donde entraron los pistoleros? —preguntó Arizmendi.

—Sí.

Don Leandro abrió el balcón de la biblioteca. La tarde estaba húmeda y templada.

—Mirando desde este balcón al Norte —dijo— no se ve más que lo que abarca esta cañada. Si se abarcara el trozo de frontera del término municipal del pueblo, se verían primero, a la izquierda, las estribaciones del monte Cigorriaga, que los franceses llaman Comissari, con el pico de Mándela; luego, el alto de Ibardin, por donde pasa la carretera de San Juan de Luz; después, Erenzu, monte de los Emigrados; luego, este alto que tenemos delante y una serie de colinas de poca elevación, con nombres antiguos en vascuence y nombres modernos castellanos que les han puesto los carabineros. Entre el alto de Ibardin, por donde pasa la carretera y Larrun, tiene usted la peña Armala, Gartzña (Peña Rata), Ladronarri, Lizanavarra (Peña del Águila), pico Suisiaga, Larrunchipi y la peña de Muguerre. Entre estas hay pasos que se llaman Erdicomuga, Usateguieta (portillo de Napoleón), Ardizaco, Concorra y Siscoicha. Al otro lado de Larrun, debajo de Muguerre, está el paso de Landagainta. Los sindicalistas entraron por Usateguieta, por el portillo de Napoleón, que de aquí no se ve. Por el mismo sitio pasó Mina hace cerca de cien años. ¡Cómo se

repite la historia! —siguió diciendo don Leandro—. En 1830 Fermín Leguía se acercó al convento de Capuchinos de este pueblo con sus sublevados. En el convento estaban encerrados los carabineros. «Alto, ¿quién vive?», le preguntaron. «Somos liberales», contestó él, y comenzó el fuego.

Entonces también, mientras los liberales se acercaban a la frontera había un policía que les vigilaba; el por entonces célebre José Manuel Regato.

—Todo se repite automáticamente.

—En el mismo lugar donde los sindicalistas bilbaínos atentaron contra el gerente de Altos Hornos, don Miguel Gómez, mataron en plena Edad Media, en tiempo de la lucha de los banderizos a un jefe, según cuenta Lope García de Salazar en su libro de las *Buenas Andanzas y Fortunas*. El caballero tomó por uno de los caminos que va de Castrejana a Bilbao y sus escuderos fueron por otro. Al llegar al encuentro de los dos caminos, los hombres de armas esperaron, y viendo que su señor no llegaba, retrocedieron por el otro camino y hallaron al caballero muerto a saetazos y a lanzadas. Es la vuelta eterna de la historia.

—Es bonito este paisaje; idílico —afirmó Arizmendi.

—Un poco triste, sobre todo para gentes de tierra llana y soleada.

Arizmendi habló de que antes de ir a Olazar estuvo en Errotacho con la Juana-Mari, que le pareció muy preocupada.

—Es una buena mujer —dijo don Leandro—. ¿La conoce usted?

—Sí, hombre; ya le he dicho a usted que tengo una hija suya de niñera en mi casa. Es gente muy simpática.

Don Leandro quedó visiblemente preocupado, y después dijo:

—Ya que me habla usted con simpatía de estos vecinos de Errotacho, le voy a hacer a usted una confidencia, por si puede usted dar un consejo en beneficio de esa familia.

—Hable usted.

—Tengo que decirle a usted que a ese hijo de la Juana-Mari, que ha tomado parte en la aventura de los sindicalistas, lo tengo aquí encerrado en casa.

—¡Demonio! ¿Qué me dice usted? ¿Se refiere usted a ese Manish de que me ha hablado?

—Sí; luego, si quiere usted, hablaremos con él, y usted, que tiene un criterio más tranquilo y más frío, podrá darme un buen consejo.

—¿Y cómo ha sido el traerle a esta casa?

—Manish, el hermano de Margot, es un poco loco, muy aficionado a leer y a enterarse de las cosas. Se destaca entre sus hermanos por su curiosidad. Cuando trabajaba de obrero en la fábrica de aquí, muchas veces cogía la bicicleta e iba a la muga a hablar con los franceses. Por su carácter ligero le llaman «Cashcarin». Como era un poco alborotado, una vez protestó de la paliza que le dieron los guardias civiles a un amigo suyo y con este motivo lo llevaron a Pamplona, lo procesaron y hasta creo que le dieron algunos golpes. Manish se exaltó con el castigo, marchó a

Francia, se quedó en San Juan de Luz de obrero y se hizo amigo de los sindicalistas. A «Cashcarin» le ha perturbado la vida su curiosidad y su novelería. «Cashcarin» es un hombre imprevisor, capaz de liquidar en un par de horas el jornal de quince días. Tiene una imaginación confusa que lo aumenta todo y le da proporciones exageradas. «Cashcarin» siente un gran entusiasmo por la violencia y por la lucha, entusiasmo más bien platónico que real. No es un impulsivo, y menos un hombre tenaz. Sus decisiones se convierten en barullo y en palabras, y no pasan de ahí. Hace tiempo en San Juan de Luz se encontró con un obrero, antiguo compañero suyo, que trabaja en un taller de París. Este obrero estuvo enfermo y le dieron licencia por un mes. Manish le preguntó si se pasaba bien en París; el otro le dijo:

—Para una temporada corta, no está mal; luego es pesado.

—Pues yo ya iría.

—Si quieres, me puedes sustituir a mí este mes en el taller; yo te pago el viaje. Allí te pagarán mi jornal.

Manish va a París a sustituir al compañero; trabaja en el taller, frecuenta la Casa Comunal, que debe ser anarquista; hace allí conocimientos con unos y con otros y se compromete. Es chico joven, simpático, exaltado y se deja llevar por la corriente.

La primera hazaña anarquista de Manish, que me ha contado él mismo, es una encerrona que dieron a un confidente.

Poco después, o por el mismo tiempo que él, se presentó en la Casa Comunal un tipo enterado de muchas cosas, que dijo era escultor y que había trabajado en Madrid, en Barcelona y en Sevilla. Se llamaba Emilio Ferrer, tenía carnet de sindicalista, y el Comité de los Treinta le consideró como una gran adquisición. Pronto vinieron las desconfianzas. El Comité consultó a Barcelona, y de allí contestaron que, por las señas, el Emilio Ferrer podía ser un confidente llamado Manuel Fernández (a) «el Señorito».

El tal Fernández, a quien he conocido yo en Hendaya, es un hombre moreno, pálido, con una cabeza pequeña de serpiente sobre unos hombros anchos. Tiene la cara cuadrada, los pómulos acusados, la nariz carnosa y torcida, la boca de labios gruesos y los ojos brillantes. Es un hombre con algo de reptil.

El supuesto Ferrer dijo que trabajaba como modelista en una fábrica de Clignancourt y que vivía en un hotel próximo. Los del Comité mandaron gente a enterarse. Ni trabajaba ni vivía en el barrio.

Fernández (a) «el Señorito» recibía órdenes directas de Madrid; alguna vez, muy de tarde en tarde, iba a la Embajada española. Se averiguó que el confidente vivía con una mujer de Perpiñán, una tal Sara, llamada «Sara, la rubia». Esta mujer, manicura, tanguista y modelo de pintor, era ya vieja, fondona, con la cara muy pintada y el pelo oxigenado, que en la raíz, cerca del cuero cabelludo, se veía muy negro.

Dos individuos del Comité, Matías Gil y Ramón Recasens, dieron el encargo a Manish y a otros jóvenes obreros que hablaban el francés de espiar al «Señorito». Como habían de perder tiempo en ello, les pagarían el jornal. Los encargados de la

vigilancia fueron Manish, «el Lampista» y «el Zamorano». Los tres de acuerdo, siguieron al confidente durante varios días, una vez uno, otra vez otro.

«El Señorito», al salir de la Casa Comunal, casi todas las noches tomaba el Metropolitano en la estación del Combate, llegaba a la taberna de París, en la plaza de la República, se reunía con su mujer e iban andando los dos hasta la esquina de los grandes bulevares con el de Sebastopol; allí tomaban el Metro de nuevo y marchaban a la orilla izquierda.

No siempre hacían la misma combinación, sin duda por prudencia. Algunas veces la mujer, «Sara, la rubia», esperaba al «Señorito» en un café de la plaza de la Bolsa y de allí tomaban un autobús y cruzaban París hasta el final de la calle de Vaugirard.

Les faltaba a los sindicalistas averiguar dónde bajaban y en qué casa entraba la pareja. Para esto prepararon un plan de campaña, teniendo en cuenta la natural suspicacia del confidente, acostumbrado sin duda a ser vigilado y espiado.

Manish y «el Lampista» o «el Lampi», se estacionaron en una taberna de la calle de Vaugirard y desde la plaza de la República o desde la plaza de la Bolsa les dirían por teléfono si «el Señorito» tomaba el tranvía o el autobús.

Efectivamente, a las doce les avisaron. A las doce y media bajaban del autobús «el Señorito» y «Sara, la rubia», y tomaban por la calle de la Procesión.

«El Lampista» y Manish marcharon tras ellos, y antes de la plaza Falguiere les vieron entrar en un hotel pequeño, aislado, entre dos callejuelas. Siguieron adelante los obreros y volvieron a la media hora a examinar la casa.

Era un hotelito pobre, de dos pisos, uno bajo y otro alto con un taller de pintor. Un jardincillo con el ancho de la casa, de tres metros de profundidad, se extendía por delante de la fachada. Por otro lado había un jardín sin árboles. Los dos jardines se hallaban limitados por la tapia, bastante alta. Cerca, en la otra acera, se abría una callejuela, la calle Cervantes. Era imposible olvidar el lugar. «El Lampi» y Manish, al día siguiente, comunicaron sus observaciones al Comité, quien envió a otro afiliado para que siguiera la investigación.

Este confirmó las noticias. Al «Señorito» le conocían en el barrio por «el Español». De día no salía de casa, trabajaba en el taller y en el jardín; se hacía él mismo la comida. De noche iba a buscar a «Sara, la rubia» a los cafés y algunos *music-halls*, donde tenían los dos entrada libre.

Respecto a la casa, estaba bien defendida: los balconillos con persianas de hierro, las ventanas con cierres metálicos corredizos y la puerta de la tapia y de la entrada con barras sólidas y fuertes. El punto más asequible para entrar era el taller. En un ángulo la tapia del jardín casi tocaba con la esquina del hotel y desde el alto de la tapia al balconillo del estudio habría lo más tres metros.

—Cualquier noche de estas hay que ir a casa de ese tipo y darle un susto, y, si se puede, quitarle los papeles —dijo Recasens—. ¿Quién se encarga de eso?

—Yo —contestó «el Lampi».

«El Lampista» escogió como compañeros a Manish, a «el Zamorano» y a un

francés melenudo, a quien llamaban Chemineau, especialista en desvalijar casas.

Chemineau era un hombre jovial, de esos parisienses ligeros y chistosos que tienen una frase burlona para todo. Para él, hacer un chiste ingenioso era lo trascendental. Siempre que había ido delante de un juez o a un juicio oral se había lucido con alguna ingeniosidad, que hacía reír al público. Conseguido el éxito, la cárcel le importaba poco.

Los cuatro compinches marcharon después de comer, vestidos como obreros que van al trabajo, a una taberna de la calle de la Procesión, y estuvieron delante del escaparate, jugando a las cartas.

Antes del anochecer vieron pasar al «Señorito» y luego a «la Rubia». Una hora después Manish salió y llamó en el timbre del hotel. Esperó; no apareció nadie.

Entonces salieron los cuatro de la taberna, se apostaron en la esquina y uno tras de otro subieron la tapia. El francés Chemineau sacó del bolsillo de la chaqueta una cajita de hoja de lata y de ella una bola de pez. Calentó la pez en la mano y echándola el aliento la volvió a la caja. Después tomó el bastón de atracador profesional, que se podía alargar como un antejo antiguo, enredó una cuerda y la sujetó en el barandado del balconcillo del taller. Luego subió por la cuerda y se agarró al hierro del balcón, descerrajó la persiana, la abrió, pegó la bola de pez en el cristal, lo cortó con un diamante, pasó la mano y dejó abiertos los balcones.

—Ahora podéis pasar —dijo.

Los cuatro subieron al taller. Chemineau cerró la persiana y las vidrieras. Encendieron una linterna eléctrica. El taller estaba cerrado; descerrajaron la puerta y por una escalera descendieron al piso bajo.

Este era pequeño, tenía comedor, despacho, cocina, despensa y dos alcobas. Se echó el cerrojo por dentro por precaución.

El comedor tenía un papel amarillento con unas pastorcitas y barcos. En algunos rincones estaba húmedo y despegado. En la pared había una chimenea de mármol blanco; encima de ella un espejo, en el hogar un cestillo de hierro para carbón de piedra. Era una habitación de pequeño burgués francés. Pasaron a una alcoba. Esta era elegante, con un papel con rosas, una cama grande, baja, y un tocador lleno de frascos. En el tocador había un arsenal de maquillaje, lápices y tubos para pintarse; pulverizadores, cajas de polvos de arroz y frascos con diversos perfumes. En un armario, tapado con una cortina de cretona, había varios trajes distintos: de obrero, de señor elegante y de cura. Sin duda «el Señorito» se disfrazaba para sus espionajes.

«El Lampi» y Manish se acercaron a la mesa del despacho, registraron los papeles e hicieron un paquete con ellos. Chemineau y «el Zamorano» inspeccionaron la cocina y la despensa y volvieron al comedor con un pastel grande y varias botellas bajo el brazo. Chemineau encendió la luz eléctrica.

—Si viene, le diremos al «Señorito» que es una broma de compañeros sindicalistas —dijo.

Se sentaron los cuatro a la mesa, cada uno con la pistola al lado del plato, y

comieron y bebieron hasta hartarse.

«El Lampi» dio la orden de marcha. La puerta de la casa y la de la tapia tenían cerraduras fuertes, pero Chemineau las descerrajó con facilidad. Al salir a la calle, pasaban dos gendarmes por la acera. Chemineau, volviéndose hacia la puerta del hotel, dijo, como dirigiéndose a los que quedaban:

—*Au revoir messieurs et dames.*

Los cuatro fueron a la otra orilla a ver a los del Comité y a entregarles los papeles del confidente. «El Señorito» no apareció ya por la Casa Comunal.

Manish sin duda pensó que su vida iba a ser así, una vida de capricho y de fantasía.

Por entonces llegó a París su amigo el obrero, ya repuesto de su enfermedad. Manish no tenía trabajo y decidió volver a San Juan de Luz.

Los sindicalistas, al proyectar su plan sobre Vera, le avisaron y le llamaron. Como él es un poco fanfarrón aceptó.

Acompañó a los sindicalistas en su entrada en el pueblo y tuvo la mala suerte de que al pasar por la esquina del barrio de Alzate le reconociera una vieja desde su ventana, que dijo después a todo el mundo que «Cashcarin», el de Errotacho, venía con los sindicalistas.

Al terminar la refriega, cerca de la fábrica, Manish escapó y antes de amanecer estaba en su casa. Pensó en marchar inmediatamente a Francia; pero la noticia seguramente había corrido ya y supuso que habría gente apostada en la carretera, en los caminos y en las mugas para detener a quien quisiera escaparse. Salir era peligroso y quedarse era más peligroso aún.

Entonces la Juana-Mari, su madre, le dijo:

—Métete en la huerta de Olazar y espera allí.

Se acercaron por el camino a esa pequeña terraza de mi huerta que ve usted allá. La Juana-Mari, valientemente, le dijo:

—Súbete encima de mí.

El mozo subió sobre los hombros de su madre, pasó a la terraza y de la terraza por el cable del pararrayos a este balcón. La madre va a su casa, cierra la puerta, y por la mañana la Guardia civil pregunta por el chico. La Juana-Mari contesta con diplomacia. No le ha visto, no cree que haya venido a España. Una hora después se pone a lavar la ropa aquí cerca de casa. Ve a nuestra muchacha y le dice: «Falta una sábana, ¿sabes?; díselo a la señora.» Acude mi mujer y le cuenta en vascuence lo ocurrido. Mi mujer encuentra en el balcón al muchacho y lo conduce al desván. Por las tardes y por las noches le llevan la comida y ahí está. La vigilancia todavía no cesa y yo no sé cuándo le podremos sacar a ese chico de su rincón. Por otra parte, él empieza a mostrarse impaciente y me temo que quiera hacer alguna tontería.

—Vamos a verle —dijo el doctor.

El desván de Olazar era un desván enorme, con un maderamen de postes y vigas gruesas que sostenía el tejado. Entrando en él hubiera podido pensarse que se estaba

en la bodega de una vieja fragata, con su armazón y sus costillas de madera. En el techo se abrían varios tragaluces y por entre las tejas se filtraba la claridad del día. Colgaban de las vigas trenzas de mazorcas de maíz.

A un lado se levantaba una muralla de heno y detrás de la muralla, escondido, se encontraba Manish. El muchacho estaba tranquilo y alegre. Tenía sobre las piernas tres crías de gato, mientras la gata madre comía. «Cashcarin» cuidaba de la prole gatuna con gran cuidado.

Al doctor Arizmendi le recordó el joven a Margot; se parecía a ella, tenía también cierto aire salvaje, alegre e inconsciente. Parecía tomar a broma su situación.

—¿Pero cómo has podido intervenir en una cosa tan burda? —le preguntó Arizmendi.

—Yo no me arrepiento, no me arrepiento. ¡Qué se va a hacer! Lo hecho, hecho está. Me he tenido que esconder. Gracias a don Leandro me he salvado hasta ahora, pero yo no quiero que don Leandro viva así, con esa zozobra, y me voy a marchar.

—Si te haces prender, va a tener más zozobra todavía. Ya pensaremos la manera de escapar de la trampa. Ahora hablemos. ¿Tú crees que esta gente que os impulsó a entrar aquí iban de buena fe?

—La mayoría sí. Algunos, quizá, no.

—¿Qué era lo que os unía?

—La idea de hacer la revolución.

—¿Qué clase de revolución?

—¡Toma!, la revolución social.

—¿Es que sois socialistas?

—No; somos sindicalistas.

—Entonces, ¿casi anarquistas?

—Sí.

—Es decir, anarquistas sin la etiqueta terrorista. Anarquistas con cuello de camisa planchado. Naturalmente, estaréis en contra de los socialistas, que quieren un Estado fuerte; vosotros no lo querréis, ni fuerte ni débil.

—Es verdad.

—Pero ¿hay también comunistas anarquistas?

—Sí, casi todos.

—Entonces, ¿qué diferencia esencial encontráis entre ser socialistas y anarquistas?

—Primero, que nosotros no queremos el despotismo comunista.

—No basta que no lo queráis. La cuestión es saber si el comunismo vuestro se puede realizar sin medidas despóticas.

—Nosotros creemos que sí.

—Segunda razón que os separa de los socialistas.

—La segunda razón es que los socialistas tienen muchos planes y hacen poco para conseguirlo. Nosotros tenemos menos planes, pero queremos realizarlos.

Nosotros no queremos tener delegados o representantes, ni reclamar al Estado; somos nosotros mismos los que debemos hacer las cosas.

—La acción directa —dijo el doctor Arizmendi.

—Sí, la acción directa. Los sindicalistas no queremos ayuda de nadie —siguió diciendo Manish—. Lo que se tenga que hacer lo haremos nosotros y los peligros que se tengan que correr los correremos también nosotros. La cuestión es nuestra y es lógico que queramos resolverla nosotros sin intermediarios.

—¡Hombre, eso no! —repuso el doctor—. No es solo vuestra, es de todos.

—Nuestra y de nuestros enemigos —contestó Manish.

—¿Y no te entró alguna vez la sospecha de que estas teorías sociales, que te las daban como absolutas, podían no serlo tanto? —preguntó Arizmendi en broma.

—No.

—¿El ser vasco no te retenía? —preguntó don Leandro.

—¿Por qué me iba a retener?

—¡Qué sé yo! A un vasco, y a un vasco campesino, yo no lo considero como a un obrero.

—No sé por qué no.

—Será un error, pero así me parece.

—A mí también —dijo Arizmendi.

—Pues están ustedes equivocados.

—Los que más os hablaron, ¿fueron los que entraron aquí? —siguió preguntando el doctor.

—No todos; había algunos que presumían mucho y que, a pesar de ello, se quedaron en Francia. También uno que llamaban Max y otro a quien decían «el Pamplonés», que algunos sospechaban que eran del Sindicato Libre de los pistoleros de Barcelona, no aparecieron.

—A ti, ¿quién te convenció?

—Yo, como ya le habrá dicho a usted don Leandro, estuve hace unos meses en París y me hice amigo de los sindicalistas en la Casa Comunal.

—¿Y quiénes eran allí los más exaltados?

—Los que se mostraban más furiosos contra la Dictadura y contra el rey eran Ascaso, Durruti,

Recasens, Jover, Matías Gil. También hablaba con mucha exaltación un tal Pérez Jordán, «Teixidó», que iba y venía con frecuencia de Barcelona a París.

—¿Y al preparar el movimiento te avisaron?

—Sí.

—¿Quiénes?

—Me escribieron de París Gil y Recasens para que buscara gente. Yo hablé a un tal «Piperra», que, a pesar de su apodo vasco, es burgalés. Es un hombre pequeño y rechoncho y muy exaltado. Trabaja como peón de albañil y creo que ha debido ser preso. Hablé también a un conocido de Urruña que llaman «Chatua». Luego vino a

mi casa, a pasar la noche, un tipo raro vegetariano, a quien llamaban de apodo «Robinsón», «el Lunático» y «el Peregrino», y que andaba con un perro. A este le había conocido en París.

—He oído hablar de él —dijo don Leandro—. ¿Qué clase de tipo es?

—Es un tipo raro. Anda siempre harapiento, con unos bramantes atados en los pantalones; lleva barba y melenas. A mí me dijo que su padre había sido maestro de escuela en un pueblo de Castilla. Que él vivía en el pueblo, hasta que un día le entró la murria y se fue por los caminos, porque no podía estar quieto. Le entraba gran tristeza dentro de las ciudades y, en cambio, se le curaba en los campos y en los bosques contemplando el cielo y las estrellas.

«Robinsón» estaba acostumbrado a dormir en los bosques, en las canteras, en los montes de hierba y de paja.

—Es un caso de melancolía errabunda —dijo Arizmendi.

—Robinsón, «el Peregrino» ha andado por España, por Francia y por Alemania vendiendo rosarios, y al comenzar la guerra cayó en París en una barriada obrera de españoles y allí se quedó como maestro a enseñar a los chicos a leer y a escribir. «Robinsón» tiene mucho entusiasmo por la Naturaleza, y cuando habla de los pájaros, de las nubes y de las estrellas casi se pone a llorar.

—Es un loco.

—Sí, para la mayoría de la gente es un loco.

—¿Para ti no?

—A mí me ha parecido un hombre inteligente y lógico. No hay en él nada que pueda llamarse raro. Lo raro en él quizá sea que no toma en cuenta la opinión de los demás. La considera como ruido, como una fantasía sin importancia.

—Pues es un lo

—No sé. De «Robinsón» se contaban cosas un poco fuertes. Se decía que había tenido amores con su hermana, por pura piedad, por verla fea, desdichada y sin que nadie se ocupara de ella. «Robinsón» era indudablemente capaz de esto. Él tenía su moral, que no se parecía en nada a la de los demás. «Robinsón» me decía: «Los animales son más razonables que el hombre. Hacen muchos menos disparates». Yo a esto le contestaba: «Entonces las piedras son más razonables aún, porque hacen menos disparates todavía». «Robinsón», muchas veces, cuando veía una vaca tranquila, solía exclamar: «Y pensar que un hombre lleno de rencores quiera compararse con uno de estos animales pacíficos». «Robinsón» decía que desde el principio, desde que le hablaron por primera vez de la expedición de Vera, comprendió que tenía que ir en ella. Una voz misteriosa le decía todas las noches: «¡Adelante!»

—Nada, que era un pobre hombre, un perturbado —dijo el doctor—. Y dejando eso, ¿tú llevabas pistola?

—Sí.

—¿La usaste?

—No.

—¿Te pagaron a ti algún dinero?

—No. A los que vinieron de París parece que les dieron quinientos francos a cada uno, y a los que fueron a Perpiñán les prometió muchas cosas un militar catalanista.

—¿Dónde os dieron las pistolas?

—A algunos se las debieron de entregar en la plaza de San Juan de Luz, a otros nos las dieron en el monte, cerca de la muga 18.

—¿Llevabais alocuciones?

—Sí.

—¿Quién las hizo?

—Las alocuciones las imprimieron en París. Traían muchas en paquetes atados con cuerdas y en los morrales.

—¿Había jefe?

—No, no había jefe, aunque para la marcha sí los hubo. Cada uno tenía sus partidarios y su ascendiente. Pablo Martín y Santillán fueron los que se impusieron durante la marcha. Uno que llamaban «el Cristo» influía en los suyos; Naveira parecía muy decidido.

—¿Qué tipos iban?

—Estos que son conocidos y están presos. Santillán, Sánchez, Manzanedo, los demás. Algunos yo casi no los conocía, porque no los había visto más que de noche. A otros los conocía de París. Allí había hablado con Manzanedo, con Pablo Martín Sánchez, que decían que no se llamaba así; con Naveira, con «el Cristo» y con «Robinsón». Conmigo vinieron hablando al entrar aquí, uno que tenía un ancla azul tatuada en la mano que trabajaba en el taller de los automóviles Renault, en París, y un chico riojano de Elciego.

—¿Pero viste a todos los demás y hablaste con ellos?

—Sí.

—¿Eran tipos raros?

—Sí. Había tipos raros, como ese melenudo al que apodaban «el Cristo». «El Cristo» gastaba melena, perilla, chalina negra, llevaba el pelo peinado a lo Nazareno, era hombre pálido y enfermizo. «El Cristo» había ido de Villalpando a París y había vivido en Montmartre de pintor de brocha gorda. Algunos lo tenían como jefe, sobre todo sus amigos parisienses. Decían que se carteaba o se había carteadado con Kropotkin y Malato. También era un tipo raro Enrique Gil, que está preso. Era un pequeño bizco y greñado, muy impertinente y un tanto repulsivo. Acusaba a los demás de flojos y de cobardes: «Tengo ganas de tumbar a un Guardia civil», dijo varias veces. «¿Qué va a hacer ese tipejo ridículo? Es un voceras», decían otros, porque ya había rivalidades y celos entre ellos. Galar había tenido riñas con los otros anarquistas en París, y pretendió ir a Rusia, pero no pudo. Gil Galar fue el que sacó los billetes en la estación de París; cuando salieron los expedicionarios repartió armas y municiones y tomó parte en la lucha de la carretera, disparando y lanzando gritos y

amenazas.

—¿Y vuestra entrada fue fácil?

—Cuando partimos del campo de golf de San Juan de Luz estaba muy oscuro. Poco después salió una hermosa luna; algunos iban cantando la Internacional. Otros gritaban: «¡A España, camaradas! ¡A España! ¡Viva la revolución social!» Íbamos en grupos de diez hombres. Cada grupo tenía su jefe por el temor de que alguno se desbandase o huyera.

Llegamos a Oleta, al barrio bajo: dos o tres se pararon delante del juego de pelota y estuvieron leyendo el letrero que tiene: «Maison Landabururtia. Jean Laralde, 1783». Se burlaron de lo largo de los apellidos vascos.

Entramos en la taberna; la mayoría pidió vino, cerveza y aguardiente. Había varios vegetarianos y al mismo tiempo antialcohólicos. Estos pidieron fruta, pero no la había. Entonces dijeron que les trajeran agua con azúcar, lo que hizo reír a todos.

Uno de estos vegetarianos, «Robinsón», el que estuvo en mi casa, dijo tartamudeando que el hombre que comía carne era peor que un criminal, y que a él el coger una manzana para comerla le daba una gran tristeza. Sin embargo, la comía, aunque sin mirarla, para no sentir pena de destruir una obra maestra.

Los demás dijeron que esto era una locura. «Robinsón» estaba preocupado pensando si se oirían ruiñeños durante la noche, al avanzar hacia Vera. Yo hablé de los jabalíes que había ojeado con mi hermano.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó el tabernero de Oleta, que sabía algo de español.

—Vamos a cortarle la cabeza al rey de España —contestó uno.

—Pues buena suerte.

Mientras se hablaba y se bebía, uno a quien conocía de París y al que llamaban «el Lampista», sacó papel y una pluma estilográfica y se puso a escribir una carta para un amigo de la Casa Comunal de allí; nos la leyó; terminaba diciendo: «Vamos adelante a entrar en España, a dar el gran golpe. ¡Viva la revolución social!» Firmaba con su apodo. Al franquear la frontera la luna se ocultó y comenzó a lloviznar. La noche se puso negra como la tinta y no se veían los dedos de la mano.

Algunos grupos se volvieron, pensando que la expedición no tomaba buen carácter; otros dijeron que tenían malo el cuerpo y se retiraron y luego echaron a correr monte abajo.

Un guía propuso que nos dividiéramos y fuésemos unos grupos por el portillo de Napoleón y otros por el camino que marcha por el portillo del Águila (Ardizaco) y baja al barrio de Illecueta. Sánchez se brindó a dirigir el grupo.

Se discutía la cosa, pero a lo último se decidió que siguiéramos todos juntos. El guía principal al llegar delante de Itzea se volvió a Francia.

—Vamos a ver sitios y horas de la expedición —dijo el doctor—. Salisteis por la tarde de San Juan de Luz. ¿A qué hora?

—A eso de las seis nos encontrábamos en el campo de golf de la Nivelles; a las nueve, en la taberna de Oleta; a las diez de la noche estaríamos en la regata de Inzola;

a las once se repartieron las pistolas y comenzamos a bajar a España. A las doce pasaríamos por el barrio de Alzate; a la una estábamos en la tapia de la fábrica; a la una y media fue la lucha, y desde entonces hasta la mañana la escapatoria.

—¿Había entusiasmo?

—Sí, había entusiasmo; al salir, sobre todo. La gente no estaba cansada, pero pronto el entusiasmo se enfrió, decayó y vino el desaliento. Algunos de los que parecían jefes dijeron: «Voy a beber en esta fuente». Se paraban y no aparecían. Entonces fue cuando Santillán comenzó a gritar que al que no siguiera adelante le pegaría un tiro.

—¿Qué objeto teníais al ir a la fábrica de Vera?

—Estábamos desorientados. No sabíamos qué hacer. Allí se sentaron a deliberar, porque yo creo que los jefes que quedaban no tenían ningún plan. Algunos esperaban que se les reuniera otro grupo. La expedición, para la mayoría, tomaba un aire desastroso. Muchos, cansados de marchar entre riscos en medio de la noche y de encontrarse allí solos y sin que se les uniera nadie, comprendían el fracaso. Yo creo que quitando siete u ocho cabecillas decididos, los demás si hubiesen podido se hubieran vuelto a Francia a la carrera.

Estábamos cerca de la fábrica cuando Pablo Martín Sánchez, que había oído pasos, encendió una linterna eléctrica y dirigió la luz por el camino hacia el lado de Vera, por donde se oían los pasos.

Vimos a los dos guardias civiles, uno que amenazaba con el machete del máuser. Entonces comenzaron los tiros, que duraron unos minutos. Se oían gritos y blasfemias, interrumpidos por los fogonazos y las detonaciones. Cayeron los dos guardias civiles y alguno de los nuestros.

—¿Por qué matar así?

—Yo le advierto a usted que no disparé. No conocía la marca de la pistola que me dieron. Estaba cargada, pero puesta en el seguro y no sabía cómo se abría para disparar ni quería ensayar de noche para que no se disparase. Cuando comenzaron los tiros distinguí muy bien a la luz de los fogonazos a Manzanedo, Sánchez, Santillán y Gil Galar, que dirigían la pelea. Los tiros de las pistolas alternaban con los estampidos del fusil del guardia, que disparó cinco o seis veces.

—¿Los vuestros disparaban a quemarropa?

—Sí, creo que el guardia tenía veintidós balazos.

—¿Por qué tanto odio?

—Ese odio lo han provocado ellos. Todos los nuestros contaban palizas, martirios, heridas que habían sufrido en las cárceles de Barcelona, de Zaragoza y de Bilbao por la Guardia civil, por el solo hecho de tener un carnet de sindicalista.

—Es un disparate.

—Sí, no digo yo que no, pero ¡qué se va a hacer! Mientras el domador pegue, el animal morderá.

—Quizá en parte tengas razón.

—Algunos sublevados se metieron en la cantera próxima a la fábrica creyendo que tenía salida, pero yo les advertí que aquello era como una cazuela y tuvieron que salir de allí. Mientras intentábamos retirarnos hacia el puente de Lesaca aparecieron carabineros que nos cortaron el paso y nos echamos al monte.

—¿Así que la refriega fue cerca de la tapia de la fábrica?

—Empezó allí, al lado de la chabola de piedra, siguió enfrente de la cantera y concluyó al lado del abrevadero. Al oír los tiros por el lado de Lesaca, vino la fuga, fue un sálvese el que pueda general. Dos que sirvieron de médicos, uno de ellos Riaño, quedaron más dignamente. Encendieron las linternas, las dejaron en tierra y se pusieron a curar la pierna herida de Manzanedo. Le vendaron como pudieron e intentaron cogerlo en brazos y llevarlo; pero Manzanedo comenzó a quejarse y a pedir que lo dejaran, y lo tuvieron que dejar.

—Y tú ¿qué hiciste?

—Yo intenté convencer a tres o cuatro de que no debíamos separarnos. Les dije que marchando juntos teníamos grandes probabilidades de escaparnos y salvarnos. En vista de que no se ponían de acuerdo, Santillán me dijo: «Esto está perdido. Cada uno que busque la salvación como pueda». «Usted, que es el jefe —le advertí yo—, llámelos usted a todos. Si vamos juntos, nos salvamos; si no, estamos perdidos». «¿Y quién detiene a esos que corren como liebres?» Efectivamente, todos iban huyendo por el monte, a la desbandada. Santillán desapareció. Sánchez, que estaba herido, me dijo: «¿Tú podrías llevarnos al comienzo del camino por donde hemos venido, sin pasar por el pueblo? Estoy herido y no puedo trepar por los montes». «Vamos», le dije.

Un perro se puso a aullar con unos aullidos largos y tétricos, como para dar al sitio y al suceso un aire más triste y de mal agüero.

Sánchez, «Robinsón» y yo tomamos por uno de los lados de la cantera y subimos por la falda del monte de Santa Bárbara. «Kropotkin», el perro del vegetariano, nos precedía. Pasamos por delante de una cueva donde dormía alguien que al vernos echó a correr. Se veían desde allá las luces de la fábrica y las del pueblo. El ruido de la presa cercana resonaba más en la parte alta del monte. No era fácil encontrar el buen camino. Marchamos a campo traviesa, cruzando algunos prados. Pasamos por delante de dos o tres caseríos, donde nos ladraron los perros, y tomamos por un camino hundido como una zanja, lleno de piedras. Había despejado algo, brillaban pocas estrellas y se veía en el cielo el lomo oscuro del monte Larun. Sánchez se lamentaba porque para él cada tropiezo era un dolor. «Robinsón» me preguntaba los nombres de las montañas próximas y si se oía con frecuencia a los ruseñores.

Quiso también que cantara algunos zortzikos, a lo que, naturalmente, yo me negué. «Este es un loco, un imbécil, mascullaba Sánchez, desesperado.» «No hay que alarmarse ni desesperarse —decía “Robinsón”—. ¿Para qué?» Martín Sánchez se lamentaba de la empresa. «Robinsón» no temía ni estaba arrepentido. Volvería a entrar no una vez, sino cien si la voz misteriosa de su espíritu le dijera: «Adelante».

Bajamos por la regata del convento (Conventuco Erreca) a la carretera. Yo me asomé para ver si pasaba alguien. No pasaba nadie. «Ahora seguidme», les dije.

Entramos en el barrio de Alzate y al cruzar las primeras casas tomamos a la izquierda, sin seguir la calle y fuimos por una acera de piedras próxima a un arroyo, hasta venir a la salida del pueblo. «Adiós, y gracias», me dijo Sánchez. «Hasta la vista... Manish... aquí... o en los espacios interplanetarios», añadió «Robinsón» tartamudeando y dándome una palmada en el hombro. Ellos siguieron su marcha. Al dejarlos pensé en acercarme a la muga y pasar a Francia, pero nació en mí la sospecha que me hizo aguardar un momento y pensar qué sería mejor. Estaba cerca de la carretera vacilando cuando oí un ruido de auto; me escondí entre las matas y vi pasar un automóvil que subía hacia la muga. Dentro iban tres hombres a quienes no conocí. Dos de ellos debían llevar fusiles. Estas gentes, me dije, marchan indudablemente a dar el aviso a los carabineros de las mugas para que detengan al que intente salir de España. Llegarían antes que yo. Entonces me decidí a entrar en casa. Mi madre estaba despierta. No sé cómo a las dos palabras adivinó lo que ocurría y me dijo: «Es el médico del Somatén el que acaba de ir al punto avanzado en auto para dar seguramente la orden de que se corra la palabra por las mugas y de que no se deje pasar a nadie». La manera de cómo me metí aquí ya se la habrá contado a usted don Leandro.

—Sí; ahora, ¿qué piensas hacer? ¿Cómo piensas escapar?

—Marchar a Francia por los caminos conocidos es cosa difícil, porque los pasos están vigilados.

Hay mucho guardiacivil y carabinero. Mi madre, que es recadista, ha ido por la carretera y por la regata y en todas las mugas se ha encontrado con más carabineros que de ordinario.

—¿Y por la parte de Biriatu será también el paso difícil? —preguntó don Leandro.

—Por la parte de Biriatu —contestó Manish— es también difícil pasar la frontera, porque los puestos de los carabineros dominan todas las veredas del monte Comiciarri y los senderos que van a buscar el Acozpe, el Licarnan y el alto que llaman los franceses «La Bayoneta». Para ir en esa dirección vale más bajar al Bidasoa y meterse en Francia por Chapitelacoarria.

El doctor dio como terminada la conversación y dijo:

—Ya veremos la mejor manera de que te escapes. Haremos lo que se pueda.

—¡Muchas gracias!

DEL DESVÁN, Arizmendi y Acha bajaron al comedor. Se sentaron a la mesa la madre de don Leandro, su mujer y uno de sus hijos. La madre de Acha, viejecita, blanca y apergaminada, enmudecía. La conversación fue un tanto lánguida, como de personas que guardan un secreto penoso. Don Leandro habló de su futuro libro sobre las fuentes de la historia de Vasconia y se enfrascó en disquisiciones eruditas acerca de los orígenes de Navarra, de Sobrarbe y de los condados y ducados pirenaicos.

Cuando acabaron de comer, subieron de nuevo al despacho de don Leandro. Se sentaron, fumaron en silencio, y de pronto dijo el doctor:

—Yo creo que lo que mejor se puede hacer para salvar a este muchacho es que yo me lo lleve en el auto a Pamplona.

—Pero les pueden detener a ustedes.

—¿Qué vigilancia suele haber por aquí cerca?

—Mucha —contestó don Leandro—. Por la mañana, desde las ocho hasta el oscurecer, tenemos a un policía gordo, valenciano, ahí en ese puente delante de casa. Por la noche viene un grupo de guardias civiles, que se planta en la carretera, y por todos estos contornos andan los carabineros.

—Mañana es domingo, ¿no es eso?

—Sí.

—Llámele usted a Manish.

Bajó el muchacho del desván, y el doctor le dijo:

—Mañana te voy a llevar conmigo a Pamplona; irás como si fueras mi chófer, con su ropa y su gorra. La Guardia civil de aquí no conoce a ese chico que está de chófer conmigo; así que no le ha de extrañar el cambio.

—Pero yo no sé dirigir.

—Yo sí.

—¿Y su chófer?

—Ese tiene sus papeles en regla e irá en tren. Ahora lo que hay que estudiar es la manera de que salgas de esta casa sin que te vea el policía ni la Guardia civil, ¿comprendes?

—Sí.

El doctor se asomó a la ventana.

—Esta noche —dijo—, cuando el policía se haya marchado del puente y no haya venido aún la Guardia civil, sales de casa y te escondes detrás de ese montón de hierba. Eso creo que será fácil de hacer.

—Sí, muy fácil.

—Si llueve, puedes llevar un impermeable para no ponerte como una sopa.

—Lo haré.

—Por la mañana, a la hora en que comienzan los caseros a ir a misa, antes de que el policía gordo del puente esté de guardia, vas a la iglesia próxima. Creo que en este barrio hay una iglesia.

—Sí, la de los Escolapios.

—Entras en la iglesia de los Escolapios y te estás allí quieto rezando.

—No pienso.

—O haciendo como que rezas; es igual. A las nueve menos cuarto te envío yo mi chófer a la iglesia, y en un rincón, donde no os vea nadie, cambias la chaqueta y la gorra con él. A las nueve me presento yo con el auto delante de la iglesia; sales, montas y nos vamos

—Bueno, está bien.

—¿Tienes reloj?

—Sí.

—Pues ya sabes. A las nueve en punto.

El doctor volvió a repetir la explicación, hasta que quedó el asunto en claro y bien remachado. Manish se volvió a su buhardilla. Don Leandro y el doctor siguieron en la biblioteca.

La tarde se iba poniendo oscura, amenazadora. Las nubes se habían metido por el barranco del Bidasoa y teñían el cielo de un color de tinta, morado. Por la ventana se veía cómo las brumas se apoderaban del valle, rodeaban la torre de la iglesia y comenzaba la lluvia de gruesas gotas. El viento agitaba los árboles y producía un rumor de marea. Dentro de la casa ya apenas se veía.

Al hacerse de noche, Arizmendi envió a su chófer a la fonda con instrucciones de lo que tenía que hacer al día siguiente y con la recomendación de no decir una palabra a nadie. Las circunstancias de la escapatoria parecían bien previstas.

Después de cenar, don Leandro llevó a su huésped a un saloncito próximo al comedor y se acercó a un aparato de radio. En el salón ardían gruesas leñas dentro de la gran chimenea. En el guardafuego de hierro se veía un barco en relieve, lleno de hollín, con las velas desplegadas.

—Hermosa chimenea tiene usted —dijo Arizmendi.

—Sí; es uno de mis pequeños triunfos.

—¿Por qué?

—Había aquí una chimenea; pero no tiraba y llenaba de humo el cuarto. Le llamaba al albañil, hacía esta o la otra modificación, y nada. Entonces pedí a mi hermano Fermín que me buscara un libro sobre chimeneas, y encontró un viejo manual francés, que se llama «Caminología o manera de hacer que las chimeneas no den humo», libro de un tal Hebrard, del siglo XVIII, de Dijon. A toda persona a quien conté que estudiaba esto se reía; pero yo he conseguido que la chimenea no dé humo.

La madre de Acha se puso a hacer media cerca del fuego. La mujer, la cuñada y su hijo se sentaron en los sillones.

—Vamos a ver si cogemos algo agradable en la radio —dijo don Leandro.

El altavoz comenzó a dar silbidos y ronquidos como de mal humor.

—Debe haber tempestades en la atmósfera —afirmó el amo de la casa.

De pronto resonó una voz ronca, que recitaba anuncios en francés.

—Esto debe ser Toulouse —dijo don Leandro.

Escucharon un momento; luego se oyeron canciones de *jazz-band*, en inglés, un tanto monótonas.

—¿Pasamos?

—Sí; pasemos.

Sonaron de nuevo silbidos roncros y comenzó a escucharse una voz clara que cantaba en italiano.

—Esto debe ser Milán.

—Hombre, van a cantar «La Gran Vía». ¿Quiere usted que la oigamos?

—Sí, sí.

Don Leandro movió los tornillos y palanquitas del aparato y comenzó a oírse con claridad la zarzuela de Chueca: «El Caballero de Gracia», «La Menegilda», la jota de «Los Ratas», el coro de «Los Marineritos».

—Es lo maravilloso cotidiano —exclamó Arizmendi—. Y ¡con qué aire de alegría lo cantan!

—Sí, lo hacen muy bien. A mí me recuerda el tiempo que fui a estudiar a Madrid. Casi me dan ganas de llorar.

—A mí la «Gran Vía» me trae a la memoria que en Alemania me leyeron un juicio del escritor Nietzsche sobre esa música —dijo el doctor.

—¿La había oído?

—Sí, en Génova o en Venecia.

—¿Y qué decía de ella?

—Decía que el alemán no la podría comprender porque era decadente, civilizada y canalla.

—¡Qué idea! Pues no creo que el maestro Chueca fuese ni decadente ni canalla, sino un buen señor alegre y sonriente.

—¿Usted le conoció?

—Sí, mucho. Solía ponerse al piano en el Círculo de Bellas Artes e improvisaba *chotis* y pasodobles.

—Ya ve usted lo que es la distancia. Nietzsche se lo figuraría como un Petronio de *cabarets* y de *music-halls*.

Cesaron las canciones españolas cantadas en italiano.

—¿Ya se han acabado? —preguntó el doctor.

—Sí.

Don Leandro movió de nuevo los tornillos del aparato, buscando una onda.

—Aquí tenemos Alemania. No sé qué dice.

—Que van a tocar la *Serenata* de Mozart —dijo Arizmendi.

—¿La conoce usted?

—Sí; la he oído en Berlín.

Tocaron sus varios tiempos.

Parecía que se oían los violines y el violonchelo a poca distancia.

—¡Qué admirable! ¡Qué inspiración! —exclamó el doctor—. En Alemania asistí a algunos conciertos clásicos sin darles importancia, pero ahora los recuerdo con nostalgia. A veces pienso en hacer un viaje allá solo para oír música de Bach.

Luego siguió el *Cuarteto en Fa*, de Beethoven; el *Andante* y el *Adagio*.

Cesó la música. Todavía don Leandro quiso prolongar la sesión y pudo coger en su aparato los pronósticos del tiempo de la estación de San Sebastián y, al final de estos, el *Gernikako Arbola*.

—Esto lo tocan en obsequio de usted —dijo en broma.

—Nadie nos impide hacernos esa ilusión —contestó el doctor.

Al ir a despedirse Arizmendi, preguntó a don Leandro:

—El chico, Manish, ¿salió ya?

—Sí.

—Oiga usted, ¿cómo haremos para que la Juana-Mari se entere de que hemos llegado a Pamplona? ¿Telefonaré?

—No, llamará la atención.

—Se puede poner: «El enfermo está bien».

—Tampoco; produciría desconfianza.

—¿Usted recibe algún periódico de Pamplona?

—Sí, *El Liberal Navarro*.

—Bueno; pues si llegamos bien, pondré un pequeño anuncio en tercera plana que diga esto: «Automóvil X3X. Se vende. Dirigirse a la Administración.» Vea usted el periódico.

—Está bien.

Arizmendi entró en la alcoba. Antes de acostarse abrió la ventana. La noche estaba tibia, negra y húmeda. Ya no llovía. Algunas estrellas brillaban en el cielo. El arroyo próximo llenaba con su estruendo la oscuridad y el silencio del campo. A lo lejos se veían las luces del pueblo.

El doctor durmió tranquilamente en Olazar. Manish pasó la noche cerca del montón de hierba; entró, sin que se fijara nadie, en el barrio de Alzate con un grupo de caseros; fue a la iglesia de los Escolapios, cambió la ropa y la gorra con el chófer, y cuando se presentó Arizmendi a la puerta, entró en el auto.

El auto marchó a gran velocidad por la carretera de Alzate a Vera, y al llegar cerca de la fábrica, varios guardias civiles lo detuvieron. Tanto Manish como el doctor experimentaron una impresión desagradable. La parada no tenía importancia. Se trataba de preguntarles si podrían llevar a dos guardias hasta Mugaire. Arizmendi dijo que sí, y los dos guardias subieron en el auto.

—¿No le deja usted conducir al chófer? —preguntó uno de ellos poco después.

—No, porque es joven y un poco imprudente. En estas revueltas no me fío de él. Desde el alto de Velate hasta Pamplona le dejaré conducir.

A la media hora llegaron a la venta de Mugaire; los guardias bajaron y dieron las gracias.

El haber llevado a los dos civiles, les evitó probablemente preguntas de los demás del camino.

Comenzaron a subir la cuesta de Velate. Ya por allí no había vigilancia especial. En una hora llegaron a Pamplona. El doctor mandó poner el anuncio en el periódico, como había dicho. Al día siguiente aparecía en el diario, y don Leandro le daba la noticia a la Juana-Mari.

El chófer de Arizmendi volvió a Pamplona en autobús. «Cashcarin», con cédula que le proporcionó Arizmendi, fue a trabajar al bosque de Irati. De allí podía entrar si quería en Francia sin dificultad.

EL DOCTOR ARIZMENDI, preocupado con los asuntos de su profesión, no pensó gran cosa en los sucesos de Vera. El Consejo de guerra dictó sentencia absolutoria para todos los procesados, por deficiencias en las pruebas. El doctor Arizmendi creyó que el asunto de Vera estaba resuelto, y que no valía la pena de preocuparse de él.

Le hablaron que uno de los detenidos, Bonifacio Manzanedo, se encontraba en la enfermería de la cárcel.

Hospitalizado allí, hubo que hacerle de nuevo la amputación de la pierna porque el muñón se le había gangrenado.

El joven vizcaíno tenía simpatía, y consiguió que, a pesar de las prescripciones del médico, la monja le pusiera inyecciones de morfina para calmar sus dolores.

Alguien le preguntó:

—¿Qué esperabais al entrar en Vera?

—Nada. Nos engañaron —contestó él.

El poco interés del doctor por la causa se transformó en viva curiosidad cuando supo que la sentencia del Consejo de guerra no era firme.

Gil Galar tenía un rasponazo detrás de la oreja que pudo hacer pasar muy bien por una rozadura producida por una rama de un árbol en la fuga. En cambio, Manzanedo tenía una herida de máuser que le destrozó la pierna. Manzanedo tenía la partida perdida, pero se comportó con habilidad y se salvó.

Gil Galar, en cambio, se colocó en una posición absurda, como si su destino le impulsara a perderse. Parecía que un espíritu subterráneo le arrastraba a la ruina. Dominado por su inverecundia chilló contra los curas y las monjas, se jactó de haber disparado contra los civiles y de haber matado al guardia Ortiz.

El hombre no hizo y no dijo más que disparates, como si tuviera un interés especial en mostrarse insensato, energúmeno, sanguinario, digno del patíbulo.

Seguramente las monjas y los curas de Vera influyeron para que Manzanedo no fuera juzgado en el juicio sumarísimo. Era dócil, obediente y se ganó la protección de las monjas; en cambio, Gil Galar se enemistó con ellas por su imprudencia y su estolidez. Tenía que haber tres cadáveres en un platillo de la balanza para hacer el contrapeso de los dos guardias civiles muertos, y se eligió a Gil Galar.

El turco de que habla Kant que veía solo los aspectos negativos de las cosas, no llamaría a España, si la hubiese conocido bien, país de antepasados, sino país de recomendaciones.

Al pasar el proceso a la Capitanía general de Burgos, el capitán general, sin duda aleccionado por el Gobierno de la Dictadura, no prestó su conformidad a la sentencia. Se condenó a dos meses de arresto a los oficiales del Consejo que absolvieron a los

procesados, considerándolos sin duda torpes o poco celosos de su deber.

Una nueva vista de la causa se celebraría en Madrid, ante el Consejo Supremo de Guerra y Marina. El fiscal de este Consejo no quiso ejercer la acusación, y días después dimitió su cargo. Le sustituyó otro fiscal. Pidió este la pena de muerte para tres procesados, y para el cuarto seis años de presidio.

El Consejo Supremo dictó y aprobó la sentencia de muerte. A Pablo Martín Sánchez y a Enrique Gil Galar se les condenó por haber tomado parte en la refriega y haber quedado en ella heridos; a Santillán, por inductor.

La consigna fue ajusticiar a los tres condenados sin remisión. El Tribunal no los recomendó a la posible clemencia del Gobierno. Ojo por ojo y diente por diente, como dice la vengativa sentencia judaica aceptada por los cristianos.

En Pamplona no se creyó que se llegaría a ejecutar a los reos. El obispo pidió el indulto al rey y al vicepresidente del Directorio. El pueblo pamplonés secundó la demanda; se contestó con el silencio.

El rey, bien enterado de los sucesos, envió a Vera a un jefe del Ejército, de guarnición en Pamplona. Este jefe le informó con detalles de lo ocurrido. El rey creía que la Guardia civil exigía las ejecuciones como desagravio al Cuerpo.

—Ya me lo puede agradecer la Guardia civil.

—No he querido que se indultara a los de Vera —dijo el seco y estólido Borbón.

El pobre cretino averiado creía haber hecho con esto algo grande y dar una prueba de penetración psicológica, de talento político.

Pasaron unos días. Como se hablaba poco en la ciudad de las posibles ejecuciones mucha gente dijo:

—No pasa nada. No se levantará el patíbulo.

En la casa del doctor Arizmendi se discutió el hecho. A Margot, sobre todo, le había entrado la curiosidad por los presos. La muchacha leía los periódicos con avidez; estaba soliviantada con la idea de las ejecuciones. La mujer del doctor le dijo a su marido:

—¿Qué le pasa a Margot? No hace más que hablar de los presos de Vera.

—Sin duda, como la aventura ocurrió en su pueblo le interesa.

La noche del 5 de diciembre se dijo que al día siguiente iban a ser ejecutados los tres reos: el excabo de la Guardia civil Santillán, Enrique Gil y Pablo Martín, el obrero sombrío y misterioso de Bilbao.

El doctor Arizmendi supo que el médico de la cárcel estaba indispuesto y pensó en sustituirle. Se le ocurrió una idea extraña y peligrosa. Preparar tabletas de cianuro y dárselas a los reos para evitarles el patíbulo.

Se averiguaría el caso y le procesarían, pero se hallaba dispuesto a ello. Fue a la cárcel. Otro médico iba a sustituir al compañero enfermo. Arizmendi dijo que le acompañaría en la ejecución. El sustituto le dijo:

—Le agradezco a usted mucho que me acompañe en este trance. Lo considero como una prueba de amistad. Yo nunca he presenciado una ejecución; no sé el temple

de mis nervios.

—Yo tampoco.

Fueron los dos a ver al médico de la cárcel, enfermo, a su casa. Este contó las ejecuciones presenciadas por él.

Hacía no mucho tiempo, según dijo, habían agarrotado a un criminal en la cárcel. El reo durmió en la capilla toda la noche, almorzó con ganas, y al llevarle al lugar de la ejecución, pidió un cigarrillo. Le cambió el papel y lo llevó a la boca. El médico pensó: «Este hombre finge». Le tomó el pulso, contó las pulsaciones. Las tenía normales.

Se habló entre los tres médicos de esta insensibilidad extraña, frecuente en los criminales y en los locos. En algunos casos ocurría lo contrario, y entonces la regla era la hiperestesia y el terror.

Arizmendi fue a la cárcel entre dos luces. La Guardia civil, con sus tricornios y sus negros capotes, patrullaba a pie y a caballo por los alrededores.

Se temía que los sindicalistas dieran un ataque a la prisión y libertaran a los reos. ¿Dónde podían encontrarse estos sindicalistas en Pamplona? La invención novelesca se tenía en cuenta y se daba como probable.

Estaban empedrando el camino próximo a la cárcel. Algunos caballos de los guardias civiles, asustados, se encabritaban cuando se les acercaba la apisonadora. Grupos de obreros jóvenes y algunas mujeres miraban las tapias de la prisión. El siniestro recinto iba ensombreciéndose con la luz del crepúsculo. En el patio de entrada se agrupaban unos cuantos soldados de infantería.

En esto pasó y entró por el callejón de la derecha un carpintero con su espuerta de herramientas al hombro. Iba a armar los patíbulos. Le siguieron las miradas tristes y abatidas de los soldados.

A la entrada del mismo callejón se detuvo poco después un auto y bajó y pasó hacia adentro, rápidamente, un hombre alto, flaco, cetrino, cejijunto, peludo, mal vestido y de aire tuberculoso. Llevaba pantalón de pana muy usado y chaqueta azul larga. Iba custodiado por dos guardias. Miraba con recelo a derecha e izquierda, temeroso y desconfiado. Era el verdugo de Madrid. Los soldados le contemplaron con curiosidad y con terror.

Dentro de la cárcel reinaba la noche.

Se encendieron teas y pasaron flameando, ondeándolas, callejón adentro, varios soldados. Arizmendi quiso hablar de nuevo con el médico. Vacilaba en enterarle de su proyecto de dar el veneno a los reos. El médico no estaba.

El doctor Arizmendi salió y fue al Teatro Principal, al concierto de la Sociedad Filarmónica. El pianista húngaro, el mismo que estuvo en Vera durante los sucesos, tocaba varias composiciones de virtuoso, casi todas de Chopin. La sala se veía llena. Nadie pensaba en el cadalso. ¿No lo sabían? ¿No les importaba? La gente charlaba y reía y oía complacidísima la música sentimental, un poco aparatosa, un poco cursi, del maestro polaco francés, interpretada por el húngaro de aire mongólico.

—Terrible insolidaridad humana la de estos cristianos —pensó Arizmendi—; tienen que llorar hoy en ciertos días por un suplicio quizá supuesto, realizado hace dos mil años, y no les preocupa el que se va a efectuar dentro de unas horas.

Al volver Arizmendi a casa, ya de noche, le avisaron que fuera a la cárcel. Pidió un gabán grueso a Margot. Sentía frío. Ella marchó a buscarlo. Margot tenía ojos inquietos, muy abiertos y brillantes.

—¿Qué le pasará a esta chica? —se preguntó el doctor.

Arizmendi tomó el gabán, salió a la calle y se dirigió hacia la Puerta de la Taconera. Pasó la brecha de la muralla y el puente sobre el foso. La Vuelta del Castillo estaba oscura y negra. El viento jugaba con las hojas caídas. En los árboles, desnudos, lanzaban su grito agudo las cornejas.

La noche estaba templada. El doctor se acercó a la prisión, más silenciosa aún que por la tarde.

El número de guardias de vigilancia en los alrededores había aumentado.

Seguían las teas sus incursiones en las tinieblas de los pasillos. Bailaban las sombras de manera siniestra en las paredes rojizas.

El doctor subió por la escalera húmeda hasta el primer piso.

En el ancho pasillo blanco, iluminado con fuerte luz, cerca del despacho del director, se veía guardia de soldados y de civiles.

Dentro del despacho varias personas hablaban en voz baja: un coronel de Carabineros, delgado, seco, alto, con cara de espectro y gafas, el defensor de los procesados, el cura, el juez militar y varios paisanos.

—Vamos a visitar a los reos —dijo alguien. Salieron todos del despacho.

En la primera celda, sentado en el borde de la cama, se hallaba el excabo de la Guardia civil Santillán. Una manta parda le cubría las piernas. Santillán tenía rozaduras, aún en carne viva, en las muñecas, producidas por los alambres con que le sujetaron las manos en Vera. Al excabo le acompañaba un hombre alto, grueso, basto, de aire indiferente y tipo de labrador, hermano de la Paz y Caridad.

Santillán tenía delante, en un banco, una botella de coñac y una copa. De cuando en cuando bebía un trago.

Santillán era un hombre rubio, con cierto aire infantil; tenía expresión seria y al mismo tiempo dulce en la cara; la barba corta, blanquirrubia, como de mal afeitado; la cabeza gris, con mucho pelo y sin peinar, y los ojos claros.

En aquellos ojos claros, azulados, como de cristal, había algo infantil, de asombro y de sorpresa.

Parecía imposible, con unos ojos así, tan inocentes y tan cándidos, el acabar en el patíbulo.

El exguardia, corpulento y pesado, intentó levantarse para saludar a las visitas de un modo militar. No pudo. Las piernas le fallaron. Se le dijo que esperase el indulto.

—Veremos; yo creo que vendrá —dijo él, pensativo.

Le preguntaron si quería algo, y contestó que no.

Santillán era hombre de pocas palabras. No había en él fanatismo alguno, ningún deseo de sufrimiento y de martirio como en los exaltados políticos.

Era un hombre, un estoico.

Había perdido la partida y lo pagaba.

Acepto, parecía decir al destino.

El doctor Arizmendi comprendió lo imposible de hablarle a solas y de darle el veneno preparado.

Pasaron a la segunda celda. El reo Gil Galar tenía aire de fante siniestro. Le acompañaba un hermano de la Paz y Caridad, más gordo, más basto, más rojo y más insensible aún que el de Santillán.

El reo, horriblemente pálido y erguido, *clown* siniestro, llevaba atroz pelambarrera negra; un largo mechón lacio le caía sobre la frente.

Gil Galar había obrado inconsciente, como un sonámbulo. Era un esquizofrénico. Desde la salida de París hasta la entrada en la cárcel de Pamplona pasó varios días en excitación constante. Era muy probable que hubiese tomado parte en la lucha en plena inconsciencia. Al encontrarse dentro de Ja cárcel se convirtió en una piltrafa; perdió el ánimo por completo y se entregó a los religiosos. Un canónigo, el padre Eleta, iba a hablarle y a consolarle.

Enrique Gil era claramente un anormal. Tenía el cráneo pequeño y asimétrico; el pelo crespo, espeso y rizado; los pómulos salientes, el maxilar fuerte, los ojos estrábicos, la oreja en asa, mal conformada y separada de la cabeza, la nariz pequeña y algo torcida, ligero bigote negro, los labios gruesos y blancos.

Aquella asimetría, tan grande que llegaba a producir el desnivelamiento del ojo y del oído, que estaban los de un lado de la cara más altos que los del otro, hizo pensar al doctor que podía ser la causa, o, por lo menos, la manifestación de su desarmonía cerebral o de su esquizofrenia.

El reo tenía cierto aire ambiguo. A Gil Galar le temblaban las manos, los labios y los párpados, del terror, y cuando hablaba no podía apenas pronunciar las palabras. La impresión de terror había persistido en él desde el momento de entrar en la cárcel de Pamplona. Su rostro estaba sujeto a convulsiones que le hacían espantoso.

Gil Galar parecía una pobre miseria fisiológica. Había en él algo de oriental, de faquir; la exaltación de su sistema nervioso era de manicomio o de asilo.

Vestía de negro, chalina flotante y manta parda sobre las piernas. Se le hubiese podido tomar por un espectro.

Se intentó animarle, pero no oía; se hallaba completamente ausente, temblando con un temblor convulsivo.

El reo besaba devotamente a cada paso un escapulario del Carmen.

Pasaron a la tercera celda. Pablo Martín Sánchez, hombre fuerte, sombrío, misterioso, sentado de espaldas a la puerta no se movió. Dirigía la cara a la amplia reja locutorio, oculta en parte por una cortina que daba a la capilla.

Estaba acompañado de otro hermano de la Paz y Caridad de aire tan brutal y tan

cerril como los anteriores.

El reo vestía gabán pardo, amplio, nuevo, y gorra a cuadros. Llevaba largo y espeso bigote oscuro, caído por las puntas.

Al oír entrar a los visitantes volvió un segundo la cabeza rápidamente y cayó pronto en su melancólico mutismo. Abrigaba sus piernas con idéntica manta que los demás.

Martín Sánchez acababa de despedirse de los compañeros presos de la aventura de Vera.

Como el reo no escuchaba, salieron de la celda. El doctor Arizmendi pudo comprobar que su proyecto de dar a los condenados el cianuro era completamente irrealizable. No se podía hacer nada.

En aquella rápida visita del doctor se le dibujaron en la imaginación los tres reos con rasgos indelebles. Santillán, el hombre estoico, reflexivo y sereno. Pablo Martín, el reconcentrado, fanático y sombrío, y Enrique Gil, el anormal, próximo al delirante y al paranoico.

El primero, Santillán, era quizá el tipo de español antiguo, con algo de gótico o de germánico, hombre para la aventura, para los tercios de Flandes o la conquista de América, hombre frío y sereno.

Pablo Martín, apasionado, impulsivo y violento, hubiera sido quizá un buen soldado con un Zumalacárregui o un Cabrera.

Gil Galar, con su aire entre mongol y africano, no hubiera servido más que para bailar y vociferar en una procesión de la India o de los Aisaguas de Marruecos.

El primero, Santillán, era una estatua en piedra, dura, rígida, fuerte, con los relieves acentuados; el segundo, Sánchez, una talla en madera, expresiva, sombría y detallada; el tercero, Gil Galar, era como una figura de cera.

Pasaron todos los visitantes por delante de la capilla. El altar dorado, con la Dolorosa, resplandecía de luces. Las paredes brillaban blancas en el local desierto. A la puerta, el centinela, antiguo recluso, a quien Arizmendi había asistido en un accidente grave, se paseaba vigilando de la derecha a la izquierda.

Las monjas andaban entre los empleados y guardianes, con sus tocas blancas, llevando vasos de agua de un lado a otro, como si la sed fuera el tormento más terrible que se pudiera padecer en aquel lugar.

En el despacho sonaba el teléfono con frecuencia.

Algunas personas del pueblo querían presenciar la ejecución.

Quizá después de los valeses y de los nocturnos acaramelados de Chopin buscaban sensación más intensa y menos artificiosa.

Llegaron dos policías gordos, con aire cínico y desvergonzado. Luego el capellán de la cárcel, hombre pálido, dominado por la emoción. El capellán balbuceó algunas frases sin sentido.

El doctor salió maquinalmente del despacho.

—¿Han venido los verdugos? —preguntó a un guardián, por decir algo.

—Sí, están cenando. ¿Los quiere usted ver, doctor?

Arizmendi no contestó. El guardián le llevó por el pasillo y abrió una puerta. En una mesa pequeña comían dos hombres. Eran los verdugos.

Uno de ellos, el más viejo, el de Burgos, hablaba exageradamente; el otro callaba.

—¿Ustedes gustan? —dijo uno de ellos.

—Gracias.

Se comentó el cinismo locuaz del de Burgos y el siniestro silencio del de Madrid.

Este mostraba aire de melancolía sombrío. Al parecer estaba tuberculoso.

Aquel hombre debía experimentar una sensación horrible de su destino.

Nacer como los demás, tener padre, madre, hermanos, jugar con los chicos en la infancia, no advertir ninguna marca especial en el cuerpo ni en el espíritu de sino adverso y acabar siendo verdugo. ¡Terrible fracaso en todo! Por pocos bienes espirituales que encontrara en sí mismo, ¡qué liquidación de valores humanos de toda clase para llegar a lo que era! Se comprendía la melancolía siniestra de aquel hombre.

El de Burgos parecía alegre e insensible. Era un alma antigua.

A los dos los llevaron después a dormir a una celda, a puerta cerrada, vigilados por un centinela.

El doctor Arizmendi salió de la cárcel, fue a su casa, tomó dos tazas de café, echó las tabletas de cianuro por el lavabo y volvió camino de la prisión, decaído y al mismo tiempo con una curiosidad malsana.

Se acercó a la cárcel a campo traviesa. Próximo a unos árboles notó un grupo de hombres y luego dos sombras de hombre y mujer. Le chocó la silueta de la mujer. Era Margot. Se detuvo. Tenía la evidencia. No se había engañado. Se le acercó rápidamente.

—¿Qué haces aquí? —gritó—. ¿Qué es esto?

Ella intentó escabullirse, pero el doctor, rápidamente, la agarró del brazo y la sujetó.

—No te vas. Necesito saber qué haces aquí y quién es este hombre.

—¡Por Dios, déjeme usted!

—No.

El acompañante de la muchacha se acercó con intención de defenderla, y ella le dijo:

—No le hagas nada, es el amo.

El hombre era Manish, «Cashcarin».

—¿Tú también estás aquí? Ahora necesito que me digáis qué hacéis en estos sitios.

—Hable usted bajo.

—Hablo bajo. Explícate.

—Si me explico, ¿no pretenderá usted estorbarme? —preguntó Manish.

—No sé, ya veré.

—Pues yo pretendo coger a uno de los verdugos, atarlo y llevarlo a una venta de

aquí cerca, donde hay unos amigos, y tenerlo secuestrado unos días. Otros amigos que están al otro lado cogerán al segundo verdugo.

—¿Para que no puedan ejecutar a los reos?

—Sí.

—¿Y quién te ha dicho que no han venido ya?

—Eso nos han dicho, que vendrán esta noche o por la madrugada.

—Pues, chico, os han engañado. Los dos verdugos están ya dentro de la cárcel.

—¿No me engaña usted?

—Te lo juro. Los he visto. Estaban cenando. He hablado con ellos.

—¿Cómo no se han dado cuenta? Entonces no hay nada que hacer.

—Nada. Es tarde para cualquier intento. Márchate cuanto antes de aquí. Tú vienes ahora conmigo a casa —dijo Arizmendi a Margot.

—Bueno —contestó ella.

Tomaron los dos hacia la antigua Puerta de la Taconera, sin hablarse.

—¿Se ha incomodado usted conmigo? —preguntó ella cándidamente.

—Debía haberme incomodado.

Pasaron la Puerta y entraron en el pueblo. Llegaron a su casa, abrió el doctor y, cuando pasó la muchacha, cerró la puerta de nuevo.

—¡Qué mujer esta! ¡Qué decidida! ¡Qué valiente! Ese Manish es un loco. Verdadero «Cashcarin», cabeza destornillada. ¿Cómo le habrá convencido a ella?

Estuvo pensando en los dos hermanos como en dos figuras extrañas. Se dirigió de nuevo fuera de puertas.

—¡Qué cosas inesperadas pasan! —se dijo—. Estoy trastornado.

Luego se acercó a la cárcel.

ARIZMENDI entró en el despacho del director. Se sentó en una silla y permaneció sombrío, preocupado y mudo.

A las once anunciaron al señor obispo.

Venía en compañía de un jesuita y de un fámulo, con cara de pajarito alegre. Vestía el prelado de seda roja y morada y cruz con relicario.

Todos los reunidos allí se levantaron, le besaron el anillo, algunos arrodillándose ceremoniosamente.

El obispo tenía gallarda figura, perfil aquilino. A pesar de su figura y de su perfil, era hombre vacuo y vulgar, autoritario y colérico.

Sus disposiciones, tan enérgicas como banales, servían únicamente para producir disputas y diferencias en los fieles.

Entre otras disposiciones arbitrarias e impertinentes, el obispo de Pamplona se distinguió por su campaña furibunda contra el uso del gorro redondo y negro, empleado por el clero seglar, sobre todo en las aldeas.

Para aquel obispazo de rompe y rasga, dictaminador dogmático de libros que con seguridad no había leído, la supresión del gorro redondo y negro de los curas de pueblo debía ser algo muy decisivo para la salvación de las almas y el triunfo de la religión.

También le parecía pecaminoso ver a las niñas de cinco a seis años con los brazos desnudos, y no las permitía en el interior de las iglesias. Consideraba esto una excitación a la sensualidad y al erotismo.

El obispo, báculo en ristre, pensaba atacar y dominar a los rebeldes, y con la ayuda de Su Majestad Borbónica el del labio belfo, esperaba conseguir un arzobispado. No iba a ser él postergado. Otros clérigos vascos, tan cerriles como él, salidos de caseríos y hasta de tabernas, habían llegado, a fuerza de habilidades y de intrigas, a las sedes obispales y arzobispales. Se decía que el prelado tenía el título de eminencia como los cardenales.

El obispo de Pamplona, aguleño solamente de tipo, sabía explotar su figura y su prestancia retratándose con coquetería y apareciendo en las revistas ilustradas. Era el tipo clásico del obispo español, soberbio, despótico e incomprensivo.

Después del besamanos y de las genuflexiones, Su Ilustrísima decidió ir a visitar a los reos. Se levantaron todos y salieron del despacho.

Entraron primero en la celda del excabo Santillán el obispo y el jesuita. El reo les contempló con mirada grave de angustia. El obispo le invitó a besar una cruz regalada por Pío X, y le dijo:

—Ahora el difunto Papa estará rezando en el cielo por usted.

—¿Entonces, ya no hay ninguna esperanza? —preguntó el excabo.

El prelado, quizá sorprendido de la rapidez de la pregunta, balbuceó:

—No hay noticia alguna del indulto; el director de la Guardia civil se opone.

—Bien, bien... Todo está perdido, no hay nada que hacer... Todo está hecho.

El obispo insistió con torpeza. Era la Guardia civil la que se oponía al indulto. Al notar que sus palabras producían viva contrariedad en el elemento oficial, enmudeció.

El doctor Arizmendi creyó entender en aquella frase del excabo que no había en él solamente la angustia del fin próximo, sino también sorpresa al ver que le abandonaban.

Quizá el hombre aquel sabía las raíces de los acontecimientos en que tomó parte y por esto esperaba hasta el último momento el indulto del Gobierno de Madrid.

Es posible que quisiera hablar y explicarse; pero ¿qué podía conseguir con demostrar que su empresa no había sido una quijotada, sino la aventura de un hombre ambicioso y valiente?

Por eso no hubiera conseguido más piedad.

Recomendó el prelado al reo olvidara lo terreno y no diera la victoria al demonio. El exguardia oyó las palabras con indiferencia, mirando al suelo.

—Procure pensar en las dulzuras de la vida eterna —añadió el obispo.

Entonces Santillán tuvo una frase acerba y al mismo tiempo resignada:

—¿Cómo sacar ninguna idea dulce de tanta amargura? —se dijo como hablándose a sí mismo.

Su Ilustrísima, contrariado por su falta de éxito, salió con movimiento brusco de la celda del exguardia, pasó al corredor y se dirigió a la otra celda.

El hombre pequeño y bizco, con aire de fante, Gil Galar, seguía trastornado por el terror y con la personalidad ausente. Al oír las primeras palabras del mitrado, asintió a las blanduras místicas, sollozó y se puso a hablar delirante. Cuando se marcharon todos, dijo con voz desgarrada que su madre estaría también llorando en aquel momento, y gritó luego entre gemidos, como un niño:

—Sí, iré al cielo y veré a los ángeles... Dios mío..., ¡qué dolor!

El hermano de la Paz y Caridad, como quien aconseja una toma de bicarbonato, le dijo:

—Consuélese usted pensando en la Virgen y rece un avemaría.

En la celda de Pablo Martín, el hombre sombrío y misterioso, la escena fue distinta. El reo seguía en su inmóvil y taciturna actitud y no contestó a las palabras del prelado.

—Si no hay remedio —dijo—, que sea cuanto antes. Ahora mismo.

—La justicia tiene estos trámites —replicó alguno.

—¡Trámites! —repitió el hombre, y dio un golpe con el puño en la rodilla.

Debió pensar: ¡Con qué gusto machacaría a la justicia si pudiera!

Al hombre sombrío y taciturno le enseñaron un telegrama de su madre y se lo leyeron. No contestó nada.

Salieron de la celda. Su Ilustrísima estaba requemado por su falta de éxito.

—Vamos a entrar en la capilla y a rezar el rosario —exclamó—; que hagan ellos los que quieran.

¡Que hagan ellos lo que quieran! Hermosa frase de caridad cristiana para figurar en el Evangelio. Podía haber dicho también, con aire de *boulevardier*:

—Je m'en fiche mon vieux!

—El mismo murmullo de nuestros rezos les moverá a la oración —dijo el jesuita, con un optimismo farisaico.

El señor obispo se zafaba de la cuestión.

—¡Allá ellos! —debía pensar él—. ¿No quieren oír hablar de Pío X ni del temor al demonio? ¡Pues que se chinchen!

Otra cosa sería si a Su Majestad el del labio bello le hubieran dolido los callos o las almorranas o le supurara la averiada nariz borbónica. Entonces todos los bálsamos naturales o espirituales no bastarían para su consuelo. ¡Magníficamente cómica la caridad de aquellos potentados de sotana!

Se puso un reclinatorio en la capilla, se rezó largo rosario con la letanía de las rogativas, llena de latines solemnes. Repetían las oraciones todos arrodillados.

Se veía desde las rejas a los reos en su misma actitud pasiva y resignada.

Nuestro monseñor se despidió, y a la salida marcharon con él algunas personas, entre ellas Arizmendi y el otro médico.

La noche tibia, húmeda y negra, murmuraba entre los árboles sin hojas. Seguía la ronda en torno de la cárcel y las teas llameaban en los callejones.

El doctor Arizmendi fue a su casa. Margot estaba todavía levantada. El doctor pudo dormir un momento con algunos sobresaltos. A las cinco se vistió y, decidido, volvió a la cárcel.

LOS REOS, los hermanos de la Paz y Caridad y las monjas comulgaron por la mañana. Se despertó a los verdugos. Dormían estos tranquilamente, con el sueño del justo.

Un joven oficial, los guardias civiles y el doctor Arizmendi bajaron al patio y al camino de ronda. Todos hablaban en voz baja, con la voz átona propia del cuarto de un moribundo.

Se presentaron los verdugos, los dos de gorrilla. El más joven, el de Madrid, llevaba al hombro, muy sofocado por el esfuerzo, una caja plana y gris, con candado negro. El más viejo, el de Burgos, iba con otra caja igual en la mano, portándola como una maleta.

El de Madrid tenía el cuello del chaquetón azul levantado. Alto, flaco, muy cetrino, con el labio inferior saliente, delgado y exangüe, los pelos largos, lacios y alborotados, parecía muy deprimido. Gastaba pantalón de pana viejo, medias de lana azules y botas rotas.

El de Burgos, muy pequeño, rechoncho, con bigote cano y corto, cabello blanco, cara rojiza, ojos vivos, chaqueta gris y bufanda y movimientos bruscos, se mostraba alegre y decidido. Se apellidada Mayoral. Parecía un aldeano.

Salieron todos por una puerta al camino de ronda, entre el edificio de la cárcel y la muralla.

El suelo brillaba, mojado por la lluvia.

Había amanecido.

A la claridad del alba se veían los dos patíbulos con sus bancos toscos, de madera.

Sobre el muro exterior se proyectaba en luz rojiza la ventana de la capilla con su reja.

El avance a lo largo del camino fue siniestro. Un oficial y un cabo mandaban la guardia, formada por un pelotón de soldados.

El cabo daba órdenes: «¡Derecha! ¡Dre! ¡Izquierda! ¡Izquier!»; y los soldados evolucionaban torpemente, aturdidos y dominados por el terror.

Arizmendi pasó por delante de los patíbulos, y al doblar la esquina del camino de ronda vio en el suelo tres ataúdes, los tres sin pintar, con una cruz encima de papel plateado, puestos los tres con paralelismo simétrico. El médico se estremeció.

Trajeron un farol y encendieron hachas de viento.

Los verdugos comenzaron su trabajo. Dejaron sus cajones en el suelo. Sonaron estos con mido de chatarra; sacaron de las cajas unas piezas de acero bruñidas, brillantes, y las colocaron cuidadosamente en los postes.

Uno de los verdugos, el de Burgos, parecía algo zurdo; los dos tenían manos

fuertes, con muchas arrugas, llenas de pelos: manos de gorila.

Después cada uno se sentó en el banquillo, probó en su cuello la altura del corbatín y, tras de un tanteo, lo sujetó definitivamente. Luego el de Burgos engrasó los dos torniquetes y comenzó a hacerlos funcionar.

—Van como la seda —dijo, y se echó a reír.

—Siniestros personajes —exclamó el juez en voz alta.

Mayoral, el de Burgos, mostraba deseo de hablar y ensalzó las ventajas de su aparato. Producía la muerte por triple procedimiento: asfixia, estrangulación y descabello. La más importante de sus mejoras era una uña de sujeción del tornillo, mandada hacer por él.

También había pensado, sin duda preocupado con la estética, que al tiempo de la ejecución penetrara una aguja en la garganta e impidiera el feo espectáculo de la salida de la lengua del ajusticiado, pero todavía no había resuelto esta importante mejora.

Mayoral se estrenó con «el Sacamantecas», loco atacado de canibalismo a quien él consideraba como un monstruo. Había trabajado también en Pamplona, en la época de las ejecuciones fuera de la cárcel, en la Vuelta del Castillo.

Mayoral fue también el verdugo de los del crimen del expreso de Andalucía en la Cárcel Modelo de Madrid; pero en esta ocasión no se lució: estuvo, según decían, muy torpe. Uno de los reos, el Honorio Sánchez Molina, tardó muchos minutos en morir, y el otro, llamado Piqueras, se le revolvió de tal manera en el banquillo, que casi estuvo a punto de arrancarlo del suelo.

El verdugo de Burgos tenía sesenta y tantos años y había ejecutado cincuenta y una personas. Había aprovechado la vida. Casi le venía a salir a persona por año. Guardaba un cuadernito con notas. A un lado habría puesto los ingresos y al otro las reflexiones.

—Con mi sistema —dijo— no se cogen pellizcos de la piel y apenas sale una gota de sangre.

El doctor pensó que esta ventaja, como la otra de sujetar con una aguja la lengua del agarrotado, hubiera habido que brindársela, si llegaba el caso, a Alfonso XIII. El Borbón daba mucha importancia a estos detalles de estética macabra.

El doctor Arizmendi no sabía que el horror al derramamiento de sangre ha sido un sentimiento muy clerical. La efusión material de sangre, por muy inocente que sea, lleva al clérigo a la irregularidad canónica. La irregularidad, dice un sabio canonista, no se produce por condenar a los azotes, al tormento o a las llamas, ni por hacer sufrir horrores, sino por la efusión de sangre. La materialidad de la efusión de sangre es lo grave para los clérigos. Una pequeña hemorragia nasal es algo espantoso. De aquí que el clérigo no pueda ejercer el arte de la cirugía. Se ve que Alfonso XIII sentía en esto como clérigo. Llegaba hasta él el tabú de la sangre.

El verdugo Mayoral, deseoso de hablar, dijo:

—Yo aprendí este oficio con el maestro Lorenzo Huertas, que fue verdugo de Valladolid, de Granada y de Sevilla.

Consideraba a Lorenzo Huertas como su amigo, su iniciador y su consejero. *Tu duce, tu signore, tu maestro.*

Mayoral dio una conferencia acerca de la sensibilidad de los verdugos. Para él, el verdugo era la flor delicada de la humanidad, algo como el *myosotis*, el *vergiss meinnicht* (nomeolvides) que hace años se quería considerar como flor romántica. Mayoral habló de verdugos que las noches anteriores a la ejecución dormían mal, de otros que tenían temblores y no podían comer y de algunos que necesitaban emborracharse para actuar, gentes todas ellas que no estaban ni mucho menos a la altura de su elevado cargo.

Consideraba como un hombre de imaginación y de fantasía al verdugo de Madrid anterior al sombrío compañero actual, quien había acariciado el proyecto de poner en calle céntrica y en piso bajo un cuarto con decoración *ad hoc* de patio de presidio con su patíbulo correspondiente y en él ejecutar ante el público figuras de cera vestidas de negro.

A Mayoral le parecía esta idea digna de un literato, algo sonriente, alado y shakesperiano.

—¿Usted no tiene algún oficio más que el de verdugo? —le preguntó uno de los asistentes.

Mayoral le miró como diciendo: ¿Y le parece a usted poco?; luego con modestia, añadió:

—No, no tengo más oficio serio que este; hago sí algún trabajillo en casa, y luego me voy a pasear. El único oficio que me gusta es la cirugía, y he compuesto las piernas a algunos caballos y burros, entablillándolas, y también a algunas personas.

Era curioso que subsistiera en él esta afición ancestral a la cirugía de los verdugos.

El de Madrid se encontraba como paralizado de estupor, muerto de miedo. Armó despacio y torpemente su instrumento. Tenía este un puño de madera en la manivela y actuaba de adelante a atrás al contrario del aparato del burgalés, que empujaba la barra posterior de atrás a adelante. El aparato del burgalés tenía, además de la manivela, una palanca. Con ella se producía rápidamente la estrangulación y la ruptura de las vértebras cervicales.

El burgalés discutió con su colega acerca de quién debía ajusticiar al tercer reo, y quedaron de acuerdo en ayudarse mutuamente.

Después se colocaron en pie, entre los dos patíbulos, cerca de la tapia. Sin duda era la actitud ordenada por su protocolo.

Empezó a clarear más el día.

Los centinelas, en lo alto del muro, contemplaban los preparativos. En la mirada

de los soldados había tanta curiosidad como consternación.

Al otro lado de la tapia gruñían los cerdos que llevaban al matadero contiguo. Al menos estos eran más felices, estaban libres de ceremonias y amonestaciones de obispos y de hermanos de la Paz y Caridad.

Se habían terminado los preparativos de la ejecución.

El juez dispuso que partiera el cortejo.

Salieron por el gran pasillo iluminado al patio interior de las celdas.

A lo largo de estas, en cada uno de los pisos, corrían los balcones; dos pasarelas unían un ala de la cárcel con otra. El silencio en las celdas y en el patio era imponente.

Los demás complicados en el asunto de Vera debían estar en aquel momento temblando de horror y al mismo tiempo de satisfacción por conservar la vida.

Luz tenue de bombillas brillaba en el suelo de asfalto, negro y resbaladizo.

Salieron el director de la cárcel, el juez y los dos médicos; les siguieron los hermanos de la Paz y Caridad con los reos, luego los curas y después los guardias. En esta masa opaca, lenta y silenciosa, se destacaba el rostro atrozmente pálido de Gil Galar, con su pelo rizado. Llevaba el reo largo gabán negro, como una sotana. Apenas podía sostenerse en pie. Tenía las manos atadas con la cadenilla e iba, con la personalidad perdida y ausente, entre los curas y los hermanos de la Paz y Caridad.

Los dos médicos se adelantaron un poco al resto de la comitiva, lenta y pesada.

Era terriblemente sombrío este desfile por la pasarela, con la perspectiva de los largos callejones de celdas cerradas. No se oía una voz.

Cuando desembocaron en el patio de entrada para salir al camino de ronda comenzaron a resonar gritos agudos de mujer, repetidos y angustiosos.

Al levantar el doctor la cabeza vio rápidamente una silueta con los pelos erizados. Apareció por la barandilla del segundo piso, se precipitó y cayó sobre el pavimento con estruendo.

—Es uno de los reos —dijo el otro médico.

Se acercaron a él con intención de asistirle; era Pablo Martín Sánchez, el hombre sombrío, misterioso y taciturno. Estaba en el suelo inmóvil, echando mucha sangre por la nariz, boca y oídos. El pulso latió durante dos minutos. El cura se asomó desde la barandilla de enfrente e hizo el ademán de la absolución. Los empleados habían sacado la pistola y los guardias prepararon los fusiles por si el reo pretendía escaparse.

El juez militar ordenó que la comitiva siguiera adelante. Al salir al camino de ronda los dos médicos se encontraron a Gil Galar ya en el banquillo. La gente, arrodillada, contestaba a la oración. El capellán de la cárcel rezaba alto y con angustia, pegado al reo.

El sacerdote comenzó de nuevo la letanía de las rogativas, con palabras en latín muy sonoras. Le ataron a Gil Galar los pies con cuerda delgada y esta a la muñeca. Una ancha banda de cuero negro sujetó el cuerpo y los brazos al palo. Le taparon la

cara con un pañuelo negro, basto y mate. El reo entonces protestó:

—No me tapen la cara, soy un mártir —y tuvo un sollozo.

Se la taparon los verdugos. Los dos al mismo tiempo agarraron la manivela y dieron una gran vuelta.

El cuerpo experimentó terrible sacudida y tuvo fuerte contracción de rodillas y de muñecas. Las manos se colorearon de azul y las uñas de blanco.

Siguió la letanía, temblorosa y lúgubre.

El pulso latió muy duro bajo la piel caliente; luego se fue retardando, y a los doce minutos cesó.

Eran las siete y media.

El verdugo de Madrid abrió el candado pequeño de la cadenilla; el de Burgos soltó el corbatín del aparato.

La cabeza colgó hacia un lado. La cara era horrible, azul, con la lengua fuera, la boca llena de espuma blanca y los ojos abiertos. Dos hermanos de la Paz y Caridad, gruesos y bastos, con sus manos cuadradas y rojas, cogieron el cadáver como a un muñeco, lo sacaron rápidamente del banquillo, como si no hubieran hecho otra cosa en su vida, y lo colocaron a prisa en el ataúd de pino sin pintar, con la cruz de papel plateado y un lienzo sujeto en la cabecera.

El verdugo limpió cuidadosamente con una bayeta amarilla el aparato. Brillaban sobre el acero algunas gotas de sangre.

Discutieron los dos verdugos por lo bajo si al segundo había que ajusticiarle con el mismo aparato o con otro. Uno de los asistentes les dijo que el tercero se había suicidado. Quedaron sorprendidos, mirándose. No se traslució en su cara si se alegraban o lo sentían o les era indiferente.

—Como uno está tan lejos, no se puede enterar —observó el burgalés.

En tanto, en el pasillo, había aparecido Santillán.

—¿Ha muerto Galar? —preguntó.

—Sí.

—¿Valiente?

—No.

—Era un infeliz.

—¿Y Pablo Martín?

—Pablo Martín se ha tirado por la galería y ha quedado muerto.

—Ha hecho bien. Era un exaltado. Yo moriré tranquilamente.

Santillán estaba sereno. Se había lanzado a la aventura, la aventura le había salido mal. Aceptaba el destino.

Era un hombre de raza noble, de raza estoica y silenciosa. Séneca y Lucano hubieran sonreído en el Olimpo pensando en él. Los viejos cántabros, que entonaban himnos clavados en la cruz, lo podrían tener por uno de los suyos.

El excabo pidió un cigarrillo y estuvo fumando sereno, esperando el momento de morir.

¿Qué pensaba el hombre en aquel terrible momento?

Indudablemente la fuerza de su situación desesperada le había llevado a reflexionar o a pensar en algo lejano. Fumaba maquinalmente, pero su espíritu estaba en otra parte.

Hechos los nuevos preparativos le dieron paso. Santillán echó la colilla y dijo:

—Quisiera que me pusieran en el ataúd este retrato de los míos sobre el corazón.

Se le contestó que así se haría.

El hombre no perdió un instante su presencia de ánimo. Vestía traje gris y boina negra; venía tranquilo, con el rostro dulce.

Se sentó y se dejó atar.

—¿Puedo decir unas palabras para dar las gracias?

—Hable usted, Santillán —dijo el juez, que estaba emocionado.

—Quiero dar las gracias al pueblo de Pamplona por el interés que ha demostrado por nosotros y por las gestiones que ha hecho para conseguir nuestro indulto. Aquí no ha triunfado la justicia, sino la tiranía. Las gracias también al director de la cárcel, a los empleados, a las monjas, a los que me han acompañado y a mi defensor (al decir esto le buscó con la mirada, pero no estaba). Bueno, pues se lo dicen.

Luego añadió con desprecio, dirigiéndose al verdugo:

—Tú, no me hagas sufrir.

—No, hombre; no es nada —dijo cínicamente Mayoral.

Le quisieron poner el paño negro; él lo rechazó con horror.

—No me tapéis la cara.

Se ajustó el corbatín, se le tapó y los dos verdugos movieron la manivela como antes. Se oyó un siniestro grito gutural.

Al mismo tiempo resonaron gritos y gruñidos al otro lado de la tapia, donde estaban degollando cerdos.

Al quitar el paño del cadáver, estaba menos desfigurado que Gil Galar. Los hermanos de la Paz y Caridad le pusieron en el ataúd.

Los dos verdugos se pusieron inmediatamente a destornillar los aparatos y a sacarlos del poste.

—Ahora se puede decir aquello de *Consummatum est* —saltó Mayoral en broma.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó el verdugo de Madrid.

—Que ya los hemos despachado.

Los dos reos habían sido estrangulados como dos ratas en la boca de una alcantarilla.

—Todo sea en nombre de Jehová —le dijo Arizmendi a su compañero—, Dios de los militares, de los prestamistas, de los obispos y de la Guardia civil.

El doctor quedó emocionado, con la mirada clara y serena de Santillán, con su voz y su gesto tranquilo y dulce. Ni él ni el triste fantoche de la pelambarrera negra y

rizada hablaron de sus ideales políticos o sociales, ni de su misión. Los dos se entregaron como gentes que han caído en un lazo.

Salieron todos los espectadores y actores por el pasillo, por entre aquellas paredes desnudas y siniestras, todos pálidos, fríos y silenciosos. Se comentó la escapada y el suicidio del hombre misterioso y sombrío de Bilbao. Había subido este de pronto un tramo de escalera, en vez de bajarlo, y corriendo llegó a la barandilla del segundo piso y se tiró de cabeza. Para despistar, al salir de la celda llevaba las alpargatas en chanclas y fingía no poder andar. Al acercarse al sitio elegido, se las quitó con los pies y echó a correr.

Cuando el hombre sombrío se tiró por la ventana, se afirmó que uno de los magistrados dijo:

—Si tuviera unos momentos de vida lo llevaríamos al patíbulo.

¡Digno magistrado y buen católico!

Era muy probable que la tesis de aquel respetable magistrado fuera perfectamente jurídica.

En la fachada de la cárcel comenzó a ondear una gran bandera negra. El harapo siniestro y macabro, agitado por el viento, parecía querer separarse de su astil y correr por montes y valles y apoderarse del país.

Los curiosos contemplaban el pendón lúgubre con calma.

La Guardia civil, con sus capotes negros, evolucionaba a caballo.

Afuera esperaba el coche fúnebre.

Los dos ataúdes se pusieron en la puerta interior de la cárcel, encima de una mesa, cubiertos con tela blanca.

Después vino el clero parroquial, cuatro curas, un sacristán y dos monaguillos con la cruz alzada, a cantar los responsos.

Se sacaron los dos ataúdes con los reos ejecutados, al furgón. En este iba un cochero y un empleado de la cárcel. El vehículo, custodiado por los hermanos de la Paz y Caridad, vestidos de máscara, con hábito y cordón en la cintura, se dirigió al cementerio. El cadáver del suicida se llevó a la sala del hospital, para que le practicasen la autopsia.

Al salir de la cárcel se oyeron de nuevo los gritos agudos de los cerdos.

El doctor, excitado, dijo a su compañero:

—Si estos pobres cerdos pudieran hablar, dirían: «¿Por qué a nosotros nos confunden y nos tratan como a esos revolucionarios? Nosotros no hubiéramos protestado nunca contra el rey de los cerdos y los consejos del obispo de la clase porcina los hubiésemos escuchado con respeto y seguido al pie de la letra. Solo hubiéramos cuidado de la gamella, como los reyes y como los obispos, y ya se ve cómo nos tratan».

El compañero no replicó. Cuando Arizmendi entró en su casa, quedó pensativo y triste. Su mujer le preguntó:

—¿Ha terminado eso?

—Sí.

—¿No te ha hecho mal efecto?

—No.

¿Para qué hablar de sus reflexiones? Su mujer no las hubiera compartido.

—¡Qué marranada más española! —se dijo al quedarse solo.

La maniobra había sido una cosa fea, indigna y cobarde. Un Gobierno fuerte, rudo y un poco bárbaro, después de nombrar un Tribunal militar severo, hubiese mandado fusilar tres o cuatro rebeldes, sobre la marcha, al día siguiente de los sucesos. Aquellas dilaciones y rectificaciones, la desautorización del primer Consejo de guerra, las ejecuciones en la cárcel por el verdugo, todo tuvo el carácter canallesco y miserable de una medida de un Gobierno militar, sostenido por un Ejército de burócratas y de leguleyos.

El Gobierno tanteó el terreno y madrugó, como los matones de las tabernas. Había que sacrificar unos cuantos desdichados, en obsequio de un rey de cartón y de una burguesía cursi, insignificante y hambrona. Había que demostrar una firmeza y una seguridad que no existían.

Los grandes españoles de otra época, severos, terribles, hubieran quedado avergonzados de esta pequeña marranada, hecha por generales de salón, en obsequio de una burguesía rapaz y de su guardia pretoriana.

Era una represión digna del militar del siglo xx, rapado, mediocre y vulgar...

El presenciar la ejecución dio una nota de acritud a las reflexiones del doctor Arizmendi.

El ver que todo el mundo aceptaba con resignación y conformidad los hechos, le hacía decir:

—Somos unos pobres miserables.

El día siguiente de las ejecuciones se supo que el pianista húngaro, de aire mongólico, y un amigo suyo, después de pasar la noche bebiendo, tuvieron la pretensión de entrar en la cárcel por la mañana a ver cómo ejecutaban a los presos. El pianista de aire mongólico estaba completamente embriagado, y armó un escándalo a la puerta de la cárcel. Se creyó si serían los sindicalistas que intentaban pasar a libertar a los presos.

El doctor Arizmendi solía decir con frecuencia en la intimidad:

—Yo pienso que este pragmatismo católico tan estrecho ha matado nuestro espíritu. El entusiasmo semítico por la ley nos ha envenenado. Creo que sería mejor que volviéramos al paganismo primitivo de los vascos.

—¿Pero es posible que crea usted eso?

—Así Jo creo sinceramente.

Después del juicio sumarísimo por los sucesos de Vera, en el juicio ordinario posterior se sentenció a distintas penas a los demás procesados.

De los veinticinco presos, tres fueron condenados a muerte, doce a presidio y diez absueltos.

A los dos días de la ejecución, el doctor Arizmendi tuvo momentos de alarma. En un periódico de Pamplona leyó que el obrero Larreche, de Vera, había sido detenido en una casa de Orbaiceta por la Guardia civil. Al día siguiente, el mismo periódico hablaba del asunto y decía que Juan Larreche, complicado en el asunto de Vera, y detenido en Orbaiceta, se había escapado, internándose en Francia. El doctor Arizmendi respiró.

El doctor tenía en su casa un motivo de alegría y de cordialidad. Era pensar en Margot. Durante mucho tiempo no le quiso decir nada; pero un día que la encontró sola la interrogó acerca de su hermano y de su proyecto de prender a los verdugos. Margot dijo que le había hablado Manish y le había convencido.

—¿Pero cómo te decidiste a una cosa así?

—¿Qué tiene de particular?

—Mucho. ¿Tú sabías a lo que te exponías?

—¡Pch!... Sí.

—Podían haberte llevado a la cárcel.

—Bueno; hubiera ido.

—Entonces, o eres muy valiente o eres tonta.

—Quizá.

—¿No tenías miedo?

—No.

—¿Es que tu hermano te ha hecho sindicalista también?

—No sé lo que es eso.

—Bueno, tu hermano es un loco. Por eso le llaman «Cashcarin».

—No es más loco que los demás. Es más bueno.

—¿Qué te dijo para convencerte?

—Me dijo que se podía salvar a tres personas de la muerte, y fui.

—¿Sin miedo?

—Sí, sin miedo.

—Pues entonces, no eres tonta; lo que eres es muy valiente.

—¡Bah! Usted también hubiera ido.

—No; creo que no hubiera sido capaz. Te admiro, chica, y te daría un abrazo; pero no quiero asustarte. Dame la mano, y piensa que desde ahora en mí tienes un amigo.

Margot estrechó la mano del doctor sonriendo.

Don Leandro, al saber que iban a ejecutar a los de Vera se presentó en Madrid. Pensaba en que podría hallar a alguna persona influyente; pero no tuvo suerte. Su hermano Fermín estaba en Sevilla. Se dirigió a dos o tres conocidos, para indicarles la conveniencia de pedir el indulto de los condenados, y le oyeron con extrañeza. Los socialistas dirigieron al Gobierno una petición de indulto, anodina e indiferente, como si nada les importara el caso; petición formularia y fría.

—Ellos pueden entenderse con el Gobierno de la Dictadura en sus cuestiones prácticas de jornales —pensó don Leandro—; pero no pedir clemencia al mismo Gobierno para revolucionarios que no creen en el Estado absoluto ni en el parlamentarismo. Los políticos radicales son como los fabricantes de específicos. Ellos son los auténticos; los de la otra acera son siempre charlatanes.

Don Leandro contó después a algunos amigos su gestión, pero no fue muy brillante ni eficaz.

—Yo no sé si por vivir en el pueblo donde habían ocurrido los sucesos —decía— estuve preocupado por ellos. Viendo que nadie me hacía caso, la tarde anterior al día de la ejecución fui al palacio de la Presidencia, con la idea de hablar al vicepresidente del Directorio; me dijeron a la entrada que no estaba, y entonces marché al anochecer a la Puerta del Sol, con el propósito de visitar al ministro de la Gobernación. Me va a mandar a paseo, pensé. En la puerta del ministerio encontré a un teniente coronel hermano de un condiscípulo mío. Le hable de mi pretensión de ver al ministro y de explicarle el desarrollo de los sucesos de Vera.

—Intenta si quieres —me dijo él—; pero es inútil. El rey, el vicepresidente y el ministro, están de acuerdo en denegar el indulto. El capitán general de la región ha sido también partidario de la condena a muerte, y uno de los que más han influido ha sido un general de la Guardia civil, que figuró en la primera época del terrorismo en Barcelona, cuando era capitán.

—En resumen —le pregunté—, no hay esperanza.

—Ninguna. Hace un momento ha tomado el tren el verdugo de Madrid para Pamplona; por cierto que se ha quejado de que lo llevaran en tercera, porque dice que tiene un catarro terrible.

—¿Así que no hay nada que hacer?

—Nada. El ministro no se vuelve atrás. Es un bravo.

—Es fácil ser un bravo rodeado de Policía y de Guardia civil. Ya lo veríamos si estuviera solo —le dije yo.

Él se echó a reír y se encogió de hombros.

LA ACTITUD DE MARGOT cuando la ejecución de los sindicalistas de Vera sorprendió al doctor.

—Esta chica no es una muchacha corriente —se dijo—. Vale para algo más que para ser niñera o criada.

Arizmendi pensó en hacer algo por ella, de una manera desinteresada y generosa.

—¿Te gusta leer? —le preguntó una vez.

—Sí.

—¿Preferirías quizá aprender algún oficio, mejor que servir?

—Sí; creo que sí; pero si es necesario, lo mismo me da.

—Podrías estudiar un poco para ser, por ejemplo, enfermera. ¿Te gustaría?

—Sí.

Arizmendi le envió por las tardes a aprender mecanografía. El doctor dijo a su mujer que la madre de Margot, la Juana-Mari, estaba en mejor situación, y quería que la chica aprendiera algún oficio. Arizmendi creía encontrar en Margot aficiones a la medicina, y decidió llevarla a su clínica como enfermera y como mecanógrafa.

—Nada, chica; tienes afición, pues adelante. Te costará un poco dar el salto a otro oficio; pero luego lo agradecerás.

El doctor le prestó libros, y como sabía francés, aunque lo tenía algo olvidado, pudo leer también en este idioma. Al principio le gustaban solo las novelas.

Margot, en poco tiempo, adelantaba de manera evidente. Ayudaba en las operaciones con gran diligencia y gran deseo de aprender, y escribía a máquina las cartas y las comunicaciones de Arizmendi.

El doctor, cuando operaba, tenía mucha satisfacción en explicarle las operaciones, por qué motivo se hacían y cuáles eran los peligros y las esperanzas, y le daba una ligera idea de la anatomía de la región.

Margot se apoderaba de todo con entusiasmo.

Arizmendi, para darle más independencia, hizo que la muchacha fuera a vivir a un cuarto de la clínica. Así pasó de la calidad de sirvienta a ser secretaria y enfermera. El doctor le fijó sueldo.

El apostolado científico le había quitado el entusiasmo sensual por la muchacha. Antes le parecía una ternera joven y juguetona. Ahora era casi una compañera.

Margot tuvo largas conversaciones con el doctor acerca de la carrera; decidió estudiar en la Escuela Normal y luego hacerse practicante. En las clases se lucía, mostraba inteligencia y curiosidad.

Al doctor le gustaba aclarar sus dudas y le daba explicaciones sobre la medicina y a veces también sobre la gravitación universal, la teoría de Darwin y la microbiana.

En tanto, a la mujer del doctor le habían atronado los oídos todas las conocidas.

—Es un escándalo —le decían— la amistad de tu marido con Margot. Esa chica es una desagradecida, una descocada y le tiene sorbido el seso a Arizmendi.

Se cotizaba también contra ella el tener poca afición a ir a la iglesia.

A las observaciones de su mujer, el médico contestó explicándose serenamente, pero las explicaciones no bastaron.

Durante todo el año marido y mujer se trataron con frialdad por causa de Margot.

En esto, en la primavera, hubo un accidente de auto de una familia rica de Madrid. Se trataba de persona conocida, el marqués de los Carvajales, que iba con su madre enferma, la condesa de Zorita, y un hijo, también enfermo, a Lourdes. Su automóvil chocó con un árbol. Arizmendi curó a los heridos y Margot les atendió en la clínica.

El marqués preguntó al doctor si no le podría ceder su enfermera. Su madre, la anciana señora, había quedado prendada de ella y muy contenta de sus cuidados.

Arizmendi, con gran dolor de su corazón, puso condiciones. A Margot la consideraba como a su hija; para llevársela a Madrid tenían que darle un sueldo regular y dejarle libre la mañana o la tarde para que pudiera seguir sus estudios de practicante. El marqués aceptó. Le permitirían ir a las clases y estudiar, le darían cuarenta duros al mes, viviría independiente, comería en su cuarto sola. Margot aceptó la propuesta, se despidió de la familia de Arizmendi y fue por el momento a Lourdes para volver en el otoño a Madrid.

—Adiós, querida —le dijo el doctor al despedirse de ella, y le apretó las manos con fuerza.

DESDE ENTONCES el doctor tuvo gran amistad con don Leandro Acha y solía ir con frecuencia a visitarle a Vera. Hablaban de los vecinos de Errotacho, de la entrada de los sindicalistas y de la marcha de la Dictadura.

Los dos estuvieron muy preocupados con el crimen de Beizama.

Contrastó la severidad empleada en Vera con la lenidad que hubo para los procesados de Beizama. Aquí había también indicios y pruebas, pero no se quisieron tomar en cuenta y los procesados fueron echados a la calle sin pasar por el juicio oral. En los dos asuntos los vascos demostraron su carácter oscuro y su falta de sentido de justicia.

Después, con el tiempo, Arizmendi y Acha tuvieron grandes sorpresas. El general que no se conformó con el juicio del primer Consejo de guerra de Pamplona, por considerarlo benévolo; el que aceptó se condenase a muerte a aquellos desdichados y prometió venganza a los guardias civiles muertos, en el cementerio de Vera, apareció luego como partidario de la clemencia, nimbado por aureola de popularidad y se declaró socialista.

Don Leandro y el doctor fueron varias veces a Francia, a San Juan de Luz, donde se encontraron y hablaron con Manish. «Cashcarin» estaba empleado en una agencia; marchaba bien, se ganaba la vida, pensaba casarse y había sentado la cabeza.

Manish les habló de sus compañeros de la expedición de Vera. De los hombres conocidos por él en la Casa Comunal de París la mayoría habían desaparecido.

Muchos exiliados en Bruselas estaban allí trabajando, haciendo una vida oscura, alejados de toda acción. Otros se habían escondido en Burdeos.

El verano de 1925 cuatro españoles penetraron en una fábrica de muebles que tenía establecida en Burdeos un vasco, un tal Herrigaray. Pretendían robar la caja. Comenzaron a tiros con los empleados; a uno lo mataron, al otro lo hirieron; registraron las oficinas y no pudieron apoderarse del dinero. Al darse a la fuga les persiguió un guarda rural y dos empleados de ferrocarriles; al guardia lo hirieron y a uno de los empleados lo mataron. De los cuatro atracadores quedaron detenidos tres: Manuel Recasens, Benito de Castro e Isidoro Casals. Los dos primeros fueron guillotinos, Casals condenado a doce años de presidio en la Guayana francesa. El cuarto, «el Negre», desapareció. Todos ellos tomaron parte en la expedición de Vera. Con motivo del asalto, los que habían estado escondidos en Burdeos huyeron por las persecuciones de la Policía francesa.

Se tuvieron noticias vagas de algunos. «El Aragonés» estaba en Rusia trabajando y era agente bolchevique.

De Pablo Martín Sánchez, el obrero sombrío y misterioso, le habían dado a

Manish muchas versiones, asegurándole no era el auténtico y que había ido a la tumba con un nombre que no era el suyo.

Sin embargo, ello no era cierto. Sánchez tenía hermanos y parientes en Baracaldo, pueblo próximo a Bilbao, y estos afirmaban su parentesco con el suicida de la cárcel.

El amigo de Manish, «Piperra», preso en Pamplona, volvió a San Juan de Luz, al ser puesto en libertad; trabajó en una casa en construcción, de peón de albañil, y cuando se hallaba metido en una zanja con otros dos o tres obreros, se desplomó la tierra y quedaron sepultados y muertos. «El Maño» fue preso, como atracador de un Banco en San Sebastián, y fue a la cárcel. Otro de los que anduvieron mezclados en el asunto de Vera, Pérez Jordán (a) «Teixidó», acabó en Barcelona de una manera terrible. La Policía lo consideraba y lo tenía como un atracador de oficio; probablemente no lo era, aunque sí un hombre peligroso. La Policía lo sitió en el bar Bruselas, de la calle de Urgel, y después de sostener un tiroteo de dos horas, «Teixidó» cayó muerto.

Entre los cuarenta o cincuenta que tomaron parte en la expedición de Vera hubo muchos cuyo final fue trágico. Dos muertos a tiros en el momento de la lucha, dos agarrotados en Pamplona, dos guillotizados en Burdeos, uno suicidado, uno despedazado por un tren, otro ahogado en una zanja, otro muerto en Barcelona a tiros con la policía y uno deportado y perdido en Cayena.

Bonifacio Manzanedo, que vivía en Baracaldo, cojo, y tenía una zapatería en la calle de Murrieta, cerca de Lasesarre, el campo de fútbol del pueblo, casi podía darse por satisfecho.

«Robinsón», «el Lunático», «el Peregrino», escribió varias veces a Manish, a San Juan de Luz, cartas confusas e incoherentes.

Su anarquismo tomaba derroteros estrambóticos. Valía más, según él, contemplar un hermoso parque desde fuera que no ser el propietario; la propiedad daba únicamente disgustos y sinsabores. Creía lo mismo con relación a todos los demás bienes de la tierra y hasta con respecto a las mujeres.

En una de sus últimas cartas «Robinsón» le decía que no podía vivir en Bélgica, adonde le habían llevado los gendarmes, porque la vida entre los belgas era muy mezquina. No se ocupaban más que de la comida y del tabaco. Él había decidido marcharse a Panamá.

Como despedida, antes de embarcar envió a Manish, a su hermano Manish, como le llamaba en sus cartas, un dibujo iluminado a la acuarela, que tenía el título de: «Vera. ¿Visión sintética?»

El dibujo era absurdo. El centro lo ocupaba una máquina probablemente copiada de algún anuncio alemán de aparatos tipográficos, llena de ruedas, tornillos y bielas, todo muy detallado. Del aparato, por un tubo de desagüe, salía un arroyo de sangre, y revueltos con ella, cabezas, manos y pies cortados, que se recogían en una tina. La maquinaria la vigilaban un guardiacivil y un juez; un hombre de faja y pantalón corto llevaba atados con una cuerda a varios presos con cadenas al aparato, sin duda para

ser despedazados. En el tope de la máquina, una mujer escandalosamente desnuda, con los pechos abultados, mostraba un pájaro en la mano.

Manish, a fuerza de mirar el dibujo, lo encontraba muy bien y le parecía un símbolo exacto; la visión sintética de lo ocurrido en Vera.

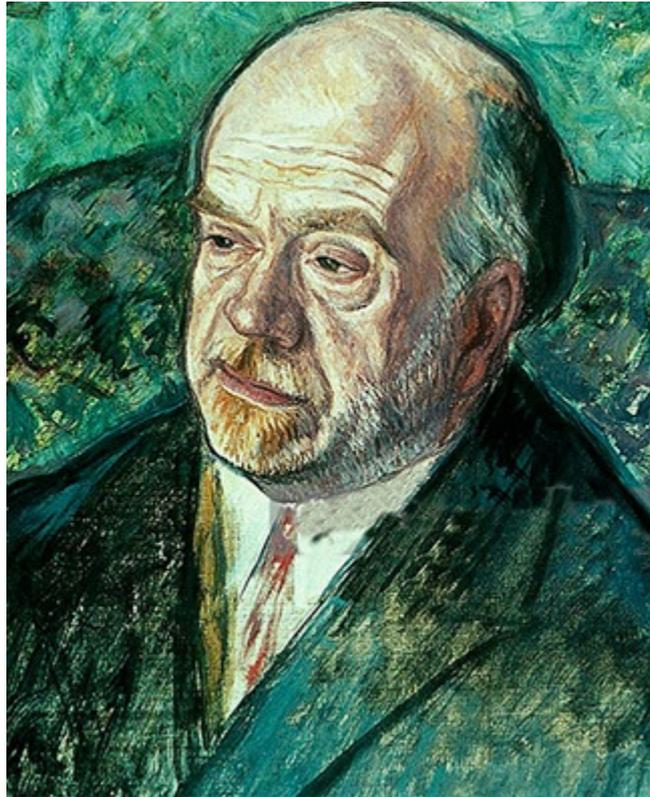
«Robinsón» no le siguió escribiendo. Poco después murió de fiebres en un hospital de Panamá.

«Cashcarin» a veces perdía la prudencia. Cuando, en diciembre de 1930, se sublevaron en Jaca y en San Sebastián, apostó con unos amigos a que entraba en Vera y ponía en la torre de la iglesia una bandera roja. Afortunadamente, le disuadieron de hacer este disparate y no fue...

Ya establecida la República, Manish iba con frecuencia a Irún y a San Sebastián, donde habló con algunos compañeros de la incursión revolucionaria de Vera.

Habían venido a España pensando encontrar trabajo fácilmente y no lo encontraron; tenían que pasar dos días sin comer y las noches a la intemperie. Estos compañeros se quejaban y protestaban. Manish les oía con disgusto. Para Manish la expedición de Vera constituía su romanticismo. Recordaba sobre todo a «Robinsón», «el Peregrino», «el Lunático», preocupado por el canto de los ruiseñores en la noche, y se lo representaba tendido en el monte, escuchando al pájaro de pecho rojo que amenizaba la soledad con sus gorjeos.

Madrid, diciembre 1931.



PÍO BAROJA fue uno de los grandes exponentes de la llamada *Generación del 98*, conocido por su producción novelística, entre la que destacan títulos como *Memorias de un hombre de acción* (1935) y *Zalacaín el aventurero* (1908), que fue llevada al cine en dos ocasiones.

Nacido en San Sebastián, Baroja estudió medicina en Madrid y, tras un corto periodo como médico rural, volvió a la capital iniciando sus colaboraciones periodísticas en diarios y revistas como *Germinal*, *Revista Nueva* o *Arte Joven*, entre otras.

La postura política de Baroja fue evolucionando de una izquierda militante a un escepticismo que no le libró de problemas con la censura franquista al reflejar la Guerra Civil en *Misericordias de la guerra* y *A la desbandada*, esta última todavía sin publicar.

La obra de Baroja combina tanto novela como ensayo y memorias. *Memorias de un hombre de acción* apareció en forma de 22 volúmenes entre 1913 y 1935. Además, Baroja agrupó su obra en varias trilogías, como *Tierra vasca*, *La vida fantástica* o *La lucha por la vida*.

Baroja fue un novelista influyente y entre sus admiradores se cuentan autores nacionales, como Camilo José Cela, e internacionales, como lo fueron Ernest Hemingway o John Dos Passos.

Debido a su postura política y opciones personales, como su reconocido ateísmo, Baroja no disfrutó de demasiados reconocimientos en vida, aunque fue miembro de la

Real Academia de la Lengua desde 1935.